

GALO GUERRERO JIMÉNEZ / EL HABITANTE DE LA NOCHE

GALO GUERRERO JIMÉNEZ

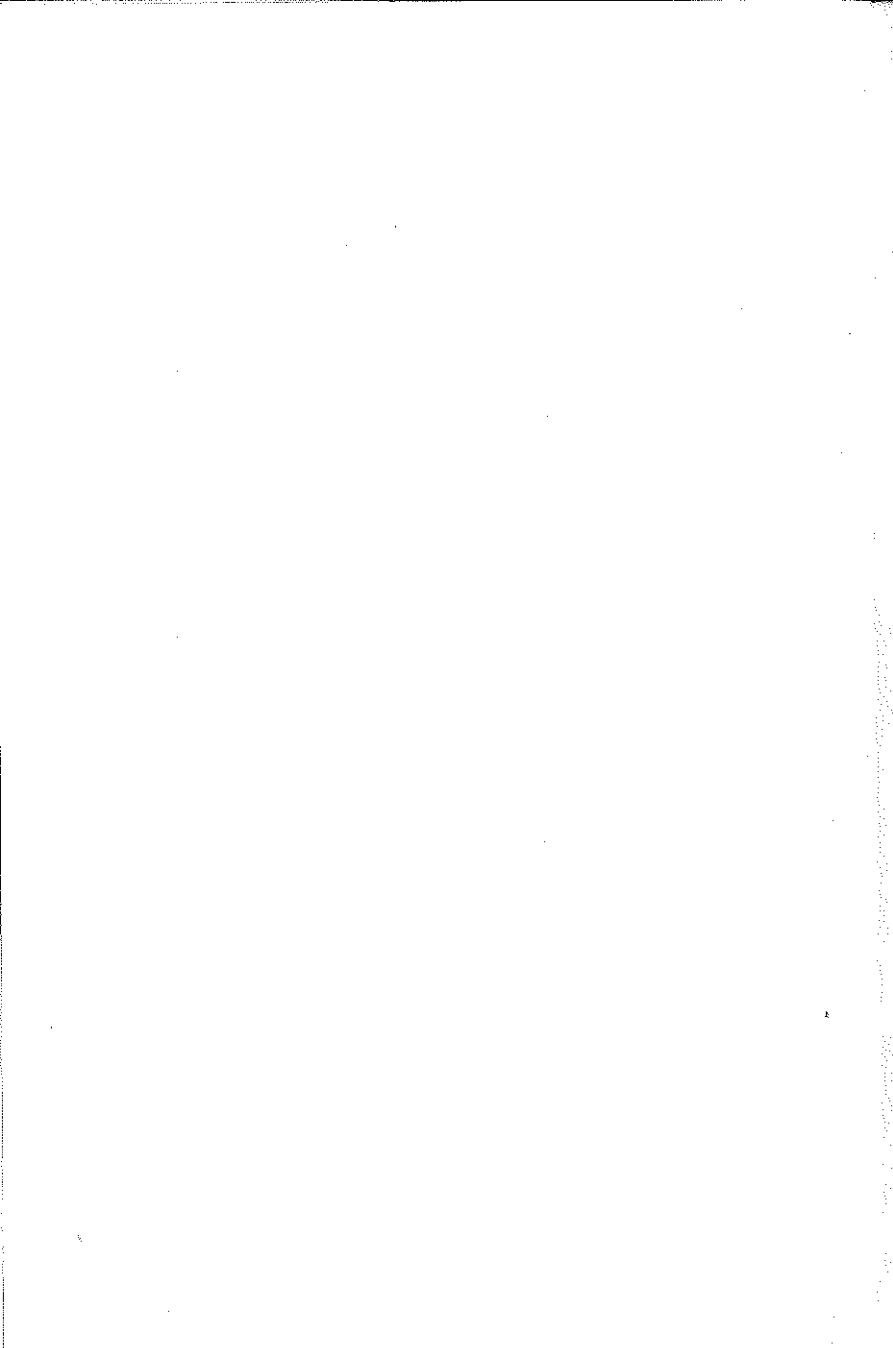
EL HABITANTE DE LA NOCHE

Cuentos



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "BENJAMÍN CARRIÓN"
NÚCLEO DE LOJA

1999

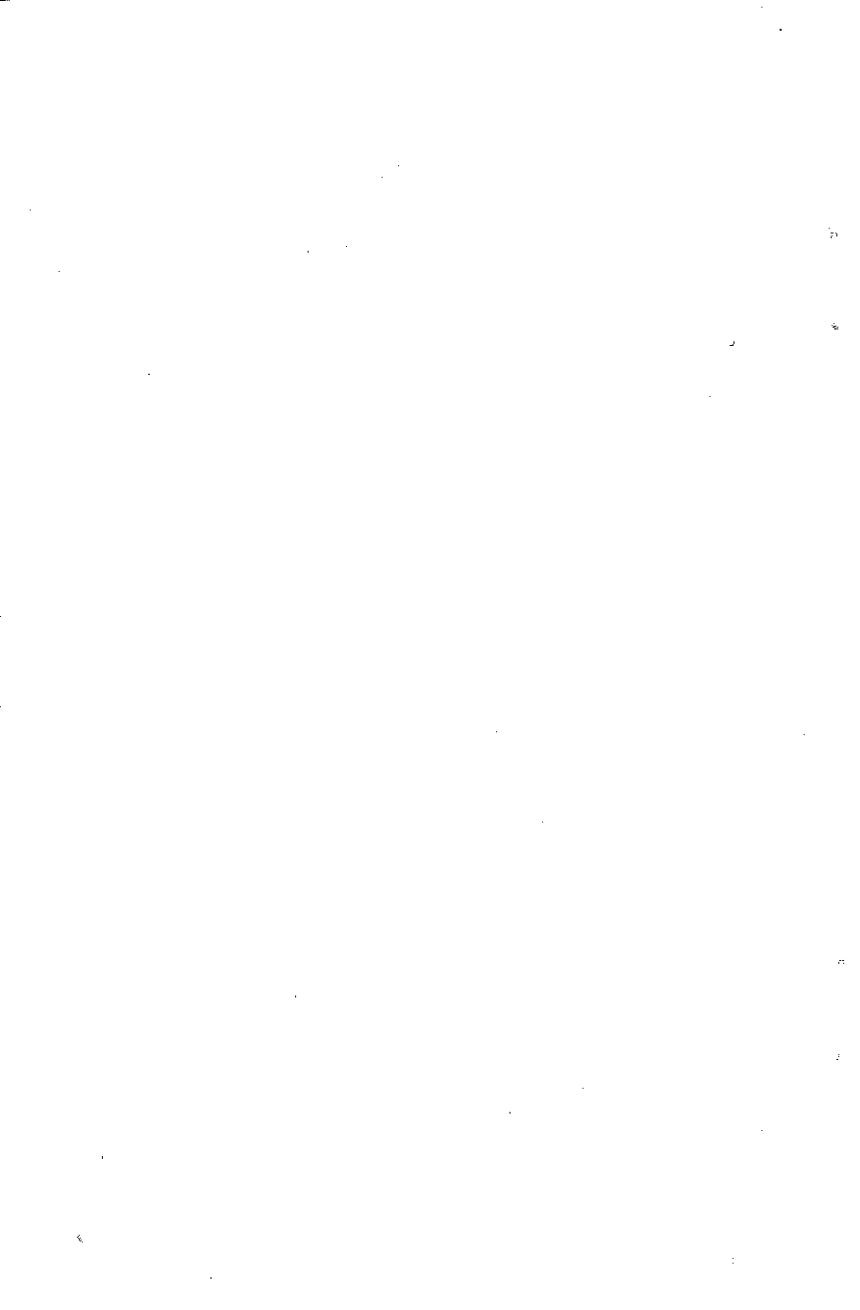


8334

GALO GUERRERO JIMÉNEZ



EL HABITANTE
DE LA NOCHE



17 MAY 1999

GALO GUERRERO JIMÉNEZ

EL HABITANTE DE LA NOCHE



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
"BENJAMÍN CARRIÓN" NÚCLEO DE LOJA

Galo Guerrero Jiménez
EL HABITANTE DE LA NOCHE

Portada e ilustraciones: Gerardo León

Abril de 1999

Lic. Mario Jaramillo Andrade
Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana
"Benjamín Carrión" Núcleo de Loja

Dirección de la Editorial
Luis Córdova Espinales

Digitación de textos y diseño gráfico
Gonzalo Antonio Vega

Impresión offset
Paúl Ramírez Guamán

Compaginación y encuadernación
Ing. Tito Cisneros Villamagua

Impreso en la Editorial "Gustavo A. Serrano" de la CCE-Loja
Calle Colón 13-10 y Bernardo Valdivieso
Teléfonos: 571672 - 571004
P.O. Box 11.01.141
Loja-Ecuador

Impreso en Ecuador
Printed in Ecuador

Palabras para otras palabras

A mi modo de ver las cosas, los mejores narradores y poetas jóvenes de Loja están saliendo de los talleres de Literatura. Una buena prueba de lo dicho es Galo Guerrero Jiménez, dueño además de su propio taller.

En este libro permite observar su oficio, cada día más seguro y minucioso y con talento para construir situaciones tensas, angustiosas de hombres en estados límites.

Salvo un cuento, "La casa de los García" de ambiente fantástico, hay coherencia temática a lo largo del libro. Sus personajes, ubicados en espacios rurales o semi-rurales, desarrollan historias conflictivas, a veces aparentemente triviales, y siempre cargadas de patetismo, que acaban involucrando al lector sin contemplación alguna y lo convierten en un cómplice, como decía Cortázar.

Niños, hombres y mujeres, que bien pudimos y podemos ser nosotros mismos, y angustias y soledades, que pueden ser las nuestras, adquieren relieves dramáticos únicos como en "Campo de Marte", "Martes o viernes", "Habitante de la ventana", "San viernes", que son textos que vale la pena leer especialmente.

La escritura, cada vez más dueña de sí misma, se

introduce en el subsuelo del personaje y lo expone sin pudores falsos, tanto para la comprensión como para el rechazo de nuestra sensibilidad. Pero siempre para la aceptación de que estamos delante de un buen narrador. Porque, por encima de que nuestra cultura, nuestro buen o mal gusto, nuestros prejuicios, nuestra capacidad de belleza condicionen nuestras lecturas, estará la percepción de un mundo de palabras que, por su certeza, por su profundidad en el corazón humano, por su capacidad de crear la ilusión de una realidad, no dejará nunca de darnos la conciencia de un objeto literario logrado.

Como decíamos alguna vez en el taller de literatura, hablando hoy de los textos de Galo Guerrero Jiménez, es cosa de tiempo —diez, veinte años, no importa— y de la voluntad que ya está dada, para que, por la investigación constante y el ejercicio diario de la imaginación y la apertura a nuevos horizontes, la narrativa de este autor dé aún mayores satisfacciones a la literatura del Ecuador.

Y yo tengo mi fe —la que cabe en un grano de mostaza— puesta en el trabajo de Galo Guerrero Jiménez.

Carlos Carrión
Loja, septiembre de 1995



Sísifo

Pasado el mediodía, se puso a buscar el gancho: lo encontró tras la puerta de la cocina. Colgó los baldes y bajó a toda carrera por la guardarraya llena de baches y polvo hasta llegar al canal de riego. Se había acostumbrado a esta labor. Todos los días después de la escuela, ya sabía su oficio. Bajaba silbando y pateando piedras. Una que otra vez se metía al cañaveral, desprendía de raíz una caña, se sentaba a la orilla de la guardarraya y a punta de mordiscos sólo dejaba un montoncito de bagazos que luego los distribuía cuidadosamente, simulando un corral con ellos. Dentro del pequeño círculo introducía piedrecitas, pequeños trozos de ramas secas o cualquier cosa con qué entretenerse. Cansado de jugar, pisoteaba lo que había hecho, tomaba los baldes y el gancho, y silbando canciones que no lograba entonar muy bien, proseguía el camino.

Llegó al canal. El nivel del agua había bajado. El sol quemaba fuerte.

Fue a sentarse a la sombra de un algarrobo. Dejó de silbar y observó el extraño movimiento de los peces que graciosamente se desplazaban en el agua. Al

mirarlos tan vivaces no resistió la tentación de jugar un momento con ellos.

Arrancó una rama de jenairo; bajó los peldaños del canal hasta alcanzar el nivel del agua y en cuclillas empezó a mover la hierba de jenairo sobre la superficie. Los peces llegaban hasta la punta del delgado tallo y al instante se regresaban asustados. Se emocionó con el juego, le parecía muy divertido. Por buscar una mejor posición, sus nalgas toparon con la pared del canal y perdió el equilibrio. Dio algunos chapuzones hasta que pudo levantarse.

El agua le llegaba a las rodillas. Miró en torno suyo, los peces ya no estaban.

Subió apresurado las gradas del canal. Se paró en el borde, cruzó los brazos a la altura del pecho y se quedó inmóvil mientras el agua chorreaba por sus ropas. El sol brillaba por encima de los cañaverales y en la guardarraya la atmósfera temblaba en un sinnúmero de reverberaciones, que como volutas de humo se elevaban desde el suelo hasta cierta altura. En la posición en que estaba se quedó observando el efecto que el sol causaba en el ambiente y que lastimaba sus ojos hasta fruncir el ceño. Se distrajo al escuchar el ruido de un avión. Levantó la cabeza en dirección del aparato, y llevándose las manos en forma de visera hacia la frente, divisó como se iba elevando hasta perderse tras las colinas del oeste. Los zapatos le pesaban, los escurrió y se los volvió a poner. La ropa le estorbaba, se quitó la camisa, la exprimió y la

extendió sobre uno de los baldes y arremangándose los pantalones se puso a saltar, a boxear, a correr y a silbar. En pocos minutos quedó fatigado. Fue a descansar de nuevo al algarrobo. Pensó en el agua. Se levantó y amarrándose la camisa al cuello tomó los baldes y se metió al canal. Salió enseguida y aseguró los recipientes en cada uno de los garfios del gancho.

Se inclinó y colocó el gancho por detrás de la cabeza, cruzado a la altura de los hombros. Torneó las manos alrededor de la vara que salía a los costados de su cuerpo. Respiró profundo y tomó fuerzas. Su cara se contrajo y con un fuerte impulso estuvo de pie. Empezó a caminar de regreso a la casa: había como unos ochocientos metros de recorrido. El peso del agua inclinaba el gancho en sus extremos, quedando como un arco en sus débiles hombros. Caminaba con más rapidez que cuando iba sin peso. Gruesas gotas de sudor resbalaban por sus mejillas. La vara le molestaba; sintió como se iban adormeciendo sus hombros. Las espaldas le ardían, el sol aún pegaba fuerte, quería rascarse, pero prefirió seguir caminando. La vara se pronunció más en su carne. Sintió un agudo dolor. Apresuró el paso, el dolor avanzaba. La guardarraya siguió en su ascenso hasta llegar a la colina en donde estaba la casa. Era una casa muy vieja, por décadas había servido como casa de hacienda. Las faldas de la colina estaban rodeadas de zapotes silvestres, pencos de tuna y moshquerales. El valle estaba sembrado de vastos cañaverales que iban

a perderse al extremo de las otras colinas. A mitad del camino tuvo que descansar, parecía que las piernas se le doblaban. Depositó los baldes en el suelo para estirar los hombros y tomar nuevas energías. La camisa seguía anudada al cuello. Con una de las mangas se limpió el sudor de la cara y se llevó otra vez a las espaldas, cuidando que la vara no fuera a topar la piel al descubierto. Una corriente de aire, seguida de una nube de polvo le golpeó el rostro. Dejó los baldes y se puso a orinar en el otro carril de la guardarraya. Le encantaba jugar con los orines, dibujando en el suelo las letras de su nombre que siempre quedaba inconcluso. El paraje era solitario, no había ninguna otra vivienda cerca de la colina. La guardarraya era utilizada sólo en tiempo de zafra y, muy de repente, se veía un jornalero al cuidado de la caña. Regresó a sus baldes y saludó con atención al mayordomo que enterrado en su sombrero y a lomo de una vieja mula, inspeccionaba el lugar de vez en cuando. Se inclinó para tomar agua de un balde, separando con un fuerte soplido las basuras que estaban acumuladas en el recipiente. Tomó nuevos bríos para alzar su carga, pero no logró levantar los baldes con facilidad. Fue necesario realizar varios intentos. La vara volvió a ceñirse con rigor en sus hombros. Desde el canal a la casa sólo descansaba una vez. En el segundo trayecto el esfuerzo era más agotador, tenía que coronar la cuesta. Poco a poco fue ganando terreno. Esta vez el ascenso era más lento

que el primer tramo. Se acordó de sus bolitas de cristal que le servían para jugar en la escuela; llegando a la casa revisaría sus bolsillos, a lo mejor se le quedaron en el canal cuando cayó al agua. El viento comenzó otra vez a soplar. Serían ya cerca de las cuatro de la tarde y aún tenía que realizar sus tareas escolares. El viento se empecinó por correr en dirección contraria a la que él llevaba. Estaba a punto de alcanzar el relleno de la colina cuando una fuerte ventolera cargada de hojas y arena lo envolvió. Trastabilló. Hizo un esfuerzo tenaz para no retroceder. Presionó los dedos en la vara del gancho. Bajó la cabeza y cerró los ojos para no tragar el remolino de polvo y arena, en el mismo instante en que sus pies desfallecían por completo. Calmado el viento, lo que divisó fueron huellas largas y delgadas del agua derramada, que en débil arroyo se perdían en la pendiente. Pensó con angustia en el trabajo que tenía que volver a realizar.





Al filo de la noche

Aquel ligero mareo fue el primer síntoma. Sin embargo Jimena continuaba escuchando las clases como era su costumbre, pero se sentía tan ofuscada que la maestra y sus compañeras le parecían títeres: sin aliento, sin vida, con sus movimientos mecánicos, tan sólo manejados por hilos de titiritero.

Al salir del colegio regresaba a su casa, extenuada. Tirada en la cama ahogaba sus espantos de muchacha inexperta con sollozos un tanto reprimidos para no despertar sospechas en su madre.

Ya entrada la tarde se levantaba a duras penas para atender la cantina.

Los clientes pedían cerveza, y como una autómata hacía saltar las tapillas.

Sólo al sentir la presencia de Casimiro, se avenía a la realidad; pero en cuanto su madre los veía, Jimena se creía descubierta y la culpa la hacía bajar los ojos. Se alejaba un tanto perturbada para continuar atendiendo al resto de la clientela que seguía llegando.

Al cerrar la cantina recogía los vasos y las botellas vacías y, en cuanto podía, se iba para la cama. Siempre con el presentimiento de que, al acercársele su madre,

ésta se daría cuenta de su situación. Definitivamente se hallaba desesperada. El nerviosismo y el ímpetu de su angustia le aturdíán al extremo de considerarse una inútil para todo. La torpeza con que realizaba sus actos era evidente.

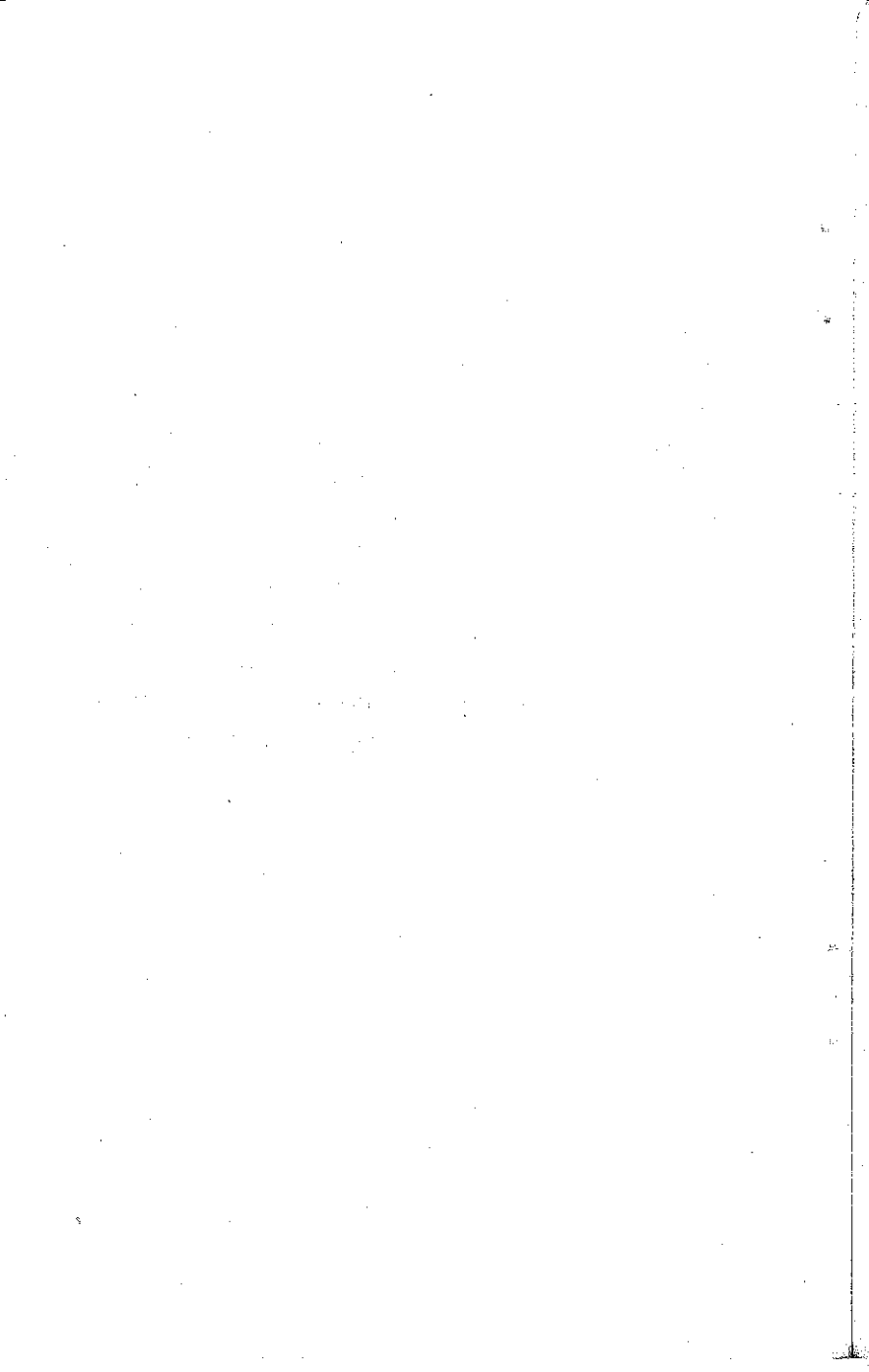
La atmósfera era densa y pesada en la cantina. El humo de los cigarrillos, el bullicio y el mal olor de los borrachos con sus ojos moribundos y legañosos por el exceso de aguardiente, desesperaban aún más a Jimena. De muchos percibía en sus pupilas el efecto de sus penas, de sus fracasos y del remordimiento de encontrarse en esa calamitosa postración. Se parecía a ellos, en cuanto que no había una persona a quien contar su situación, como nadie podía comprender el sufrimiento de esos infelices borrachos. La angustia de Jimena era desesperante; su infortunio estaba a punto de convertirse en tragedia.

En múltiples oportunidades, Jimena sentía el deseo de acercarse a su madre y confesarle todo lo ocurrido; pero no, se detenía. A veces pensaba en lo peor: el tercer piso del colegio le pareció preciso para su objetivo. Sin embargo siguió madurando la idea. En última instancia era el camino a escoger si las cosas se le complicaban aún más. Y así fue. Casimiro no regresó más al enterarse de su embarazo.

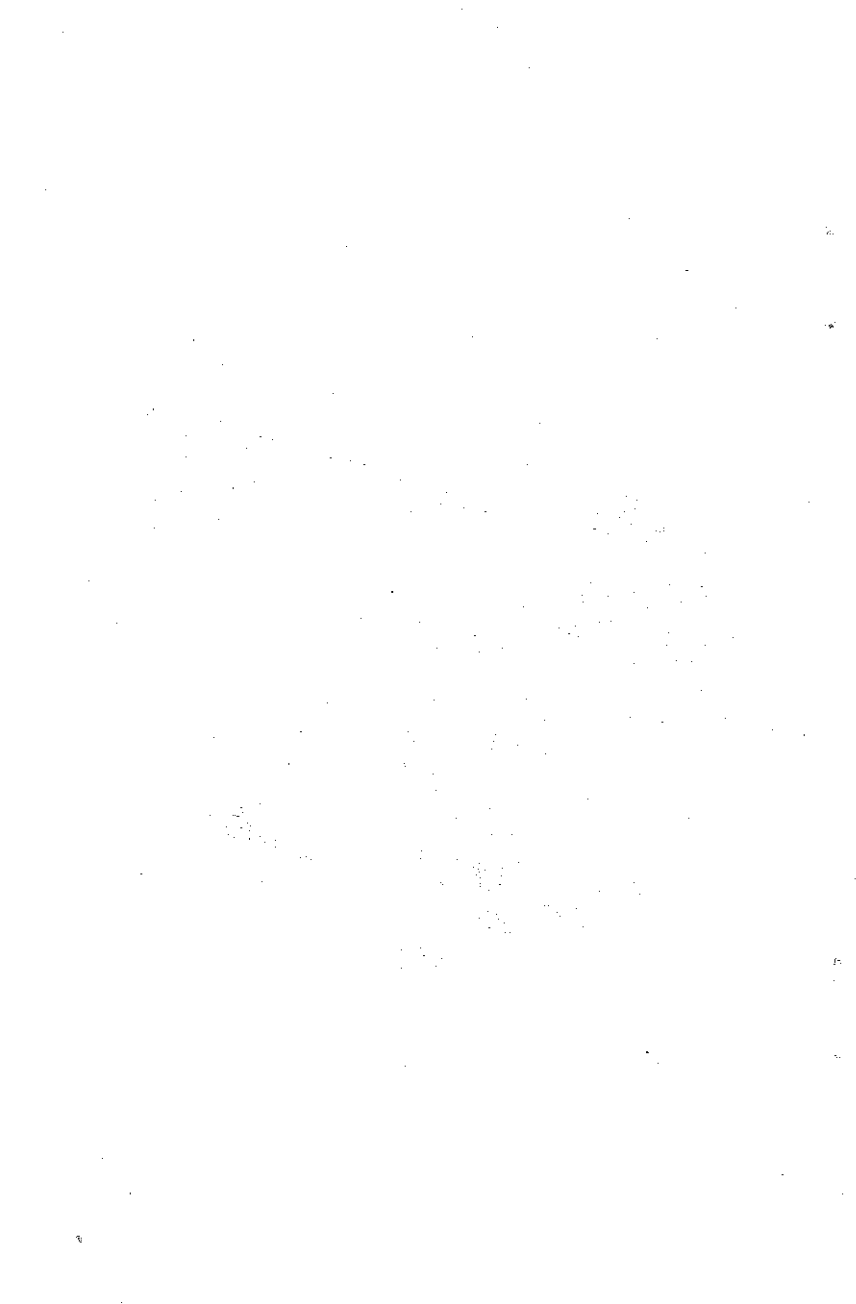
La desesperación llegó a sus extremos. No tenía a quien confiar su angustia. El último y único recurso era su madre, pero ésta sería capaz de matarla. Evocó a su padre ausente, pensó de nuevo en el tercer piso

del colegio; la idea fatal seguía en su mente. Odió con toda su alma a Casimiro, aborreció a los hombres, en fin abominó de todos.

Muy por la mañana se levantó, fue al baño y de repente se desplomó como un fardo. Su madre, absorta, sin entender lo que le sucedía a su hija, logró llevarla hasta la cama. Al regresar de su desmayamiento, Jimena se atemorizó al ver a su madre junto a la cama, muy cerca a ella. Su desconcierto fue mucho mayor al sentir cierta dilatación y un raro cosquilleo en el vientre. Al instante se levantó, aterrorizada. La faja que comprimía su cuerpo cayó al suelo. Jimena, presa de terrible ansiedad, se llevó las manos al abdomen, oprimiéndolo lo más que pudo, sujetando al mismo tiempo la respiración; pero todo fue tarde, Jimena detectó al instante la inevitable mirada de su madre que, estupefacta, contemplaba el vientre abultado de su hija.







Temblor

Contemplo el viejo armario y tengo la impresión de que aún sigue moviéndose. Aquella noche las cosas tenían vida. ¿Por qué se movían? La cama que se salía por la puerta. Aferrado a ella y con la cobija cubierto hasta la cabeza, hacía esfuerzos para no caerme. Había golondrinas y mariposas que querían voltear el armario. La perra, inquieta, se daba modos por llegar hasta arriba.

Ladraba, pero ni las golondrinas ni las mariposas se asustaban. Por qué no te callas animal de un cuerno. Pero me resultaba imposible hablar. En la cocina todo sonaba, las cosas se iban al suelo. Me asusté. Me vi desprendido de la cama, flotaba, volaba con la cabeza hacia abajo. Sentí un agudo dolor en un tobillo. Una teja pasó silbando por mi cara. Sentí frío. Escuché un grito:

—Carajo, despierta, que no ves que la casa se nos viene encima.

Era mi papá que acababa de soltarme de la pierna de la que me tenía suspendido. No entendía. Afuera todos lloraban, imploraban, rezaban de rodillas: Padre nuestro que estás.....y yo que quería entrar.

Madre de Dios... Regresa hijo, cógelo ve mujer que aún está dormido.

Voy a parar las ollas. Mi mamá ya mismo regresa y no va a encontrar nada.

Mis hermanos estarán que joden, y ella que espérense por dios un ratito, ya mismo acabo de lavar. No hay leña, tendré que salir a buscarla. Al lado donde enterramos a la perra me parece que había unas chamicas. Paso cerca de la tumba de la perra; pobrecita, un solo adobe la mató. Y ella que quería alcanzar las golondrinas. Mejor no hubieses salido del cuarto, nada te pasaba; pero cómo ibas a adivinar que al salir, la pared se caería hacia afuera. Fósforos, fósforos, en dónde están los fósforos. Un poco de arroz, unos fideos, cuatro guineos y ya está la merienda. Tendré que darle de comer otra vez en la boca a Luisito. Soy un fastidioso: cada que lo veo cagando en cuatro me río. Esa noche, entre dormido y despierto aún recuerdo que mi mamá gritaba: "échenle agua para que reviva". Corrió la misma suerte que la perra, aunque claro, él se salvó. Un adobe le alcanzó en la espalda, desde entonces anda en cuatro. Mi mamá dice que pronto se aliviará y que va a ser muy inteligente porque come mucha máchica junto a la perra (ahora no come, no hay quien lo acompañe).

Granflautas, cuándo aprenderé a cocinar, ya se me quemó otra vez el arroz, y la vieja que no espera de nada para tratarme mal. Esto me pasa por chambón.

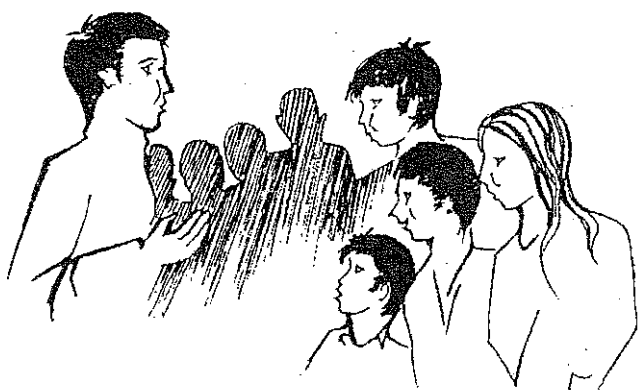
Ojalá pronto regrese mi papá del hospital para que

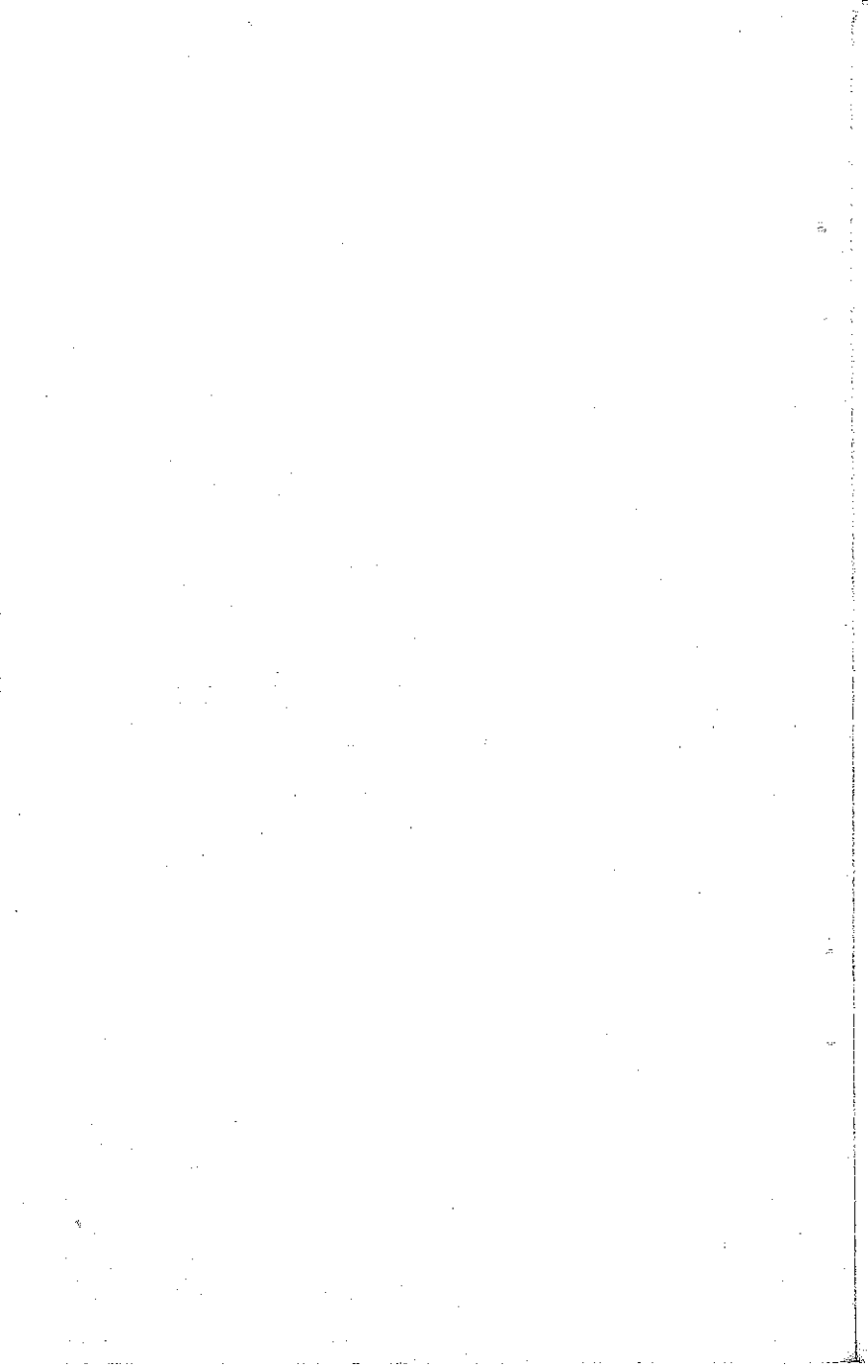
mi vieja se dedique a la cocina y deje de estar lavando ropa ajena. Volveré al cuarto hasta que ella termine de lavar. Quisiera revisar los cuadernos; son dos semanas que he faltado a la escuela. Mejor revisaré las fotos. Ajá, aquí está mi primo. Cada que lo veo recuerdo cuando vino a visitarnos de la ciudad, al otro día del temblor más fuerte. Conmovido por la pared caída y por lo que le había sucedido a papá y a Luisito, nos agrupamos en la cocina a desayunar. A mí me resultaba fascinante oírlo hablar de la vida de la ciudad, de su condición de universitario.

Cómo no recordar lo furiosa que se ponía mamá cada vez que le decía que se olvide de rezar, de bendecir la mesa pronunciándolo a Dios; que no existe; así le han enseñado en la universidad. Y mamá: "majadero, insolente, a eso vas a la ciudad, a volverte revoltoso". Y él que seguía insistiendo en no sé cuántas cosas que nos decía sobre la creación del mundo, que ya no me acuerdo muy bien. Siempre terminaban enojándose porque él hasta el último decía ser un ateo convencido; asunto que yo no entendía. Al otro día del temblor, mientras desayunábamos, mi primo nos daba explicaciones de cómo se produce un temblor y que no era un castigo divino ni nada por el estilo. De pronto, ¡otro remezón! Unas cuantas tejas volvieron a irse al suelo. Mi primo fue el primero en salir corriendo, y gritando como un loco nos decía:

¡Virgen santísima! se cae la casa, salgan pronto, esto es castigo de Dios.

Arrodillado junto a nosotros rezaba, mientras poco a poco nos íbamos calmando. Je, Je, cómo no recordarlo, si aún veo la cara de asustado que puso.





Cirulí Coshón

La campana sonó en su imaginación y entre dormido y despierto Cirulí Coshón creyó ver la grotesca figura del director con su infalible garrote en la mano. Al silbido del segundo campanazo imaginó que el director corría a pararse en la entrada del portón de la escuela a recibir a los atrasados. Se acordó de sus tres pantalonetas que a diario se las ponía debajo de los pantalones del uniforme escolar para recibir el macanudo palazo del director.

Cirulí se refregó los ojos y quiso levantarse, pensando que, como siempre, estaba ya atrasado. Sin embargo, no bien tuvo conciencia de su espacio habitacional, se arropó más con las cobijas y dijo: qué bobo, hoy es sábado, por lo tanto seguiré durmiendo. Esfumado por completo el eco del campanazo en su imaginación, de nuevo se quedó dormido; pero no pasó mucho tiempo en que volvió a despertarse porque le hormigueaban las piernas, pensando una vez más en la escuela y creyendo que le había caído en su cuerpo flaco el desaprensivo garrote del director. Pues todos los días, en el momento de la formación, el director, y sólo él, porque no los dejaba intervenir

al resto de los profesores, les hablaba a los niños de las virtudes que un trozo de palo tiene para formar la conducta de sus alumnos. Sí o no, les decía, y todos en coro gritaban: ¡Síii señooooor directoor! Entonces —les insistía el director—, para que no se olviden, tapillas, un dos, y los muchachos en seguida buscaban en sus raídos bolsillos un par de tapillas, las colocaban en el suelo, se arremangaban los pantalones y se arro-
dillaban sobre ellas. Cirulí Coshón se había dado tiempo para forrar las tapillas y por si acaso lo llegasen a descubrir, andaba a traer dos más en su morral. Eso sí, a nadie contaba que sus tapillas estaban forradas. El director levantaba su omnímoda orden, sólo cuando algún chiquitín de primer grado comenzaba a llorar por el agudo dolor que los puntiagudos dientes de las tapillas causaban en la piel de sus rodillas. Cirulí Coshón, aquel sábado se la pasó pensando qué hacerle al director en la próxima semana de clases. Como nunca, se levantó temprano, se dirigió al patio de atrás de su casa, se encaramó en el algarrobo y ahí se quedó un par de horas, pensando en las diabluras que, por encargo de sus compañeros, tendrían que hacerle algún momento al panzudo director, como los muchachos solían llamarlo.

El lunes, en el recreo, todos se pusieron de acuerdo para colaborar en el plan trazado por Cirulí. Comenzaría el Tarallas con el primer relajo al director. En verdad, faltando una media hora para que termine la jornada de ese día, el Tarallas, a una señal de Cirulí

se apegó lo más que pudo a su pupitre, se bajó el cierre de sus pantalones y extrajo un guineo verde que cuidadosamente lo había guardado en aquel sitio. Comenzó a golpearlo por debajo de la tabla que formaba el cajón de la banca y que servía para guardar ahí el morral. Después de cada frase que el director terminaba de escribir en el pizarrón, todos se quedaban en absoluto silencio y el Tarallas daba tres golpecitos leves que se los escuchaba nítidos en toda el aula. El director no dijo nada hasta la cuarta vez en que, sorpresivamente, les ordenó que al instante se pusiesen de pie y levantasen las manos por encima de sus cabezas. Sólo el Tarallas no pudo levantarse, atinando a decir que le había agarrado un calambre. Con semejante ocurrencia fue la gran fiesta para sus compañeros, que en sonoras carcajadas llenaron el aula, mientras el Tarallas se iba incorporando lentamente de su asiento con el cierre abajo y con el guineo en las manos. Ninguno pensó que así reaccionaría el director; pues el plan era pasarse el guineo de mano en mano y guardárselo en seguida en la bragueta de sus pantalones en cuanto el director se diese cuenta. Hasta el mismo director quiso reírse al ver la traza y la cara de bobote que el Tarallas puso al no saber que hacer con el guineo. Dominando sus impulsos, el director retornó su acostumbrada figura de autoridad y al grito colérico de qué calambre ni qué vainas le ordenó furibundo de que se acercase al escritorio. Delante de todos le haló las orejas, lo

empujó contra el pizarrón de madera y le ordenó que se comiese el guineo con cáscara y todo. Luego dispuso que se bajase los pantalones hasta las rodillas. Acto seguido lo hizo tenderse boca abajo sobre los pupitres que los muchachos le acomodaron para que se recueste en ellos —ya que nadie podía cargarlo en las espaldas por lo grandullón y culonazo que era—, y poder sonarle un garrotazo por alumno en sus agudas nalgas, y bien dado, de lo contrario, el que estaba con amor de madre, se colocaría en vez del Tarallas para que reciba su merecido. Como era de esperarse, Cirulí Coshón le hizo señas para que se desmayase, cosa que el Tarallas en verdad lo logró, en el momento que le tocaba el turno a Cirulí; el cual dando gritos estrepitosos y a todo pulmón anunció que el Tarallas estaba muerto. Todos los muchachos a un guiño de Cirulí comenzaron a llorar desesperadamente. La noticia cundió al instante por toda la escuela con la infausta noticia de que el Tarallas se había muerto por culpa del director. En un cuarto de hora casi todo el pueblo estaba reunido en el patio de la escuela comentando el percance. Cirulí y sus compañeros se habían propuesto hacerle escándalo al director, y aunque no se imaginaron llegar a esos extremos, habían ganado una primera batalla. Pues muchas fueron las dificultades por las que pasó el director hasta que aclarase que el Tarallas no estaba muerto sino desmayado.

Esa noche, Cirulí Coshón, en la soledad de su casa

que olía a tiempo descompuesto por el peso de los años, soñó que el director se colaba por el techo y que colgado de la pesada viga del dormitorio, apenas sostenido por un largo y peludo rabo que le nacía al término de la columna vertebral, lo quería ensartar con un largo azadón que brillaba como lengua de fuego. En distorsionadas y extrañas formas y con el rabo enroscado a la viga, el director se columpiaba de ella con la cabeza hacia abajo, haciendo brillar sus tenaces y abultados ojos y dando resoplidos de azufre en el aire flaco de la noche.

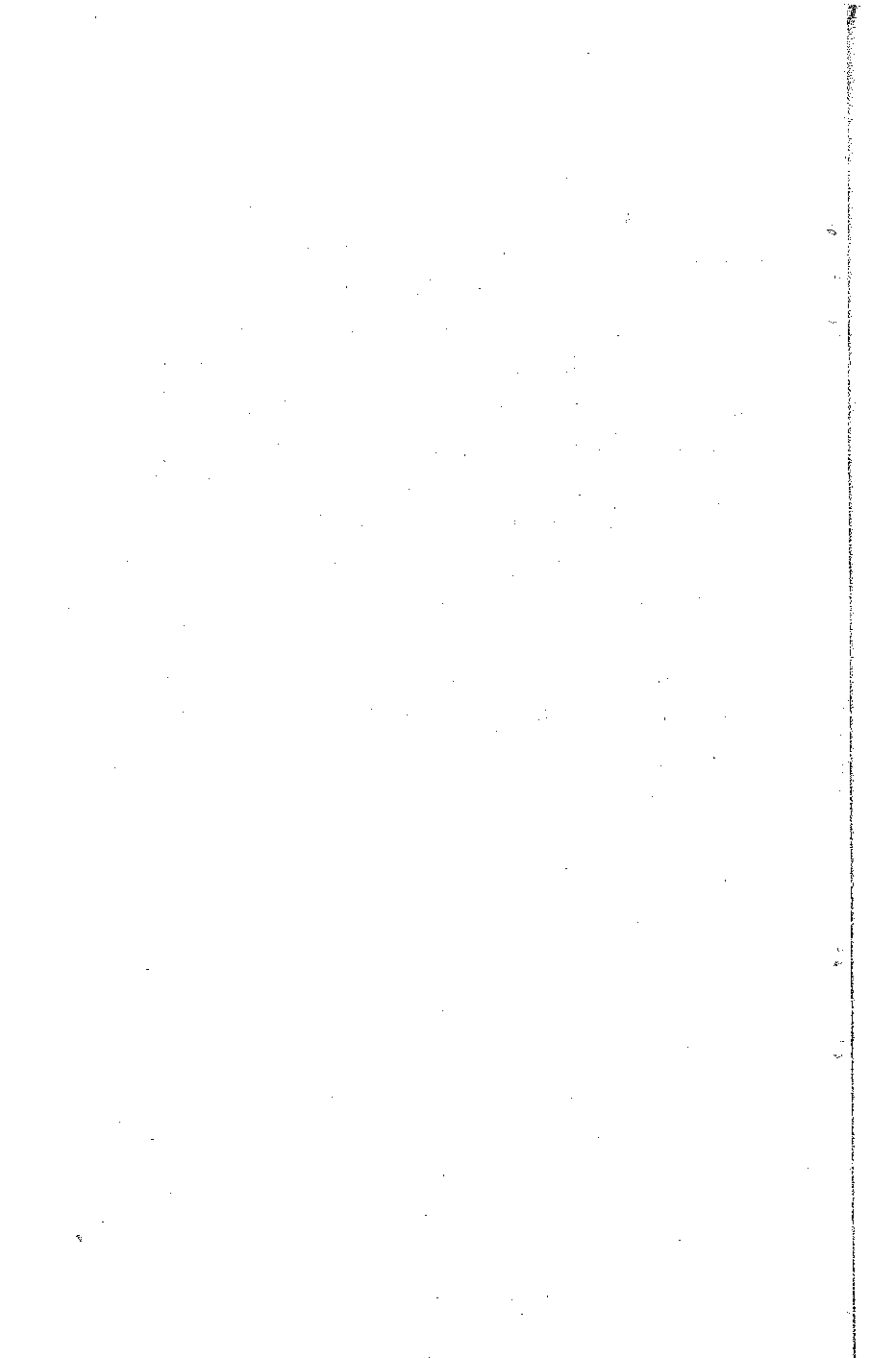
Olores execrables y a viento mojado le quedaron aún a Cirulí, cuando al despertarse pensó que él mismo respiraba un aliento fétido y diabólico, y el miedo, pensando que despierto iba a verlo en verdad al director convertido en diablo, le vinieron a su mente los remotos recuerdos de su madre que presta corría a calmarlo cuando el energúmeno de su padre quería obligarlo a que se emborrachase junto con él, cuando en el más alto estado etílico llegaba al filo de la madrugada. Poco a poco Cirulí se fue desligando de ese sopor frío y pesado, dejó las cobijas y con coraje gesticuló unas cuantas frases con la seguridad de que hoy tampoco le fallaría el plan, para una vez más hacerlo rabiarse al panzudo y condenado director, pensaba.

Como escarmiento a las malcriadeces del Tarallas y para fortalecer su autoridad, a la hora de la formación del día siguiente y luego del consabido sermón,

el director hizo arrodillar en las tapillas a la escuela entera. Luego de un instante de estar arrodillados, a una señal del Cirulí y al unísono comenzaron a chillar los de sexto, dando a ratos estertores como si se fueran a morir. El resto de alumnos al escuchar el berrinche de los de sexto, se asustaron tanto que comenzaron también a llorar pensando que sus compañeros se estaban muriendo. La situación fue incontrolable. Toda la escuela era un mar de lágrimas. En esa ofuscación, comenzaron algunos a levantarse y poco a poco a correr de un lugar a otro y preguntándose unos a otros que por qué lloraban, se iban metiendo a sus respectivas aulas. El director y el resto de profesores, anonadados por el comportamiento sorpresivo de los niños, se quedaron en el patio comentando el asunto. Cirulí y algunos de sus compañeros elegidos para la tarea de ese día, cumplieron el acto con su misión. Al entrar el director al aula, los alumnos se quedaron con la cabeza inclinada y apoyada por encima de los brazos cruzados, recostados sobre los pupitres y sollozando muy quedo. Con la cara sonrojada por lo que le acababan de hacer, se acercó hasta el escritorio y presto abrió el maletín para sacar el látigo y dentro del aula sí, darles su merecido. Quiso gritar que se pongan de pie, porque había entrado el profesor, más aún con las funciones de director, pero se quedó estupefacto al ver que dos señoras lagartijas salían desesperadas del portafolio mientras la otra pendía amarrada con un elástico del

látigo o San Martín de Porres como lo llamaban los muchachos al acial del profesor.

Una sonora carcajada, desenfrenada y bestialmente cargada de odio fue la respuesta de los chicos que como propina le brindaban a su querido maestro y director de la escuela. El profesor botó lejos el maletín y el látigo, y era de ver como el verdoso animal corría por el aula con el látigo atrás. De la carcajada, los muchachos pasaron al alboroto, subiéndose a los pupitres y gritándole al profesor que se subiese en el escritorio. El pobre director, lelo, amoratado y lleno de gruesas gotas de sudor que perlaban su arrugada frente y sus abultadas mejillas, se quedó patiabierto sin saber qué hacer, ni qué decir, en tanto que los asquerosos animales corrían de un lugar a otro pugnando por encontrar un lugar seguro.





El botellón

Serían las diez de la mañana cuando tomó su bicicleta rumbo a "La Ramada".

En la parte posterior iba suficientemente amarrado el grueso botellón de vidrio. La bicicleta, aunque vieja, aún servía para realizar los mandados. Antes de llegar a "La Ramada" fue interceptado por un grupo de amigos que lo invitaron a jugar fútbol en la cancha del pueblo. Se opuso, pero finalmente accedió.

Apostó la plata de su mamá con la esperanza de que ganaría. Perdió el primer partido, jugó el segundo, el tercero, y en todos perdió. Volvió a jugar, era necesario recuperar el dinero, pero fue inútil: la plata del botellón se fue con sus amigos. Rogó desesperadamente que le devuelvan el dinero; no era suyo, sino de su mamá, pero se le rieron. Se puso a llorar; en la desesperación, se abalanzó sobre uno de ellos; rodaron por el suelo hasta que logró sacarle el dinero de uno de sus bolsillos. Se levantó y echó a correr hasta donde estaba la bicicleta. No logró llegar. De un salto fue derribado de nuevo y golpeado por el resto de muchachos, que al ver que sangraba por la nariz, se dieron a la fuga. Después de un momento,

se sentó; no sentía dolor alguno, sino la angustia de haberse quedado sin dinero. Se puso otra vez a llorar y a escupir un líquido caliente que sentía llegar hasta la comisura de sus labios. Se restregó los ojos hasta sentir cierta molestia por la acción de las lágrimas y por el efecto del sol que le pegaba directamente en su cara.

Se levantó, ahora sí adolorido. Tomó la bicicleta y no supo si regresar a su casa o rodar hasta "La Ramada". La imagen de su madre lo atormentaba.

Levantó la mirada, el reflejo del sol le hizo parpadear por breves segundos, que fueron suficientes para verse en medio de las piernas de su madre, que lo azotaba mientras sentía la angustia de la asfixia, por la presión que causaban en su garganta. Seguidamente sintió un fuerte estremecimiento en su espalda como si ya sintiera el efecto de los latigazos.

Aún sonso por la paliza y casi sin darse cuenta de sus movimientos, caminó rumbo a "La Ramada". El empleado, al verlo llegar, preguntó qué le había pasado. El muchacho no contestó. Tras largos suspiros atinó a decir que se había caído de la bicicleta. Tomó el botellón y empezó a llenarlo mientras le aconsejaba cómo conducir con más cuidado. El muchacho no estaba atento a lo que el hombre le decía; más bien se retorció los dedos desesperadamente, pensando cómo decirle que no tenía dinero. Al fin respondió que mañana le pagaría, su madre así mandaba a rogarle. El empleado accedió sabiendo que era una rutina tenerlo

todos los días en "La Ramada".

De regreso a su casa, iba pensando qué inventarse para no ser castigado.

Llegó a la vivienda, guardó la bicicleta en el zaguán y comenzó a desatar el botellón para entregárselo a su madre. Volvió a ponerse nervioso, sus dedos torpes, no podían desamarrar el cordón que aprisionaba al botellón. Más nervioso aún y al mismo tiempo con rabia, agarró la lampa que estaba tras la puerta y con fuerza la dirigió hacia el nudo de la cuerda, con la intención de cortarla con el filo de la pequeña plancha de hierro. El impacto fue evidente; el botellón estalló en mil pedazos, quedando en su contorno un fuerte olor a aguardiente.

Salió disparado. Cruzó la calle y se internó en la huerta. Lo mejor que hizo fue sentarse bajo el frondoso árbol de mangos. El corazón le latía con una fuerza de caballo tal, que se llevó las manos al pecho pensando que se le salía. Ya calmado, se dio cuenta que había salido con la lampa en la mano. Escuchó los gritos furiosos de su madre que, desde el interior de la casa lo llamaba. Se apresuró a esconder la lampa y se trepó en el mango. Su madre, con el chicote en la mano pasó bajo el árbol. El muchacho detuvo la respiración, el corazón le volvió a latir con fuerza, escuchando con claridad los fuertes golpes en el pecho. Gruesas gotas de sudor mojaban su frente. No

era la primera vez se que subía al árbol de mangos. Cada vez que su mamá quería castigarlo, corría a refugiarse en la copa del árbol. Bajaba de él al caer la noche y, sigilosamente, iba y se metía bajo la cama. Ahí lo encontraba su madre amoratado y adolorido, por las duras tablas del piso. Entonces, ella conmovida, a veces le perdonaba sus travesuras.

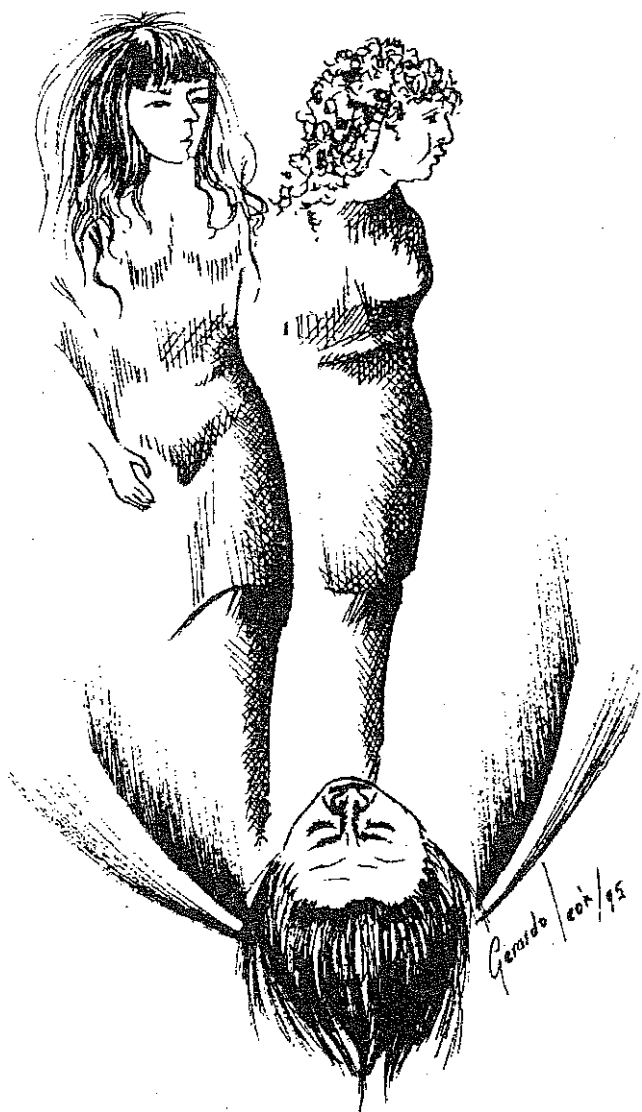
Pero hoy era distinto, no le perdonaría el haber quebrado el botellón. La pobre vieja estaba tan furiosa que pensó amarrarlo como había hecho con sus otros hijos: bajarle los pantalones y ensañarse vigorosamente con el silbido de 5 ó 6 latigazos en sus nalgas. El muchacho había tardado demasiado tiempo en regresar. Más aún que hoy tenía bicicleta para ir y venir de "La Ramada".

Sin embargo, ella tenía miedo que el rato menos pensado se largara el único de sus hijos que había quedado en la casa. "Pero tengo que castigarlo —se decía insistentemente— si no este condenado no me obedece".

Regresó de la huerta: no lo encontró. Así sucedía siempre. Depositó el látigo en la mesa de la cocina. "Nunca se ha demorado tanto tiempo, ni siquiera vino al almuerzo. ¡Y para colmo de males me rompo el botellón! ¡Veránse cosas!, se decía la pobre mujer, aún furiosa. Juntó algunos desechos de comida, puso un poco de agua en la olla y salió a dar de comer a los cerdos. De la cocina pasaba por el estrecho zaguán a la porqueriza. Se detuvo en el zaguán —lugar en el

que su hijo dejaba la bicicleta— al observar huellas de sangre en los manubrios de la bicicleta y un pedazo de billete en uno de sus pedales. Se ofuscó, no supo que hacer. Escuchó el gruñido de los cerdos y como que el ruido de ellos le sirvió para ordenar sus pensamientos; corrió al cobertizo y apresuradamente depositó los residuos de comida en la mitad de una llanta partida por el centro, que servía de comedero para los chanchos, y regresó corriendo por el vestíbulo, por sobre los vidrios que aún permanecían esparcidos. Cruzó de nuevo la calle y se introdujo en la huerta llamando a gritos al muchacho.

Era la única vez en mucho tiempo que recorría la huerta sin el látigo en la mano.



El bronco de la nariz larga

Dejo de leer. Al frente veo el rostro macilento de la bibliotecaria.

Los libros, al leve roce de mis dedos me transmiten cierta congoja que me incomoda. Sus páginas amarillentas: unas rotas, otras rayadas y asquerosas, aumentan el desasosiego con que me he levantado esta mañana. Mis miradas penetran en la bibliotecaria como buscando algún misterio en ella. Cada vez que vengo a la biblioteca me sucede lo mismo. Siempre la miro como si fuera un bicho extraño. Termino por incomodarme y abandono el lugar.

Subo las escaleras a prisa, hoy ni siquiera he saludado a la portera. Al llegar a mi pieza, me detengo en la puerta, no sé por qué. La observo, la remiro, y otra vez esta maldita sensación de incomodidad. Siento fastidio hasta de estirar la mano, tomar el picaporte y abrir la puerta. Algo raro me sucede, y es justamente a partir de esa extraña pesadilla que tuve anoche: la dentadura que saltaba, una casa enorme con las puertas en el techo, gritos, brazos disformes, piernas inmensas y una nariz desproporcionada; todo se conjuga para mi extraño

comportamiento. La puerta de al lado chirría espantosamente.

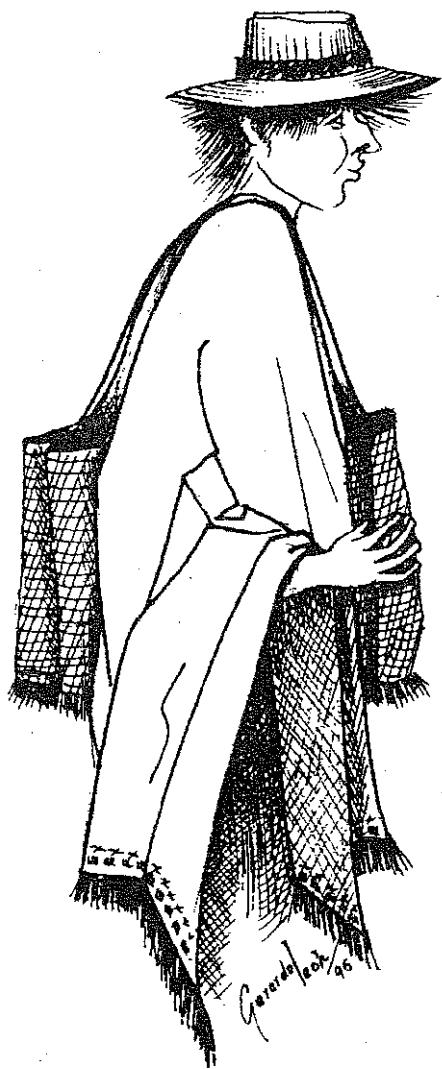
Es mi vecino, que en calzoncillos y con la toalla alrededor del cuello, baja por las escaleras, a ocupar el baño que queda bajo los primeros peldaños. Apenas nos saludamos, y al observar la cantidad de vellos en sus piernas y pecho, el espinazo se me eriza. Entro en mi cuarto llevando la imagen de un orangután. Me tiro en la cama, levanto las piernas y desde lo alto boto los zapatos despreocupadamente en un rincón. Las medias aún me aguantan, no huelen mal, las enrolló y las coloco debajo de la almohada. Me aflojo la correa y la bragueta, y es cuando me acuerdo de la portera; se asemeja mucho a la bibliotecaria, con su cara puntiaguda y esa nariz con semejantes respiraderos que pareciera que por ahí come. Estiro las manos y hurgo bajo el colchón algunos recortes de cartón. Observo esas hermosas piernas y las medias nylon que llegan hasta los muslos de la muchacha. La forma como el vestido cae hacia abajo, mostrando discretamente los muslos, me conturba. Qué contraste con las piernas de la portera: nudosas, acabadas y hasta pareciera que estuvieran gangrenadas de lo puro moradas. Inquieto, busco de nuevo las medias; las huelo, aspiro varias veces. He logrado contrarrestar esa terrible sensación de fastidio. De pronto escucho un ruido conocido, semejante al de siempre: chirrr, chirrr, chirrr; pero me doy cuenta que es afuera, parece una carreta vieja que pasa por la calle.

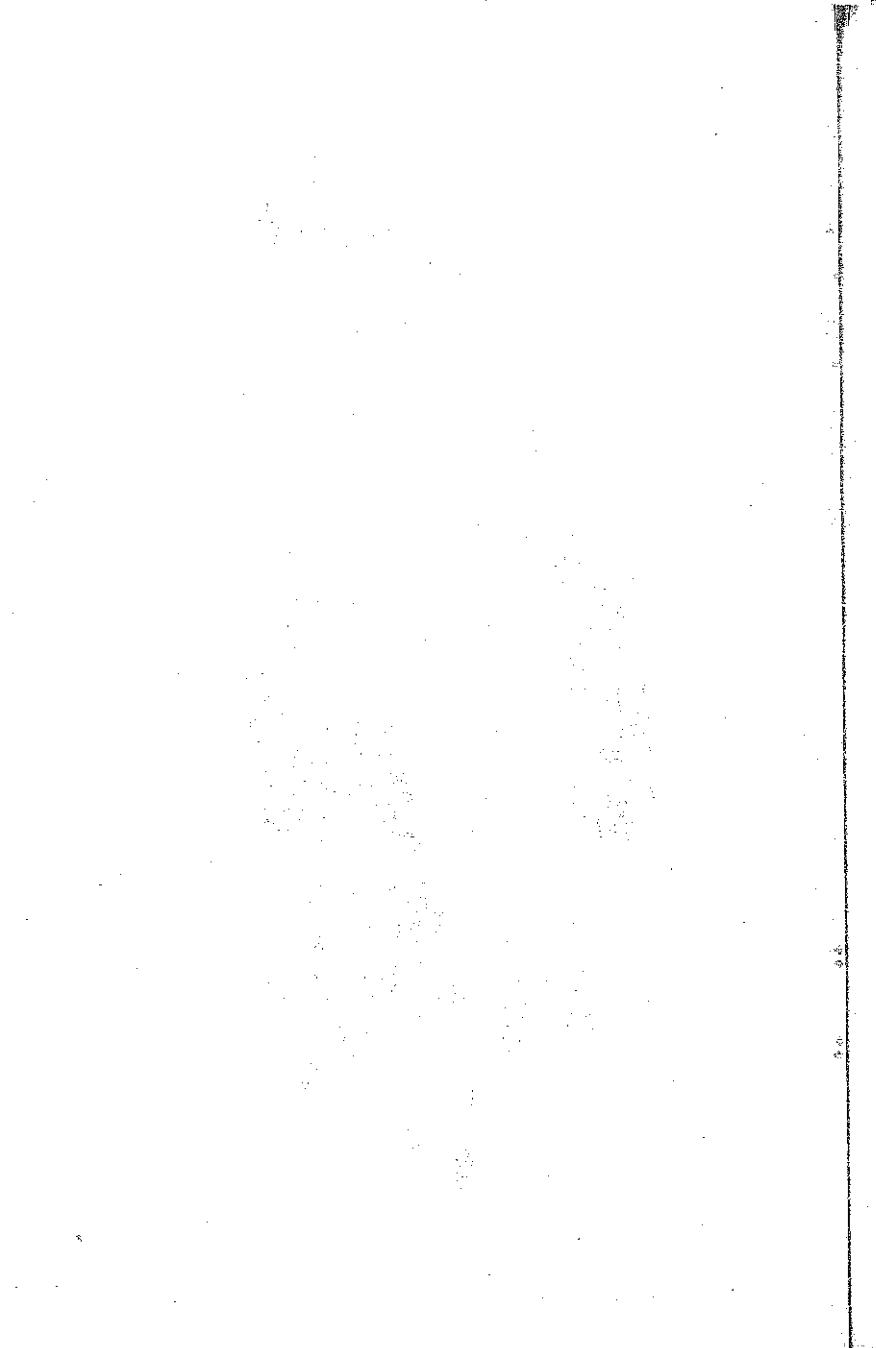
Está anocheciendo, he dormido largo rato, el cuarto va quedando en penumbras. Una débil claridad penetra a través de la ventana hasta chocar con mi rostro. Acabo despertándome del todo por el ruido de las tablas. La mayoría de inquilinos bajan a la merienda. Luego, silencio absoluto. Pienso bajar también, pero otra vez el ruido conocido: chirrr, chirrr, chirrr.....Sigilosamente, me incorpоро, camino hasta la mesa de estudio, me trepo en ella, y de pie sobre los libros, destapo el agujero que hay en la pared y pego bien el ojo derecho para mirar. Era ella otra vez, mostrando sus piernas nudosas. El orangután se incorpora, dejando al descubierto su asqueroso aspecto, ella permanece tendida en la cama. No puedo resistir más, ni siquiera reparo en que puedan oírme o no; abro la puerta y cuando me doy cuenta estoy ya bajo las escaleras, vomitando. Siempre que veía este espectáculo sentía un terrible malestar, pero de ahí no pasaba; hoy es la primera vez que me sucede esto.

Pienso salir a la calle, pero he bajado descalzo. Subo a la pieza. El orangután está ahora con la radio a todo volumen. La mujer se desplaza escaleras abajo; en semejante casa vetusta, es evidente el ruido, por más que quiera evitarlo. No tengo deseos de comer, prefiero seguir acostado. La lluvia y la obscuridad me confunden en este cuartucho en donde sólo se respira incomodidad: la portera, borrachos, peleas de noche, música a todo volumen.

Es de día, he descansado toda la noche y hoy me encuentro de mejor ánimo.

Bajo trepidando las escaleras, salgo a la calle, llego a la fonda y hasta se diría que desayuno con gusto. Ya en clases, me dispongo a trabajar con gran entusiasmo, pero en cuanto veo al profesor —mientras corre lista— que con la lengua empieza a jugar con su dentadura postiza, de nuevo siento la desazón del día anterior. De pronto, esa fea costumbre me da la pauta, de golpe, para clarificar el pesado sueño de la otra noche: la penumbra, el enorme cuarto oscuro, hoy lo recuerdo una vez más con mucha claridad, cuando desnudo, corría desesperadamente alrededor del granero de mi casa, hasta que, cansado, mi padrastro se abalanzó sobre mí. Su cuerpo agreste, velludo y apestando a tabaco, su dentadura postiza y su enorme nariz aún me horrorizan.





La otra cara del sol

Arrodillado frente al pequeño altar, Eleodoro reza con mucha devoción.

Son varias semanas desde que empezó la sequía, que baja al pueblo con su esposa y a veces con uno u otro de los niños a fiar la comida. Hoy tuvo que bajar solo. En la tienda de don Matías no le dan ni un fideo más si no paga la deuda. En la esquina y en la de su compadre, lo amenazaron con mandarlo preso si no cancelaba la cuenta este domingo. Sale del templo, con su alforja al hombro, decidido a pedirles ayuda a sus amigos. Son campesinos que también bajan al pueblo desde diferentes puntos de la cordillera. Ellos, está más que seguro, le prestarán dinero como en otras ocasiones. Se acerca, conversa. El corazón le late aceleradamente pensando en una negativa; pero más puede la esperanza cuando surge la necesidad de conseguir algo. Sin embargo, después del breve diálogo comprende que no pueden ayudarlo. Imposible, se encontraban en las mismas condiciones que él. Se aleja pensativo. En su semblante se nota ansiedad y nerviosismo. Imagina a su esposa y a sus nueve hijos que estarán ya con el fogón encendido,

esperando su regreso. Camina en torno al pequeño parque, las manos en los bolsillos y con la mirada como extraviada, perdida en algún punto lejano del espacio. El ajetreo de los vendedores en la calle principal que han convertido en mercado le resulta insoportable. Va a sentarse en un viejo banco del parque. Por un instante recuerda los tiempos de su juventud cuando en aquel mismo escaño enamoraba dulcemente a Dorotila, la hija de don Matías, hasta ahora mal vista, por haberse casado con él, un pobre indio "pelado y paralsuelo" como su suegro lo calificaba.

Por eso tuvo que irse lejos, al cerro, a cultivar la pequeña herencia de sus padres. Si no llovía, como ya había sucedido en otros años, iba al pueblo, a rogar que le fien la comida. Cuando ya no le fiaban en las otras tiendas del pueblo, irremediablemente tenía que humillarse ante su suegro. Y como negocio era negocio, cuando la sequía venía, don Matías le daba a crédito lo que pedía; eso sí con los respectivos intereses, y claro, se trataba también de su familia, aunque no le pasaba el coraje hasta ahora, después de tantos años, de que Eleodoro se haya casado con su hija. Don Matías, siendo el tendero más respetado de la parroquia esperaba otro porvenir para Dorotila. Para este año la ausencia de lluvias fue demasiado prolongada. Ningún tendero se arriesgaba a concederle más víveres. A don Matías siempre le pagaba hasta el último centavo, no quería habladurías. Pero

ahora, cómo hacerlo. Por momentos su mente permanece en blanco, no se le ocurre nada. Fija la mirada en la calle de enfrente, ahí está la tienda de su suegro. La gente entra y sale a cada instante. De repente se levanta como un resorte y en pocos trancos está dentro de ella. Don Matías, tras el viejo mostrador, cuenta el dinero de sus ventas. Al verlo entrar, clava sus viejos ojos en él, lo escruta con desprecio y tose ácremente, como siempre acostumbraba cuando la presencia de alguien lo incomoda. Para Eleodoro siempre le resultaba difícil imaginarlo con un buen rostro. La sola presencia del viejo le traía amargos recuerdos.

—Quiero que me siga fiando —dice resuelto Eleodoro.

Don Matías no atina qué responder. Deja el mostrador y reluciendo su abultado vientre se dirige a una de las perchas de la tienda. Se estira, levanta su peludo brazo y alcanza una lata de sardina.

—Son ciento treinta —le dice al muchacho que poco antes había entrado a comprar. Regresa al mostrador y apoya las manos en el tablero.

—¿Traes con qué pagar lo que me debes? —le dice a Eleodoro en un tono casi burlón, volviendo a toser desabridamente.

—Bien sabe Ud.. que aún continúa la sequía y por...

—Me importa un bledo —exclama don Matías, furioso.

—Quiero mi dinero y ahora —grita el viejo, dando al mismo tiempo un fuerte golpe en el mostrador.

—Al menos hágalo por sus nietos —dice Eleodoro, alzando la voz y acercándose un poco más al mostrador donde está el viejo. Sus manos se crispan de cólera. ¡Qué cerca lo tiene! Aprisionarlo por el cuello. Desfogar todo el rencor en ese cuello gordo y grasiento de don Matías. Está a punto de arrojársele, de no haber sido por el olor a quemado que inunda el ambiente. Venía de la cocina. —Virgen Santa, las ollas— dijo y desapareció por el recuadro de la estrecha puerta, ubicada tras el mostrador. Su esposa había salido a misa de diez y don Matías se olvidó, por atender a la clientela, la recomendación de que eche más agua a la olla de porotos que hervía en la vieja cocina de kérex.

Eleodoro, con el ceño fruncido y las manos casi en guardia, respira aliviado al verlo perderse tras la puerta. Baja las manos y las apoya en el mostrador, como reteniendo el cuerpo para no dejarse caer. La alforja resbala del hombro izquierdo. Con un fuerte ademán la coloca de nuevo en su sitio. El movimiento que realiza con la alforja lo hace volver a la realidad. Por un momento se siente tentado a meter en ella los víveres que están a su alcance, mientras el viejo sigue en la cocina. Sin embargo, luego de echar un vistazo por todas las repisas, da unos pasos y se para en el umbral de la puerta que da a la calle.

Afuera, el sol baña con sus fuertes rayos la angosta calle. Eleodoro, encandilado, siente un leve malestar en los ojos; permanece inmóvil bajo el dintel de la puerta, mientras por su cerebro cruzan ideas vagas, imprecisas, borrosas. Don Matías regresa de la cocina; al ver a su yerno junto a la puerta, por un momento siente compasión, no tanto de él, sino de su hija y de sus nietos. A medida que los años pasaban se arrepentía haberle dicho a su hija que no pisara más la casa. Su esposa siempre lo acusaba de portarse demasiado cruel con Dorotila; quería conocer a sus nietos, abrazar a su hija; que se olvide de viejos rencores; esa no era manera de ser de un buen cristiano, le recordaba a menudo. Pero don Matías siempre terco. Qué más bondad la que he demostrado concediéndole alimentos y esperándolo hasta que le dé la gana de pagarme, le decía a su esposa cada vez que sobre el tema discutían. Pero ahora, "Maldita sea, no puedo seguir fiándole a este condenado", se dijo para sí. "Pero mis nietos, mi hija", pensó mientras se rascaba la cabeza. Tantas vueltas le dio al asunto que al fin decidió alargarle el plazo de la deuda y seguir concediéndole más provisiones. Estaba seguro que algún día le pagaría como siempre lo había hecho. Pero que tenga presente que no lo hacía por él —le iba a decir— sino, y sobre todo sus nietos. Iba a llamarlo para decirle qué nomás quería llevar, en el preciso instante en que Eleodoro, que continuaba en la puerta, bruscamente se da la vuelta para increparlo:

—Viejo desgraciado, miserable, el diablo te cargue algún día por no tener compasión de tu familia — terminó gritando furioso, en medio de la sorpresa de algunas personas que habían llegado a comprar. Tal fue el asombro de don Matías que no tuvo tiempo para reaccionar de inmediato. Pues Eleodoro se encontraba ya fuera de la tienda. Como un autómata dirige sus pasos hasta el fondo de la calle.

Aún furioso observa como muchos paisanos están ya de regreso a sus hogares. Imposible regresar a su casa con la alforja vacía. Sus hijos, su esposa, lo estarán esperando con impaciencia. Se detiene. De una de las casas alcanza a escuchar, entre bullicios y risotadas, la letra de una canción que le traía recuerdos de sus tiempos mozos.

Era la cantina de "La Barbona".

Al reparar en ella siente tentación por beber unos tragos, le parece una salvación encontrarse ahí. Al fin y al cabo para beber sí había quien le fie.

Era un alivio sentarse a beber mientras pensaba detenidamente cómo resolver su problema. Ya en la cantina se acomoda en la mesa, en un rincón oscuro y maloliente. Cruza unas breves palabras con la Barbona y acto seguido saborea ya su primera copa. Al frente, en la pared, carcomida por los años, cuelga un cuadro de una mujer desnuda que parecía mirarlo con picardía, como si la sonrisa lo invitara a que se le acercara. Sentado a la mesa, con un movimiento involuntario deja caer la alforja y deposita el sombrero

en la silla contigua. Se pasa luego las manos por la cabeza, como alisándose los cabellos.

Toma la copa, la hace girar en sus dedos y se la lleva por segunda vez a la boca. Se concentra en la música, continúa bebiendo. Ya no piensa en su anterior situación. Quiere seguir bebiendo, olvidarse de todo. Una... Dos... Tres botellas. Divisa en torno suyo; sólo ve sombras borrosas, lejanas. Se levanta con dificultad. Sus bruscos movimientos vuelcan la pequeña mesa, cayendo al suelo estrepitosamente botellas y vasos. La cantinera intenta detenerlo, pero Eleodoro ya está en la puerta de la calle.

Al atardecer, los parroquianos lo ven pasar por las desoladas y polvorientas calles de la parroquia, tambaleándose. Camina a duras penas, solo, sin el sombrero del domingo y sin la vieja alforja. Se acerca a un poste de luz. Se arrima despreocupadamente y orina durante un largo rato. Un muchacho, desde el otro lado de la calle lo observa con curiosidad, extrañado de que el borracho orine por tanto tiempo. Realiza un breve movimiento con las manos y abandona el poste. Al salir del pueblo, como por instinto toma el camino de herradura que lo conduciría a su humilde vivienda.

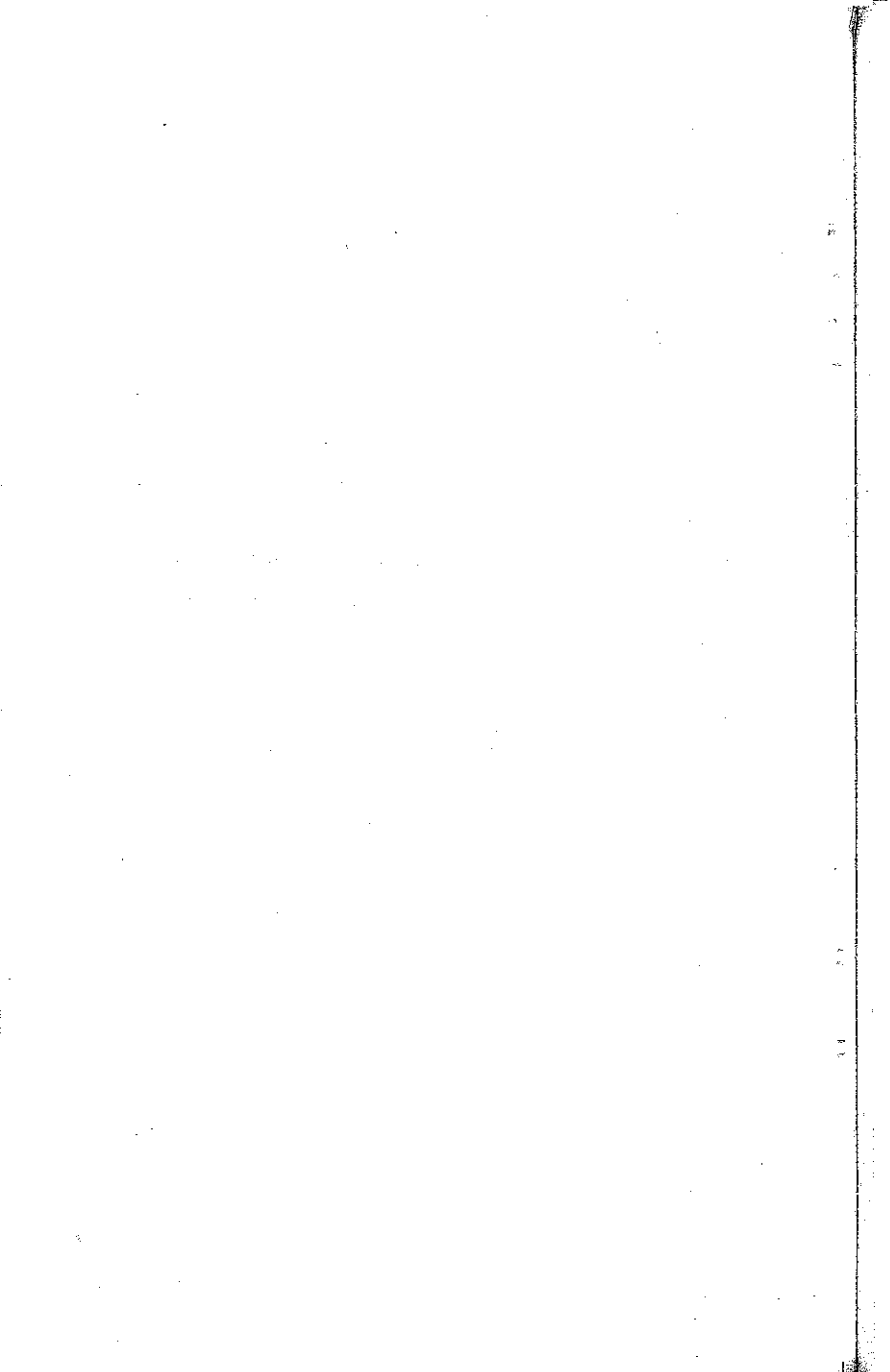
Ese día, la neblina oscureció la tarde de las alturas y el viento sopló con más fuerza que de costumbre. Dorotila recibió aquellos extraños silbidos del viento como un presagio de que algo malo le había sucedido a Eleodoro.

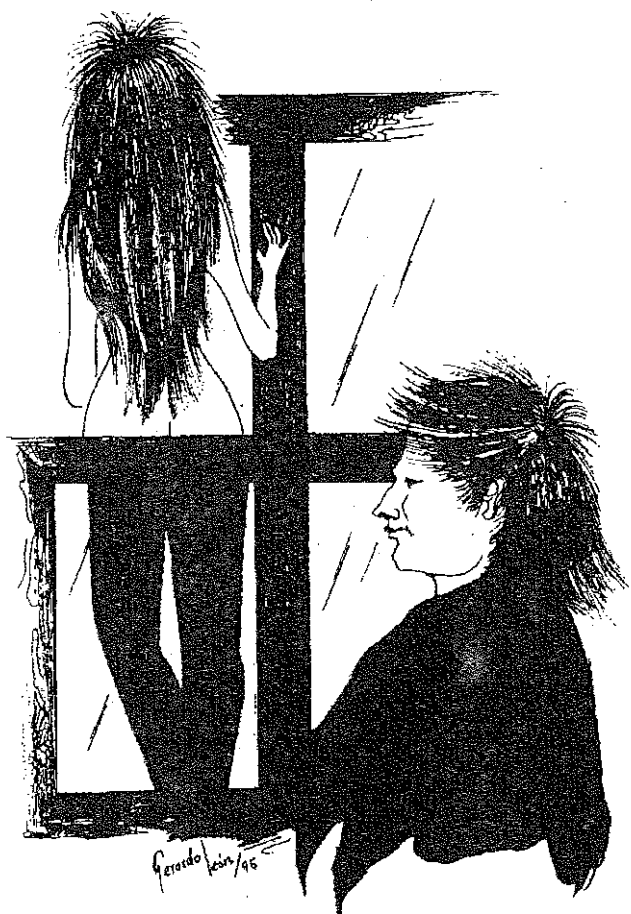
Diez años de vivir juntos, al lado de sus tiernos hijos, soportando el desprecio de sus padres y la miseria en que vivían, eran suficientes para intuir el peligro por el que podía estar pasando su compañero. Visiblemente turbada levantó la cabeza y dirigió la mirada a la imagen de la Virgen de El Cisne. Los niños jugaban en el corredor de la casa con pequeños trozos de madera que les servían como juguetes, mientras esperaban ansiosos la llegada de su padre. Dorotila, aún con la mirada en la Virgen que colgaba sobre la cabecera de la cama, se preguntaba "por qué no habría bajado mejor con Eleodoro al pueblo". Mas, cómo hacerlo, si Eleodoro, "sin un centavo al bolsillo, tendría que darse modos para conseguir alimentos de donde sea posible".

Andar de un lado a otro, pedir dinero. Si no conseguía, rogar que le sigan fiando". Además, si no había qué comer ese día en casa, era mejor quedarse cuidando a los niños. Dejó de observar el cuadro. Continuó en su tarea anterior: expurgar liendres y piojos a cada muchacho. Parásito que caía en sus manos lo trituraba con las uñas: con rabia, con fuerza; luego se lo llevaba a la boca. Por momentos sentía una sensación calofriante que le envolvía las espaldas. Cuando la noche llegó, aquellas criaturas cansadas y hambrientas preguntaron una vez más a Dorotila a que hora regresaría su padre. Ella prefirió permanecer callada. En un rincón de la vivienda estaba el fogón apagado.

Habían esperado todo el día a Eleodoro y el fuego se consumió inútilmente. Dorotila no pudo conciliar el sueño. Quería salir a buscar a su marido, pero era imposible a estas horas, con semejante oscuridad. Sentada al borde de la cama, cerró los ojos y rezó con profundo recogimiento.

No bien hubo amanecido tomó por el chaquiñán y con la mirada atenta iba observando minuciosamente y con temor para todos lados. No había caminado demasiado cuando súbitamente se detuvo: en el fondo de la quebrada seca yacía el cuerpo de Eleodoro. Dorotila sintió un agudo dolor en el pecho. Las lágrimas se le escaparon, se llevó las manos a la cara y se tumbó en la orilla del camino.





El habitante de la ventana

Caminó unas tres cuadras y se detuvo para mirar a su alrededor: no había nadie. La luna iluminó la calle con todo su esplendor y el hombre maldijo mil veces ese instante. Esperó inquieto para que se ocultara, mientras observaba el edificio de tres pisos que estaba al frente. Tuvo deseos de subir por las escaleras y abrir la puerta por la cual tantas veces había entrado. La otra vez las escaleras trepidaron en el silencio de la noche que casi lo descubren los inquilinos. Las sombras volvieron a cubrir por completo la calle. El hombre miró de nuevo para todos los lados y empezó a trepar por el poste de la luz que desde hace mucho tiempo su lámpara no alumbraba. Llegó frente a la ventana del tercer piso y brincó al pequeño balcón. Se inclinó al pie de la ventana del departamento para no ser visto. Una cálida música abrigaba el ambiente y se confundía con el frío de la noche. Lentamente comenzó a espiar por un resquicio de la puerta, pero no pudo ver nada. Se acomodó para mirar por un lado de la ventana por donde la cortina no estaba corrida. En la pared de enfrente pudo divisar un cuadro con la fotografía de su esposa, como el único recuerdo que

en la casa quedaba. Sus manos se arañaron nerviosamente en la pared al ver cruzar a su hija. Sus recuerdos lo llevaron al instante en que gozoso creyó verla crecer a su lado. Cuántas promesas, ilusiones y esperanzas no había trazado con Catalina, su mujer. Ha pasado el tiempo y su hija se criaba hermosísima. Al son de la música comenzó a deslizarse con movimientos suaves y armoniosos. El hombre tuvo deseos de salir del escondite y correr a donde ella estaba, pero la primera palabra que saldría de la boca de su hija, sería: "Criminal, criminaaaal". Tomarla en sus brazos, besarla, estrecharla contra su pecho, volver a jugar al caballito o al lobito como cuando con su tierna sonrisa endulzaba el hogar, mientras Catalina iba a estudiar por las tardes y hasta la noche en la universidad. La chica se alejó de la sala, él se arrimó a la pared, se deslizó sobre ella y continuó dando rienda suelta a sus recuerdos.

Todo empezó con el pretexto de que a Catalina se le había metido en la cabeza seguir la universidad y yo me resistí en un inicio para qué le decía si sabes bien que para nomás de tí y de nuestra hija en la fábrica me pagan bien. Pero más pudo tu aptitud enérgica que decidida optaste por seguir estudiando con permiso o sin él. Siempre pensé que el haberme dejado dominar de tí fue la perdición de mi vida. Desde el mismo instante en que te conocí por coincidencia en el baile que todos los años hacía el barrio en

honor a las Cruces tuve que acompañarte hasta tu casa porque así me lo habías pedido mientras caminabas abrazada a tu novio Ay Catalina Catalina tuviste después la audacia de tener dos novios al mismo tiempo y yo no tuve la valentía para insinuarte que te decidaras por uno de los dos Siempre fuiste impulsiva tremendamente coqueta y con un no sé qué en tus ojos que atraías a cualquier mortal Y así fue nunca más pude desprenderme de ti hasta hoy en que todo el mundo piensa que estoy loco y preso Y esta es la peor desgracia de mi vida Catalina que piensen que vivo loco que soy un criminal y que no pueda ver a mi hija Mi hija mi hija si hasta de eso tengo dudas Catalina Mis amigos siempre me decían que te deje porque tu otro novio vivía ya con vos pero a mí no me importó nada con tal que de repente me dejases estar contigo y yo nunca te reclamé por nada Hasta la gente hablaba que estabas preñada ya a mí me dolía en el alma pero no te decía nada por temor a perderte y así fue cuando se me ocurrió pedirte en matrimonio porque pensé que era la única manera de tenerte a mi lado definitivamente así te siguieras viendo con el otro Era tal mi amor enfermizo por ti que no me importaba en absoluto lo que hicieras con tal que no me abandonaras Nació nuestra primera niña quince días antes de cumplir los nueve meses de casados y el médico dijo que eso era normal Catalina y creí que todo sería felicidad Oh mi Cata Catita por qué me hacías tantas cosas si yo nunca te ofendía Dicen que

después dejabas a la niña sola encerrada mientras tú
dizque salías no sé a dónde que te veían aquí que te
veían allá mientras yo trabajaba Las llamadas telefó-
nicas eran continuas a la oficina de la fábrica hasta los
obreros me miraban como a bicho raro y sabía que
siempre se la pasaban comentando Un día me dijeron
que hasta con los mismos obreros te acostabas pero
yo no te decía nada a veces pensaba que el mundo
siempre se destruía por los chismes y no por lo que en
verdad sucedía y tú sabes que todo lo olvidaba al lle-
gar a casa bastaba con verte la hermosa figura de tu
cuerpo ese pelo tan liso y suave que te llegaba hasta
la cintura todo se conjugaba para amarte arrodillarme
frente a la figura de mujer bien formada y embria-
rme con tu olor de hembra cuando me acogías con
ardor y tus pechos vibraban exaltados recorriendo mi
cuerpo Si Catalina todo quedaba olvidado máximo si
al instante escuchaba a nuestra niña que reía o llo-
raba y presto me pasaba horas jugando con su
inocencia y con esa frágil sonrisa y el candor de esa
belleza que empezaba a despuntar y que cada vez se
iba pareciendo más a ti Catalina mi Catita todo se
complicó cuando te dejé ir a la universidad No me
importó que la gente dijera que cuando yo no estaba
en casa tú salías con tal de que cuando regresase del
trabajo estuvieras en casa Pero las ausencias comen-
zaron con el maldito pretexto de la universidad Venías
demasiado tarde de noche a la madrugada y a veces
ni siquiera llegabas En la fábrica Catalina me creían

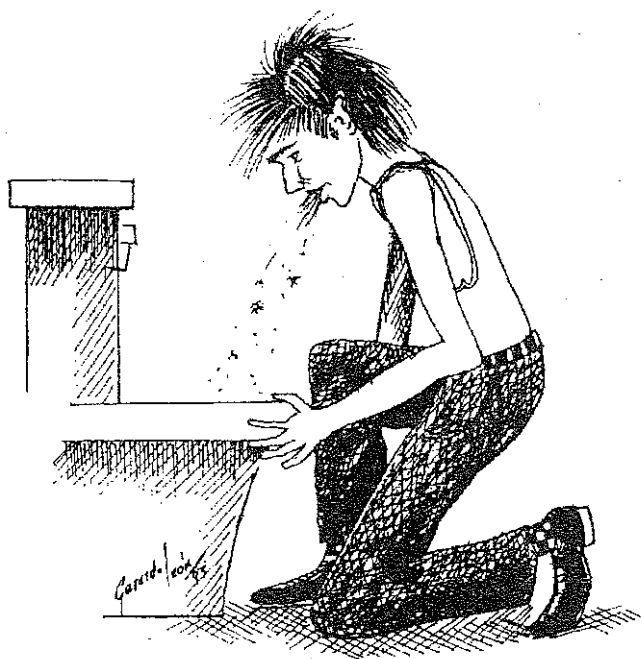
el gran pendejo yo me daba cuenta aunque no me lo decían en la cara Comencé hasta a perder la autoridad de jefe de planta Me aislaron ya nadie conversaba conmigo a no ser sólo para lo necesario Un día mis familiares me visitaron en la casa y me persuadieron para que te abandone Yo me llené de tanto coraje que los mandé botando a todos y les dije que nunca más vuelvan a pisar mi casa si se atrevían de nuevo a venir con cuentos y a pedirme semejantes cosas No sé si tú lo sabías pero yo sufría en silencio sólo me consolaba la existencia de nuestra niña Tú sabes Catalina que no me agradaban los fiestas no fumaba ni me apetecía el aguardiente y jamás tuve otra mujer que sólo tú Hoy me doy cuenta Catalina tal vez eso te aburrió estar sola en la casa Llegó un momento en que cuando en la noche no llegabas pronto sentí la curiosa necesidad de tomar La espera se volvía desesperante al ver que no regresabas nuestra niña se quedaba dormida y tú no llegabas Comencé a comprar aguardiente ni siquiera sabía cuál sería el mejor Lo cierto es que empezó a gustarme porque me apaciguaba mi dolor No concebía vivir sin ti Podrías hacer cualquier cosa Catalina pero no dejar de venir No sé cómo principié a descuidar mi manera de vestir de afeitarme Llegaba atrasado al trabajo por los efectos del aguardiente sufría de continuos malestares de cabeza Empecé a perder la compostura el mal humor afloraba a cada instante insultaba a los obreros por nada El sindicato de trabajadores se me vino en cima Las

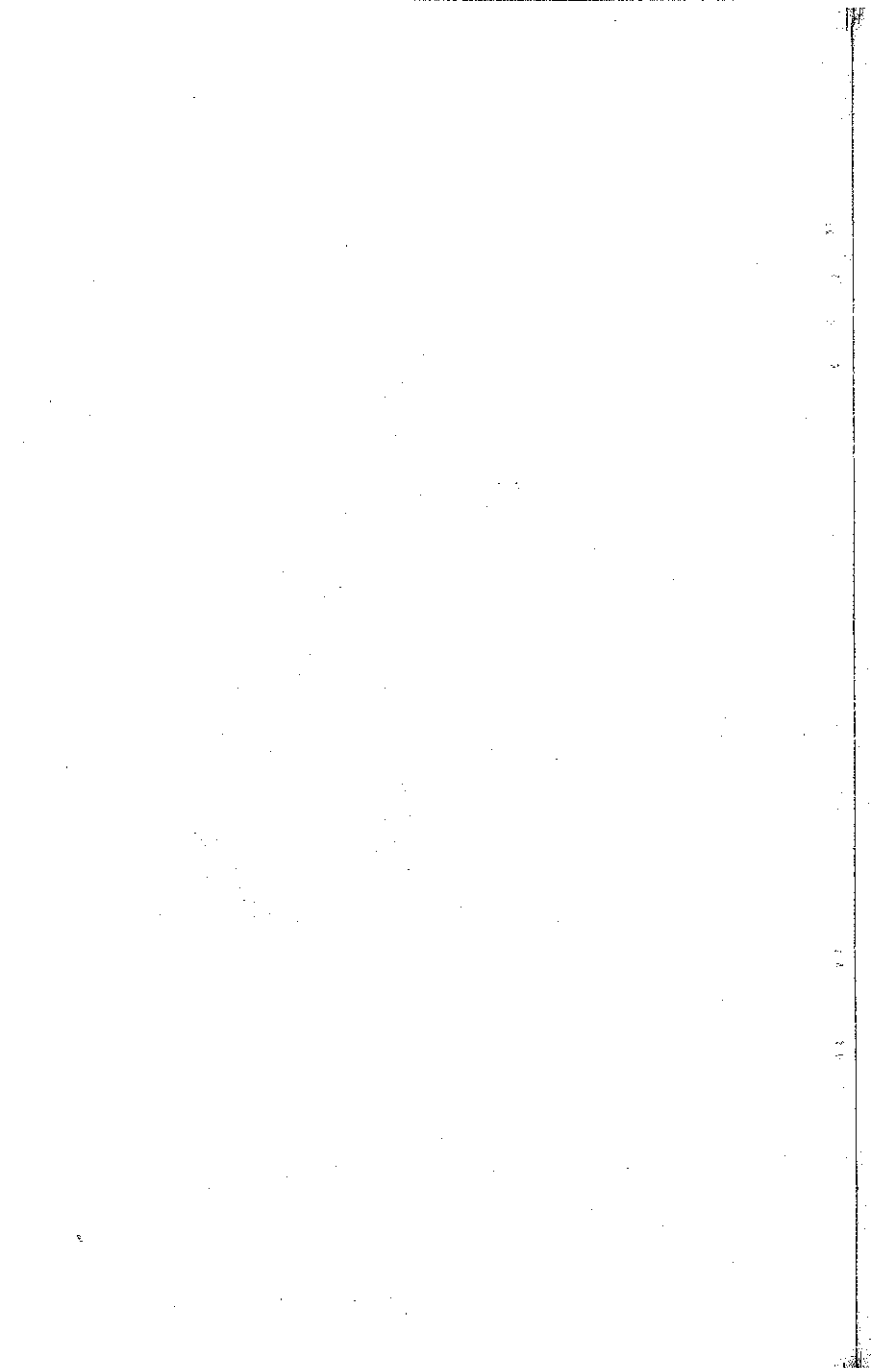
cosas se complicaron Catalina hasta que tuve que renunciar a la empresa Pues todo el mundo me conocía como el cornudo y yo no lo aguantaba Catalina te juro que no lo soportaba me vi forzado a renunciar Lo demás es cosa que tú y todo el mundo lo supo Cata después tuviste vergüenza de mí no me dejabas llegar a la casa sin trabajo mal vestido desnutruido ¿Quién la crió a mi hija? No sé exactamente Cata Al penal casi nunca me llegaban noticias Por referencias apenas sabía que después de aquel día fatal tu madre la criaba a nuestra hija No puedo vivir más así Catalina si supieras que quiero ver a mi hija borrar la falsa imagen que tú y luego tu madre crearon en ella todos los recuerdos agradables que la pequeña niña tenía de mí ¡Oh Dios! esta angustia no puede continuar son varios días desde que me escapé de la cárcel y ansío verla conversar con mi hija después de tantos años Yo sé que tiene que ser muy duro para mi hija que comprenda que tuve que actuar así Qué más me quedaba Si no hubiera visto con mis ojos que me engañabas y en mi propia casa no hubiera actuado así Me privé Catalina como creías que me iba a quedar tan tranquilo sorprendiéndote en semejante espectáculo Catalina tu recuerdo me atormenta aún retumban en mis oídos toda la descarga del revólver que a ti y a ese desgraciado...

Los pensamientos del hombre se vieron interrumpidos súbitamente al escuchar que desde el interior de la casa, con voz enérgica, la abuela decía que se acostara pronto... No pudo seguir escuchando, sintió que el frío de la noche le penetraba por su cabeza como aguja hiriente, al ver que, en el balcón, un jovencito: rubio, colorado, garboso y con abundante melena, se había encaramado por el poste de la luz que él subió y que, anonadados, entrambos se miraban, en el mismo instante en que desde el interior del departamento, la muchacha abría la ventana del balcón.

100 100 100 100

100 100 100 100





San Viernes

Casa de la
Cultura
Ecuatoriana

NUCLEO DE LECTURA

BIBLIOTECA

Sentado frente al televisor espero a mi mujer. La cabeza me estalla y no encuentro modo de estar bien en ningún lado. No creo que en verdad se vaya. No tiene a donde ir y además sin un solo centavo qué puede hacer. Ni una bendita aspirina encuentro y con este frío aterrador no me atrevo a ir a la tienda. Los comerciales de la televisión me incomodan aún más y opto por apagar el aparato. Acudo al equipo de sonido y lo primero que encuentro a la mano es un long-play. En la portada consta el retrato de una mujer desnuda, que con los brazos cruzados a la altura del pecho, sostiene sus enormes senos. Quedo observándola un largo rato, en tanto ella sonríe. El dolor de cabeza aumenta, siento como unos enormes martillazos que golpean mi frente. El ambiente es insoportable: colillas de cigarrillo por todos lados, vasos rotos, escupitajos aquí y allá, una botella de ron caney a la mitad, un par de chompas en los sillones. Creo que peleé con Ambrosio. Algo dijo de Carmen y de Ramiro. Cómo se atrevió el bestia este a salirme con semejantes bobadas si Ramiro es mi mejor amigo. Coloco el disco en el gramófono y escucho: "Payaso,

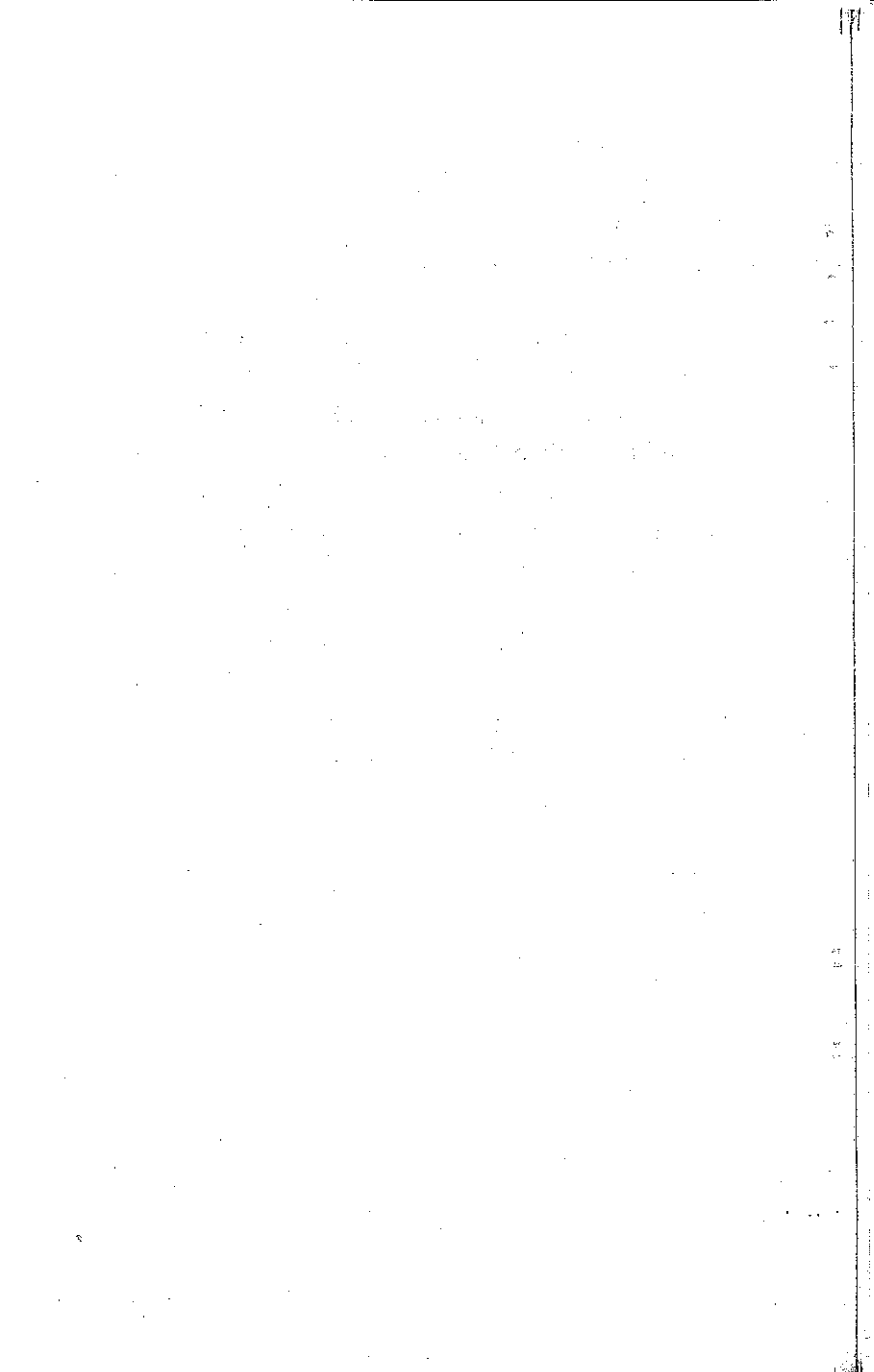
soy un triste payaso..." y siento deseos de seguir bebiendo. La botella me tienta, pero no bien pasa el líquido por mi garganta, siento que el estómago se me revuelve. Corro al baño, y antes de llegar, vomito como un perro. Las tripas se me salen, los ojos se me desorbitan. Expulso por la boca y la nariz un entrevero de comidas con un olor espantoso. Es el momento más angustioso que puedo experimentar. Todo el cuerpo se me convulsiona y tengo que apretarme las sienes a dos manos, el dolor de cabeza a estas alturas resulta inaguantable. Ni siquiera la mujer esa está aquí para que me prepare una agüita de mortiño con clara de huevo. Lentamente me voy recuperando. Doy unos pasos, y de nuevo la náusea. Ahora es un vómito seco. Las paredes del estómago me duelen. Apenas logro botar un líquido espumoso, amargo y verde-amarillento.

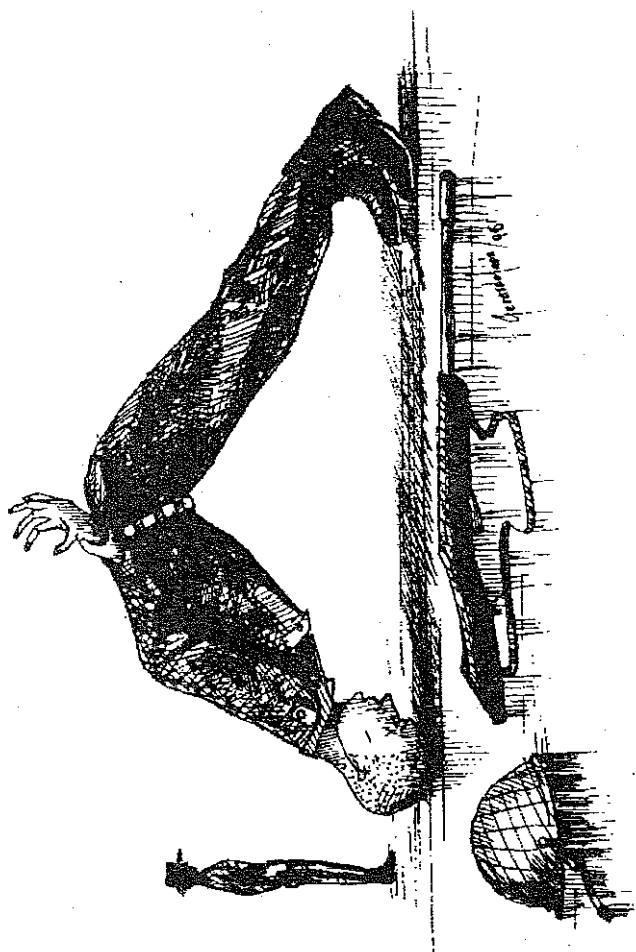
En la desesperación, introduzco los dedos hasta topar la úvula para acelerar el vómito; quiero expulsar hasta lo que no tengo. Me quedo tranquilo por un momento, pensando preocupado en que si no tomo el agua de mortiño, el vómito regresará después de un momento. Levanto la mirada lentamente, moviendo la cabeza con cuidado. Un movimiento brusco y la náusea me asaltará de nuevo. Al frente veo la taza del retrete. El tocadiscos ha dejado de sonar. En cada borrachera, cuando llego a este estado calamitoso, me arrepiento y renuncio mil veces a beber. Mi mujer siempre me increpaba después del antídoto: "Anda,

sigue bebiendo, eso te hace bien, ¡que te curen tus amiguitos! Yo soy la burra que tengo que cuidarte en cada borrachera". Sus palabras me resuenan en los oídos como granizo al caer en los tejados de zinc, y yo calladito, con tal que me prepare el remedio. Que regrese pronto: la cabeza, la náusea y ya mismo los asientos; esto es un martirio. Soy un pobre inútil. No tengo la suficiente entereza para negarme cuando les digo a mis compañeros de oficina: no puedo beber, me hace daño, ustedes bien saben. Y ellos, "no cholito, cómo vas a perderte el san viernes, ya sabes lo bien que la pasamos topándole las nalgas a la Miqui, o nos vamos a la "Todos vuelven". Imagínate esos pechazos de la empleada, y si se descuida la dueña de la cantina, bueno...ya sabes...La otra vez con sólo quinientos sucres te quedaste abismado de la "pechazos". Andá cholito, no te agüeves". Claro, y yo con la tentación: vamos, qué carajo, una vez a la semana no hace daño. ¿No hace daño? Será a ellos. Yo estoy aquí que me muero y ahora mismo que se larga esta mujer del diablo. Pero cómo no me voy a molestar si anoche la quería abrazar y ella que no; que estás apestando a aguardiente. Pero es que las mujeres no comprenden lo libidinoso que uno se pone después de unos tragos. Quisiera que ellas se emborrachen para ver cómo les va. A ver si no estarían rogándole a uno también. Y uno, quítate, estás apestosa. Pero como no toman, claro, que van a comprendernos. Pero dónde se habrá ido esta mujer.

No pensé que lo tomara tan en serio. Hijos de perra, la próxima vez que me inviten les rompo la cara. A ver si ahora vienen a hacerme reconciliar con la Carmen. Todavía tuvieron la osadía de hacerse invitar a mi casa, y el gran relajo que armaron. Sólo Ramiro parecía tranquilo. Cómo van a venir a decirme en mi propia casa que ella es como una mula. Que la ponga así y asá, que ojalá así quede preñada, y si no, que se las preste para ver si el flojo no resultaba yo. Que grandes bestias, lo que hacen los tragos. Y lo que más me intriga es no saber si la Carmen escuchó, porque, que yo recuerde, ella se levantó cuando nos fuimos de trompadas con Ambrosio, que era el más bocón. Me voy a descansar, ya me siento más aliviado. Ni siquiera me desvestí anoche. Con el pañuelo me limpio la frente sudorosa, los ojos que aún me lagrimean y las barbas, aún con residuos del vómito. El dormitorio está hecho una desgracia: la cama vomitada, la bacinilla llena y el camisón de mi mujer con manchas de sangre. Pero si me parece no haberla pegado muy fuerte. Pendeja, cómo te has de negar cuando uno está borracho. Me amenazó con irse en cuanto amaneciera. No mencionó absolutamente nada de Ambrosio y los muchachos. Guardo las esperanzas de que no se haya enterado de nada. Y, si escuchó, que vainas, "a lo hecho pecho". Ya regresará, posiblemente esté donde alguna de sus amigas de la U. Otra vez la náusea. Concentraré mi atención, como en otras veces, en alguna mujer hermosa. Fantasear

que la desnudo con los ojos, imaginando las curvas de su cuerpo toc... toc... la puerta. Si es la Carmen ¿Por qué no empuja? Hago todo el esfuerzo posible para, al levantarme, no vomitar. Cuando me levanté a ver la televisión, aún bobo por el chuchaque, pensé que ya no me iban a hacer ningún efecto los tragos. Llego sudando a abrir la puerta. Es la lavandera. Al verme se asusta diciendo que estoy pálido, como un papel. Yo ni idea tenía que hoy le tocaba lavar a la chola. Al instante cruzan por mi mente una serie de pensamientos lascivos al verla entrar. El malestar se me va de golpe al observar sus abultadas nalgas. Le ruego que primero arregle la casa, porque mi mujer ha salido de compras. Ella, sin decir una palabra, me pega una mirada cargada de picardía. Coloca todo en orden. La sigo hasta el dormitorio, y, cuando se inclina para arreglar la cama, mi instinto de animal me impulsa torpemente a empujarla. Ella, como esperando el momento, cae en el lecho. No opone resistencia. Rodamos en la cama, mientras entre agudos jadeos y mordiscos, la chola me dice al oído; "Mi tonto doctorcito, a doña Carmita la acabo de ver entrar en el "Hotel Palanda", de la mano de don Ramiro".





Campo de Marte

El oficial esperaba el parte. Todos permanecíamos firmes, la vista al frente. Algunos apenas si podían mantenerse en pie. De entre la fila alguien gritó:

—Permiso mi subteniente, salgo de la fila.

Mi soldado Achupallas se había cuadrado ya.

—Permiso mi subteniente, Compañía Comando con 120 conscriptos presentes, de entre ellos: once borrachos y ocho con hipo.

—Numerarse —ordenó desde el centro del patio mi subteniente, luego de que mi soldado Achupallas diera el parte. A mí aún me duraba el sabor a tierra que en la boca en algo disimulaba el olor del aguar-diente.

—Uno, dos, tres... 119 mi subteniente —gritó el último de la fila.

Y el Metro añadió:

—El otro salió de la fila y está vomitando mi subteniente.

—Que se vayan a dormir —ordenó mi subteniente a mi soldado Achupallas, que era el clase de semana.

Todos nos sorprendimos por esa orden. Era la

primera vez que salíamos francos. A los tres meses sentíamos tanto gusto de salir a las calles del pueblo, que lo primero que se nos ocurrió fue ponernos a tomar. Los conscriptos antiguos nos habían dicho que si nos propasábamos con los tragos, mascáramos un poco de tierra o algún monte. En la fila, antes que mi soldado Achupallas dé el parte al oficial de semana, tuvimos que ir soplando a la altura de sus ojos, para verificar si habíamos tomado o no.

Las luces se apagaron. En la cuadra reinaba un silencio absoluto.

De vez en cuando se oía los pasos del "imaginaria" que se paseaba por la fila de literas revisando alguna novedad. Yo no podía conciliar el sueño. Una, porque los tragos que me había tomado, eran pocos; y otra, porque estaba preocupado por las sábanas que tuve que vender en el pueblo, para comprar la cerveza. Estaba dispuesto a recuperar las sábanas y si era posible a conseguir más para la semana siguiente. Así es que tenía que esperar unas horas más para empezar mi plan. No esperé mucho; no se oían ya los pasos del imaginaria. Que yo recuerde, nunca había tomado cosas ajenas, por eso tenía miedo de robarles a mis propios compañeros sus pertenencias. Pero me habían insistido tanto los conscriptos antiguos de que si no procedía así, estaba fregado, pasaría por el más "guevo" de los conscriptos. De todos modos no resultó difícil, por lo menos recuperé mis dos sábanas. No tuve valor para sustraerme otras, pese a que había

la posibilidad, pues muchos dormían a pierna suelta y el imaginaria también se había quedado dormido.

A las siete de la mañana del día siguiente, el parte fue normal. Estábamos listos para salir a instrucción, cuando escuchamos a mi capitán Gavilanes que le ordenaba a mi subteniente Lasso que nos conduzca al Campo de Marte. Al menos a mí, se me heló la sangre. Por referencias de los conscriptos antiguos sabíamos lo que allí nos esperaba. El Campo de Marte quedaba en la parte de atrás, hacia medio kilómetro del cuartel, en un espacio cerrado por pequeñas lomas. En el centro de Marte había una laguna pestilente donde nadaban los patos, de propiedad del cuartel, y a un lado de la laguna había cuatro cuartos de tabla con techo de zinc, tres de ellos destinados para la clase seis y el otro para el patero. Nosotros estábamos ansiosos por saber cuándo nos llevarían el servicio de clase; pues nos contaban que a Macará venían unas prostitutas peruanas que eran requete-buenas. Algunos tontos de mis compañeros iban felices, pensando que nos llevaban a clase seis.

—Compañía, alto —ordenó mi subteniente Lasso en cuanto estuvimos en el Campo de Marte, frente a la laguna de los patos.

—Formar en columna de a dos —dijo con su acento pastuso.

—El personal de tropa, buscarse un garrote, y se forman tras estos muérganos. Sacarse el casco y colocarse en trípode —ordenó furioso mi subteniente.

Enseguida obedecimos y asentamos nuestra cabeza en el terreno pedregoso.

—Reclutas infelices, mamarrachos, qué se han creído pues, hijos de puta, que están con su madre —nos dijo—. Se los saca francos y van a hacer justamente lo que se les prohíbe. Aquí vienen a formarse, muérganos, y las órdenes que se les imparte tiene que cumplirlas al pie de la letra.

Era la primera vez que nos trataba así. Hasta hoy ni siquiera nos había castigado por nada. Los conscriptos nuevos nos sentíamos hasta orgullosos por la forma como nos trataba. Creíamos que como todos éramos estudiantes, y muchos de ellos universitarios, que era la razón por la que nos consideraban de manera muy especial a la de los antiguos.

—Por fin llegó el momento mis estudiantitos, para sacarles la madre —continuó mi subteniente—. Con que ustedes son los concentrados de mi coronel Almeida. Vea, sargento Quisaguano, cáigale a garrotes al que esté levantando la cabeza o bajando las manos. En esta posición quiero tenerlos mariquitas de mierda. A ver, quién se atreve ahora a gritar que somos unos gorilas. Como en la vida civil están enseñados a vivir desordenadamente, creen que aquí a nuestra noble institución armada se viene a vivir como les da la gana. Hoy van a recibir un escarmiento para que sepan que aquí se viene a obedecer y para que se acuerden toda su vida del subteniente Lasso y ojalá se les borre de la cabeza la idea de que los militares

somos cabeza hueca.

Mi sargento Quisaguano se daba gusto garroteándonos a algunos que no nos aguantábamos en la posición de trípode y de vez en cuando teníamos que bajar las manos para poder sostenernos y evitar el dolor que esta posición nos causaba en la nuca y en la cabeza hasta hacernos chichones que nos duraban meses y en donde el casco era nuestra mayor incomodidad.

—Levantarse —ordenó mi subteniente, justo cuando yo ya no soportaba más la posición de trípode y me aprestaba incluso a levantarme, sin medir las consecuencias en que me hubiese visto abocado por la iracundia del gorila, digo de mi subteniente. Como se dice que los costeños somos flojos, creo que en verdad es así, porque la mayoría de mis compañeros eran serranos, ¡y verles la verraquera de los pelados! que casi no se movían de su posición.

—Para quitarles la traza de niñas bonitas que tienen, hasta contar tres quiero verlos llegar hasta el centro de la laguna, sin mojar el fusil, y se regresan nadando de espaldas. Uno, dos, tres, moverse reclutas —ordenó mi subteniente, mientras soldados, cabos y el sargento Quisaguano nos empujaban a la laguna con garrote en mano y gritando también—: moverse, moverse, reclutas, están muy lentos.

¡Era de verle la cara a mi subteniente! Parado en la orilla de la laguna, con los brazos cruzados y en una posición como de gamonal con sus peones. Se

sonreía viéndonos como nos enterrábamos en la laguna pestilente y cenagosa, mientras los patos salían en estampida sin comprender qué pasaba. En dos o tres vueltas que dimos, mi subteniente ordenó que nos formáramos de nuevo. Nos habíamos embarrado hasta el casco y ningún fusil quedó libre de enlodarse, pues nos servía para afianzarnos, cuando en tropel nos empujábamos unos a otros, antes de que los garrotazos de los clases nos caigan encima.

—Ajá —dijo—, ¿con que no quieren hacer caso, no? Un paso al frente el que no ha mojado el fusil.

Nadie salió. Se veía en el rostro de todos que nos había entrado una verraquera de las san putas y una indignación desmedida al vernos en esta calamidad.

—Colocarse en trípode —ordenó de nuevo, y uno a uno nos fue pateando en el estómago, en tanto continuaba insultándonos con un lenguaje que, en el poco tiempo que estábamos en el cuartel, no lo habíamos escuchado hablar así.

Por referencias conocíamos algunos comentarios del subteniente Lasso, perdón, digo mi subteniente Lasso. Decían que le habían dado el pase a este batallón de frontera porque en el oriente a punta de garrote se había desgraciado en dos conscriptos. Y para que la institución no se vea afectada hicieron correr la noticia de que se habían perdido en la selva, y nunca más los volvieron a ver: ni sus familiares ni nadie. Como acá se había portado tan bien y era el comandante de nuestra compañía, se nos habían

disipado los temores. Hoy, en esta posición, me asalta el temor de que se ensañe con nosotros hasta dejarnos rengos, si es que no nos medio mata también.

—Formar el personal de tropa —ordenó, después de habernos pateado a todos mientras continuábamos en la posición de trípode—. Sacarse la bayoneta y procedan a la operación que ya conocen.

Los clases, muy obedientes, con mi sargento Quisaguano al frente, procedieron, desde el primer conscripto de la fila hasta el último, a darnos con la bayoneta en los muslos. Y en forma uniformada, mientras un clase nos pegaba en el muslo derecho, el otro lo hacía en el izquierdo.

El dolor era tan intenso que, cada bayonetazo que se nos hundía en la carne fofa, nos hacía ahogar un nudo de dolor en la garganta.

De pronto, mi subteniente, con su forma acostumbrada de cruzar los brazos a la altura del pecho, mientras se deleitaba mirándonos cómo nos torcíamos de dolor por la posición del trípode y de los bayonetazos, dijo:

—Alto, alto mis clases. Ustedes están muy madres con mis estudiantitos. No los he mandado a acariciarlos, sino a sacarles la madre a estos reclutas. Vuelta a la garita, carrera mar —les ordenó, y salieron corriendo a la caseta del centinela que quedaba en la cumbre de la loma más alta. Yo, internamente me sonreía y creo que mis compañeros también, al ver cómo corrían cuesta arriba, sobre todo mi soldado

Achupallas, mi cabo Alquinga y mi sargento Quisaguano que eran los más gordos y barrigones.

—Levantarse —dijo mi subteniente—, formar bien y ponerse los cascos.

—Para qué han venido a las Fuerzas Armadas, reclutas —gritó.

—Para formar nuestro cuerpo y nuestro espíritu —gritamos en coro.

—Ajá, ya no quieren gritar, ¿no?

—Para qué han venido aquí.

Nosotros volvimos a gritar lo más que pudimos hasta que el grito hizo eco en las lomas.

—Entonces, infelices, por qué hacen lo que se les viene en gana. Y en un supremo arrebató de iras, arremetió contra el primero que estaba en la fila, y lo cernió a puñetazos por donde más pudo.

—Hacer pucho —nos dijo, y comenzó con el segundo de la fila a descargarle tremendo puñetazo en la cara. Teníamos que inflar lo suficiente el carrillo en el lado donde iba a caer el golpe, para que cuando nos lanzase el puñetazo no nos reventara la parte interior de la cara, que con el impacto chocaba en la dentadura y nos desencajaba el semblante hasta dejárnoslo como plato trizado—. Colocarse en trípode —ordenó de nuevo en tanto terminó de hacer pucho con los últimos de la fila y comenzaban a llegar los clases, fatigados.

—Ahora sí, espero que no se porten como madres —les dijo a los soldados— o los hago más bien

garrotear a ustedes con los coshicos. Continúen con su tarea. Y volvieron a sacar sus bayonetas y a darse gusto con nosotros, ahora sí con más furor.

La verdad es que comencé a desengañarme de la bondad de mi subteniente Lasso. Nos decían que alguna vez en este batallón y junto al árbol que quedaba en el centro del cuartel, hizo colgar a dos civiles, hermanos, que habían maltratado a su anciano padre. Los vecinos fueron a denunciarlos al cuartel. Él mismo, un día chuchaque, se encargó de cogerlos, traerlos al cuartel, amarrarlos al árbol, apenas topan-do la punta de los pies en el suelo, y darles una paliza con un alambre de luz en la espalda desnuda, hasta hacerlos sangrar y luego ponerles limón con sal y no sentirse contento hasta que los vio desmayarse de dolor.

—Levantarse —volvió a gritar. Los bayonetazos nos hincaban en los muslos como si nos hubiesen estado prendiendo fuego en la piel. Hasta contar diez, están aquí todos formados, vuelta a la garita, carrera mar, reclutas.

Salimos disparados, cojeando, cojeando, cuesta arriba, hasta llegar a la caseta del centinela y bajar por las mismas, en tanto que los clases nos seguían atrás, pero no llegaban ni hasta la mitad del cerro. Ahí nos esperaban para, al regreso, corretearnos de bajada hasta llegar a formar.

Al descender rodábamos como pelotas por los tropezones y empujones que nos dábamos por evitar

los palazos de los clases y de mi subteniente que se había conseguido una vara larga. Yo como era el más grandullón entre unos pocos, siempre llegaba primero, pero me acordaba del Metro que apenas medía ciento veinte centímetros y era el que más aguantaba porque siempre llegaba al último.

—Ocho, nueve, diez, alto —dijo mi subteniente, cuando llegábamos unos pocos al centro de Marte—. Están muy lentos muérganos, vuelta a la garita, carrera mar —nos dijo, y esta vez fue él quien nos correteó hasta la caseta del centinela, ida y vuelta. A la bajada, en media loma nos hizo parar y ordenó que bajáramos rodando, dándonos volantines hasta llegar al Campo de Marte. Aunque del fusil no podíamos separarnos por nada del mundo, los cascos se quedaron en medio camino. Unos teníamos los fusiles cambiados y la ropa rasgada por lo accidentado del terreno. Todos rasmillados y como cristos formamos de nuevo a una orden de mi subteniente.

—Colocarse en cuclillas y alzar el fusil a dos manos. En esta posición me cruzan la laguna, patitos mar —dijo, y empezamos a caminar como patos en dirección a la laguna.

A mi lado se había formado el Metro que, con su cara rasmillada, sudorosa, y con el casco al revés, como si fuera alemán, me dijo casi al oído, con lágrimas de rabia en sus ojos, mientras entrábamos a la laguna: “Yo lo mato a este cabrón, tengo el fusil cargado”. Yo reaccioné como cimbra, porque el fusil

sólo lo cargábamos cuando hacíamos guardia, y ante todo, porque conocía al Metro que era capaz de todo. Yo le dije: "No seas bestia, sé hombre, cómo vas a cometer semejante burrada, contrólate". Entonces recordé otra anécdota que los antiguos me habían contado de mi subteniente, cuando un conscripto de aquí del pueblo, le había disparado un balazo que por fortuna le impactó en el brazo—, por la audacia que mi subteniente había tenido de meter en el cuartel a una hermana del conscripto para que se acostase con mi subteniente cuando le tocaba hacer de oficial de semana. El escándalo había sido tal en una noche que, la macareña en ropa de dormir y toda ella maltratada y sangrando por la nariz salió corriendo en la madrugada al centro del patio y gritando que la auxilien porque mi subteniente la quería dizque matar, sólo por haberse negado a continuar acompañándolo a dormir en el cuartel. Nosotros nos reíamos de tantas cosas que nos contaban del loco Lasso —como le decían los conscriptos antiguos—, pensando que eran puros inventos. Hoy me convenzo que todo es cierto de este hombre. Si ahorita pareciera fuera de lo normal: veo en sus ojos un brillo como de animal en acecho y se ha puesto más colorado de lo que es, de lo puro furioso, y con esa sonrisa sarcástica que se me hace chirincho el cuerpo.

—Les dije pasarse en cucullas, mamarrachos, aún todavía no saben lo que es obedecer, ¿no? —nos gritó, arrastrando sus palabras de pastuso, mientras llegá-

bamos nadando a la otra orilla; imposible pasarnos en cuclillas.

—Un paso al frente los que están sin casco —nos dijo, y pasaron como unos treinta—. Por éstos, vuelta a la garita, carrera mar. Y qué esperan ustedes clases, quiero verlos subir con ellos hasta la garita, para que a punta de palos los apuren a estos condenados, aniñados, maricas, que han pensado que aquí al ejército se viene sólo a comer y a dormir.

—Moverse, moverse, reclutas —nos gritaban los clases, sobre todo el cisneño del soldado Achupallas que era el más bocón. Se daban gusto cayéndonos a palos, en tanto que mi subteniente se quedó habla que habla hasta vernos llegar a la garita. Regresamos al lugar de partida y nos hizo formar de nuevo. Al ver que muchos aún seguían sin casco, se paró junto a la caseta de clase seis y ordenó que uno por uno fuera pasando junto a él, se inclinase y le lamiera las botas hasta que quedasen brillantes con las 120 lenguas que tenían que pasar por sus zapatos. Ordenó también que luego regresemos a nuestro puesto y bajo el cuidado de los clases realicemos cien flexiones de pecho al unísono de a todo pulmón, cantáramos "Vasija de barro", que era la canción que dizque a los conscriptos antiguos les hacía cantar a media noche, cuando llegaba borracho y ordenaba que toquen zafarrancho para que todos se levantaran y le cantasen la "vasija", que era la canción que más le gustaba y con la cual se emborrachaba.

Cuando llegó mi turno, sentí un deseo irresistible de morderle la canilla y escupirle la cara a mi subteniente. Pensaba que si estuviéramos de igual a igual, le rompería la cara a puñetazos, batirnos hombre a hombre para ver quien era quien. Yo, que en mi vida de estudiante, me había caracterizado por revoltoso y por ser el que más piedras lanzaba en las manifestaciones a los edificios, a los chapas y a los gorilas, me daba la impresión de que hoy las estaba pagando todas. Pasé a realizar las flexiones de pecho y en tanto que cantaba "Vasija de barro" vi de reojo al Metro, que esta vez, antes de inclinarse a lamerle las botas a mi subteniente, primero les pasó la mano como para que se limpiaran de la saliva que dejaban nuestros compañeros. Fue tal el patazo que el Metro recibió en las quijadas, que perdió paras arriba. Mi subteniente llamó al soldado Achupallas, que era el más desmadrado de los clases, para que le diera su merecido al Metro, que aunque chiquito, el condenado era verraco. Ya nos lo había demostrado en otras ocasiones cuando salíamos a trotar o nos ponían a boxear o alzar pesas. El soldado Achupallas lo colocó frente a nosotros, que seguíamos flexionando y cantando "Vasija de barro".

Lo hizo ponerse en trípode y le propinó como unos veinte garrotazos. El Metro los recibió sin quejarse. Sólo veíamos como su rostro se contorsionaba en gestos de dolor y en gruesas gotas de sudor que le resbalaban hasta la cabeza, por la posición en que

estaba. Al menos, creo que fue el único que no le pasó la lengua a mi subteniente.

Terminada la operación, continuábamos cantando y flexionando, hasta que mi subteniente ordenó:

—Levantarse reclutas, se me acaba de salir un pedo, carrera mar, a buscarlo.

Por un instante, todos nos miramos las caras por la ocurrencia morbosa de mi subteniente. Pero enseguida salimos en carrera desordenada sin saber para donde tomar por la ofuscación del momento y por los garrotazos de los clases que enseguida nos cayeron encima para obligarnos a correr.

Unos cuantos corrimos a la garita, otros a la laguna, algunos treparon por el resto de lomas y varios daban vueltas a la caseta de clase seis en busca de la ansiada ventosidad de mis subteniente. Lo gracioso fue que al darse cuenta del desorden en que corríamos, porque los pocos clases no podían controlarnos a todos, por las diferentes direcciones que habíamos tomado, mi subteniente ordenó a gritos que regresáramos a formar en el centro del Campo de Marte, que hoy, conforme nos castigaban, me estaba dando cuenta por qué lo llaman campo de marte. No bien nos hubimos formado, el Metro gritó desde la fila:

—Permiso mi subteniente —y salió corriendo a cuadrarse frente a él a dos pasos de distancia, y dijo:

—Permiso mi subteniente, pero aquí le traigo el pedo, sólo que hecho mierda, porque acaba de

chocarse en un árbol —y el Metro le mostró un poco de guano de pato, que no sé como, en su ofuscada carrera, se le había ocurrido semejante y audaz idea.

En coro, todos nos reíamos por la ocurrencia, hasta los clases, que con gestos furtivos disimulaban para que mi subteniente no se diera cuenta. Pero la risa se nos quedó ahogada en medio camino. La expresión del oficial fue tan evidente, que su rostro colorado de por sí, y lleno de protuberancias por las espinillas que se le dañaban en la cara, se le hincharon como queriéndosele reventar, de lo puro furioso que se puso.

Lo primero que hizo fue agarrárselo a trompadas y a patadas al pobre Metro, y quitándole el fusil lo arremetió a culatazos por donde más pudo hasta hacerlo revolcar, y encogerse en el suelo como lombriz.

—Ahora van a ver de veras quien es el subteniente Lasso, muérganos —nos dijo, mientras el Metro se revolcaba en el suelo—. Los he venido tratando como una madre, pensando que son racionalitos, pero se la quieren dar de avispaditos, burlándose de la autoridad militar, civiles asquerosos, que por un accidente tienen el honor de vestir el uniforme militar, para que aprendan a ser varones, con ñeque, y no aniñados, mis maricas estudiantes. Aquí vienen a comer con manteca, a formarse y a disciplinarse, y sin embargo creen que aún están en la vida civil. Hasta contar diez, quiero verlos a todos desnudos, se quedan sólo con el casco y el fusil. Cabo Alquinga, me consigue un alambre de luz —terminó diciendo mi subteniente,

más rabioso que una perra parida, mientras nos desvestíamos a la brevedad posible, en tanto que comenzó a contar hasta diez.

—Colocarse en trípode —nos dijo, una vez que todos quedamos desnudos.

Pero sacándose el casco, sacándose el casco, reclutas bandidos.

Creo que los clases fueron los que más se rieron, al ver cómo nos blanqueaban las nalgas en posición de trípode.

Un sólo latigazo pasó dándonos con el alambre de luz y tuvimos que salir corriendo a la garita y volver a formar. Yo no sentí el dolor en la nalga enseguida, por el latigazo, sino un nudo en la garganta y un raro cosquilleo en la huella de sangre molida que nos quedaba en donde caía el fuetazo. La sensación más horrible que pude sentir, mientras escuchaba el zas, zas, en las nalgas y en los muslos de mis compañeros, fue la espera hasta que me caiga a mí el latigazo.

Después del latigazo y la vuelta a la garita, nos formamos de nuevo.

Mi subteniente preguntó:

—¿Cansados, reclutas?

Todos gritamos:

—No mi subteniente.

—No se escucha mis estudiantitos, no se escucha.

—¿Cansados?

—No mi subteniente —volvimos a gritar lo más que pudimos.

—Entonces vuelta a la garita, carrera mar —y él mismo se encargó, junto con los clases, de corretearnos, mientras corríamos saltando como sapos, para no lastimarnos los pies. Luego nos hizo trotar alrededor de la laguna, sólo para reírse al vernos cómo trotábamos desnudos, en tanto que, junto con los clases, nos hizo cantar: “Mi patria mía yo te prometo que en las fronteras....” y alternábamos con: “Si Adelita se fuera con otro la seguiría por tierra y por mar...” o también: “Chaplin se fue a la guerra montado en una perra, la perra se agachó y Chaplin...”.

—Alto, alto, reclutas —nos dijo después de unas tres vueltas a la laguna.

No quieren cantar, no quieren trotar, colocarse en trípode, mamarrachos.

Como estábamos a la orilla de la laguna, de un patazo nos envió al agua cenagosa, mientras nos advertía:

—Cuidado con soltar a la mamita, reclutas. Se refería al fusil, no teníamos que descuidarnos de él por nada del mundo.

Todos llenos de lodo, nos hizo formar en una sola hilera y ordenó que pasáramos uno por uno hasta donde él se había parado, para que le consignáramos una frase de adulto a su persona. Conforme íbamos pasando, le gritábamos la frase que se nos ocurría y él nos propinaba un sabroso latigazo que nos hacía torcer.

—Están hediondos, reclutas —nos gritaba mi sar-

gento Quisaguano y los demás clases, por congratularse con mi subteniente, porque nos contaban los antiguos, que cuando se le “cruzaban los cables” a mi subteniente, hasta los clases marchaban a palos con él.

Empezamos a desfilar; unos gritaban: “que viva mi subteniente”, “gracias mi subteniente”, “usted es un tigre con las hembras mi subteniente”, etc., etc. Si a mi subteniente le gustaban las frases, ordenaba que las repitan y como premio nos caía con otro latigazo con el cable de la luz.

El Metro, como buen lojano, como él mismo se decía, era medio poeta, y era el que nos dictaba las cartas para nuestras enamoradas, le dijo a mi subteniente:

—“Escucha mi gemido
idiota consentido”.

—De alabanza te digo, recluta imbécil.

—“Escucha mi gemido
mi subteniente querido”.

Repite, repite —le dijo, y se ensañó de nuevo a fuetazos con el pobre Metro, hasta quebrarle la voz en la garganta por cada frase que repetía.

Terminada la operación, nos envió otra vez en pelotas a la garita.

Regresábamos al Campo de Marte y por las mismas nos enviaba una vez más a la garita. Fueron como unas cinco vueltas; a muchos ya no nos obedecían las piernas, rodábamos biringos por la loma.

—Eso es —decía mi subteniente— que linda fiesta, quiero ver sangre, reclutas, sangre.

Algunos decían:

—Ya no mi subteniente, ya no, por favor —pero él con más rigor nos caía encima. Algunos iban quedando tendidos en la falda de la loma. Un clase, que era al que más aprecio le teníamos y que alguna vez nos contaba que al ejército se había metido por despecho, oí que le dijo a mi subteniente:

—Algunos ya no jalan mi subteniente, están lastimados.

—Eso está bien, que se mueran estos reclutas, que aquí en el ejército sólo quedamos los machos.

—Que se formen de nuevo —nos gritó a todos. Yo me había rasmillado la barriga al rodar por sobre las ramas de la loma y lo primero que se me ocurrió fue embadurnarme la cara con los débiles hilos de sangre que me brotaban, para ver si así mi subteniente se compadecía. Algunos llegamos a duras penas a formar.

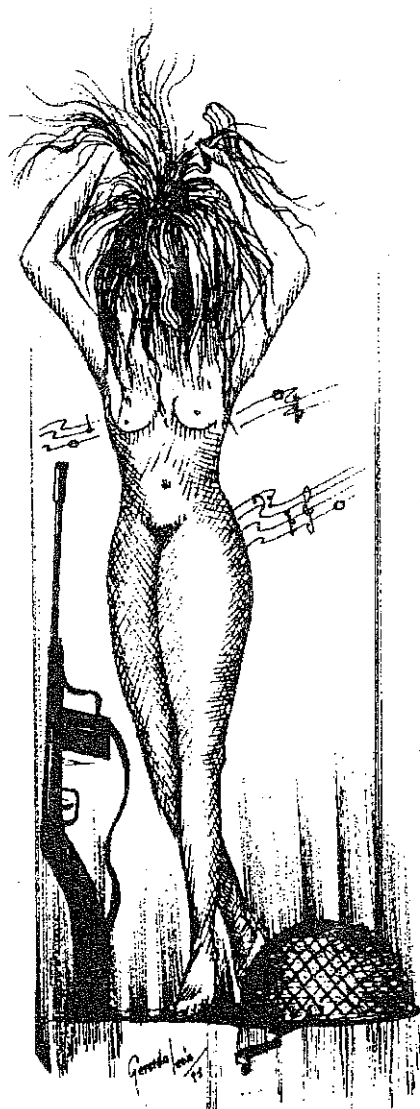
—Numerarse —dijo—. A ver si están todos, reclutas.

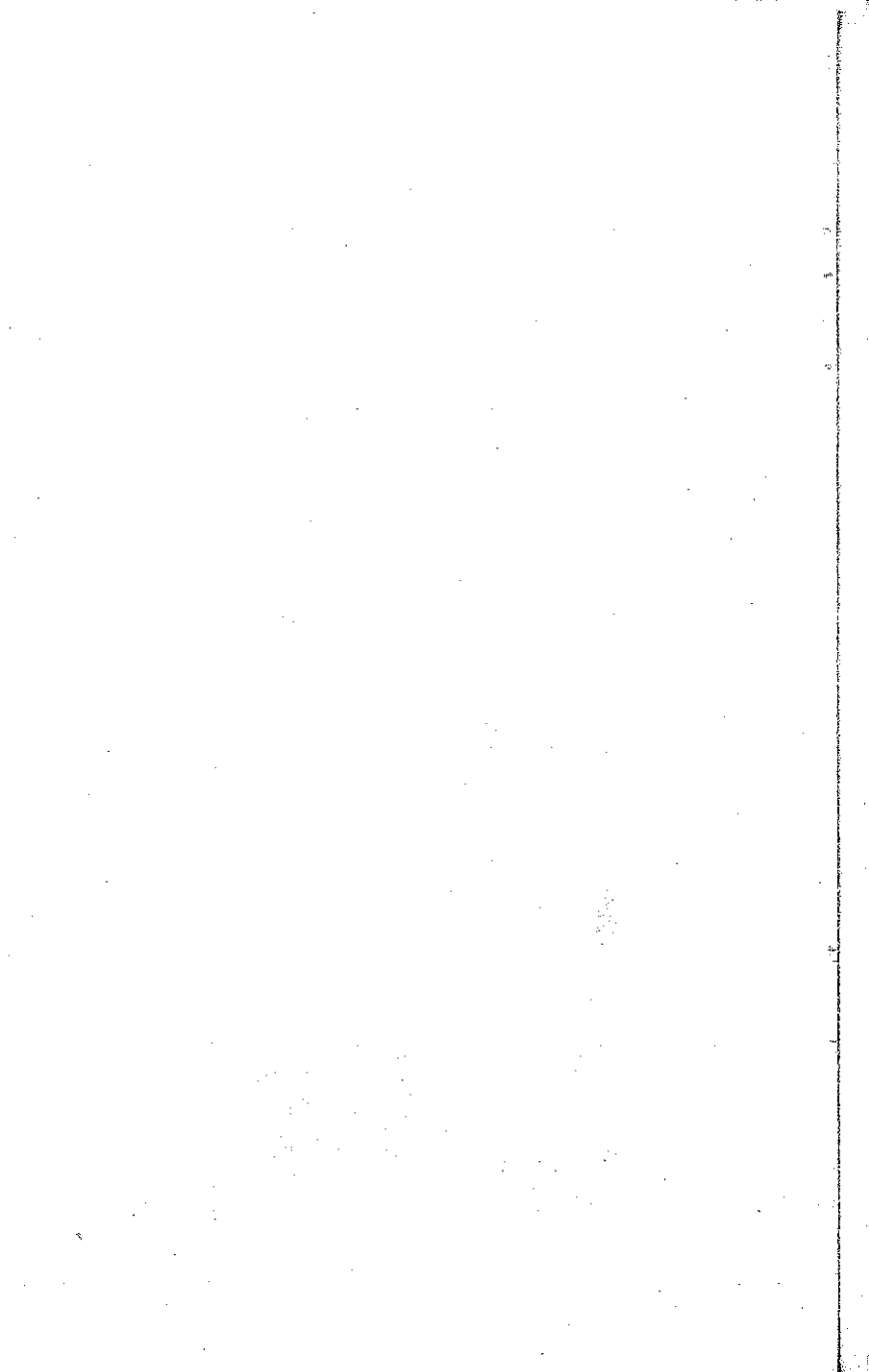
—119 mi subteniente —gritó el último de la fila.

—Falta uno, qué muérgano es el que falta, mirarse las caras —nos dijo— y ustedes a buscarlo —dijo a los clases.

De pronto, arriba en la loma, desde lo alto de la garita, el Metro, con el fusil en la mano, y en dirección a mi subteniente, gritó:

—120, hijo de puta —y acto seguido escuchamos el eco de la detonación del fusil, que quedó zumbando en nuestros oídos, en tanto que, presos de terror, nos botamos al suelo.





Mujer de soldado

Salí al escenario y me concentré en mis movimientos. Sabía que todos los ojos estaban clavados atentamente en mi desnudez. La luz mortecina en un inicio, y mientras bailaba, me impidió ver bien los rostros. Pero sí, era él, no había duda. Cuántas veces le había dicho que no insistiera, que lo nuestro no es posible, que en verdad lo siento, hoy todo es diferente. Claro que a veces su presencia como que aún me conturbaba; tanto insistía que me daban ganas de decirle: vámonos, quiero ser feliz. Pero no, él no sabía a qué extremos había llegado. Seguro que si en este momento le contara todo, hasta se desmayaría de sorpresa, a pesar de que ya me imagino todo lo que puede estar pensando al verme así. Si parece bobo, se ha quedado con los ojos como de plato. No es mi culpa, todo este tiempo he tratado de esconderme de él, no he querido ofenderlo, porque sé que me quiere. Pero hoy está aquí, tendré que enfrentarlo definitivamente. ¡Cómo no lo pude ver más pronto, antes de salir al escenario! Hubiese impedido que lo dejaran entrar. De todas maneras me apena ver cómo me persigue por todo el país. Si supiera que detesto pre-

sentarme así al público, que lo hago, ¡que mierda, no sé ni yo misma por qué lo hago! Sólo sé que tengo que ganarme la vida de algún modo. A veces pienso que si hubiese terminado la carrera de psicología, sería otra y no la basura que hoy soy. De qué me sirve que me admiren, que se babeen por mí cuando bailo, que me deseen, que me hagan lindas proposiciones, si no me siento realizada, si detesto todo lo que hago. Antes del chasco del matrimonio me sentía bien con este hombre: su uniforme, su mirada, su porte, no sé, sólo eso, ¿pero qué es querer, qué es amar a un hombre? Hay algo poderoso, fuerte, que no le entiendo, que me impide entregarme a un hombre. Pensé que con Rosalino iba a superar esta situación, por eso me casé y hasta abandoné la universidad. Pero después de todo lo que pasó, de semejante escándalo, que hasta por la prensa se lo comentó, y a grandes titulares: "Mujer de soldado, apenas casada, huye por las calles", no podía regresar a la ciudad. Ay, Dios mío, cuánta vergüenza, hoy pienso que todo es un sueño; una pesadilla. Por lo menos me sirvió para darme cuenta que no es posible acostarme con un hombre, definitivamente no puedo. Mis padres, tan rezadores, todos los días me insistían, desde que tuve uso de razón, o al menos desde que yo recuerdo: "Mijita, los hombres son malos, engañan a las mujeres, diciendo que las quieren, pero apenas te descuidas, abusan de ti y luego se largan". Por eso, cuando estaba en la escuela, pensaba un montón de cosas de los hombres.

A mi profesor le tenía miedo porque me daba la impresión de que algún momento me iba a hacer algo indebido, a pesar de lo bueno que era con nosotras. El miedo fue mayor, ya grande, con mis enamorados, cuando a solas, sentía esa cosa abultada, por sobre la ropa, y ahí creo que se acentuó todo: este maldito miedo por los hombres. Aunque tenía la costumbre de estar hasta con cuatro muchachos al mismo tiempo, lo cierto es que los aceptaba, los hacía pendejos y ahí paraba la cosa. Si sólo a eso iba a la universidad: a buscar hombres: qué delicioso estar a su lado, conversar, besarlos, pero cuando sentía esa cosa, hasta me temblaba de miedo. Mis compañeros en la universidad ya me conocían, por eso se sorprendieron cuando se enteraron que me quería casar con un militar: Rosalino. Pobre Rosalino, qué angustioso no sería para él, al ver cómo yo corría desesperada por las calles. Todo fue repentino. Me había persuadido tanto que me casara con él, hasta que le expuse cuál era mi situación. Le dije que tenía temor a las relaciones sexuales, pero él me dijo que no había problema, que comprendería mi situación, que era cuestión de un poco de tiempo y que todo se solucionaría. En verdad me convenció. Dejé de estar jugando con otros hombres. Pidió permiso en el ejército para casarnos, avisé a mi familia; pero seguía el temor: si podré o no podré, me decía, y esta frase la machacaba a cada instante. Me imaginaba ya en la cama, la noche de bodas, con Rosalino, pero más me aterraba. Por

eso, cuando iba camino a la iglesia, me pareció más bien que iba camino al infierno. Me puse tan nerviosa, que las manos me sudaban, estaba pálida y los presentes en la iglesia decían que era por la emoción que sentía. No recuerdo absolutamente nada de lo que el cura nos dijo. Yo seguía pensando: si podré o no podré, y la mente se me llenaba de fantasías ridículas. De pronto, no sé como, salí corriendo de la iglesia, en medio de la gente que, atónita, me miraba, al ver que antes de que el sacerdote terminase la ceremonia, yo ya estaba en la calle, alzándome el vestido de novia, y a todo correr, sin saber para dónde mismo dirigirme, y mi marido atrás, desesperado, corriendo para darme alcance. Conforme corría, volvían a mi mente esos recuerdos de mi infancia cuando me correteaban los muchachos de la escuela y se me subían, diciendo que estaban jugando nomás y nos revolcábamos rodando por la lomita de la escuela de mi barrio. Claro que después las cosas fueron mayores: los brutos estos de mis compañeros ya no sólo se me subían para jugar sino que nos metían la mano por debajo de las ropas a cualesquiera de nosotras que compartíamos con ellos nuestros juegos. Como mis padres me habían pintado todo tan negro desde pequeña, diciéndome que todas estas malas acciones nos llevarían a los quintos infiernos, yo de noche soñaba cosas horribles, pensando que estaba en los mismos infiernos. A veces, de noche, me levantaba asustada, les conversaba a mis padres lo que soñaba y

me decían: "Claro, como has de estar andando en pecado, no te has de portar bien en la escuela, por eso sueñas esas cosas y entonces los pensamientos te remuerden", y por las mismas cosas, después de la reprimenda y para dizque ahuyentar a los diablos, me hacían arrodillar y rezar un sinnúmero de cosas que yo no entendía para qué mismo servían. Por eso, después tuve que callármelo todo para mí sola hasta cuando venimos a la ciudad para yo seguir estudiando en el colegio. Pensé que en la ciudad todo iba a cambiar, hasta hoy que tengo que correr de este hombre, que de pronto me da la impresión de estar huyendo de las manos del diablo. Mi mente es un revoltijo de tantas cosas. "Rosalino, por Dios, déjame, déjame, te lo suplico, nunca más vuelvas a verme" le dije en cuanto me dio alcance. "¡Pero qué te pasa, mujer, estás loca, por qué semejante escándalo, de quién huyes!", me decía desesperado. "De vos, de vos, tengo miedo, Rosalino, déjame, déjame" le insistí y tuve que arañarle la cara para que me soltara y poder seguir corriendo en medio de los curiosos que se paraban a verme, vestida de blanco y corriendo como loca. No supe cómo llegué a casa de una amiga, y como ya la conocía por dentro, abruptamente entré y me metí en su dormitorio y le pasé cerrojo a la puerta. Llegó Rosalino, los que habían estado en la iglesia y el cura a pedirme que deponga mi actitud, que mi flamante esposo estaba desesperado por lo que pasaba. Yo los mandé al diablo a todos, no quería ver

a nadie. La casa de mi amiga se volvió un alboroto y tuvieron que intervenir mis padres para decirles a los curiosos que me dejaran sola. Supe que Rosalino se había ido con mis padres a nuestra casa, pensando que yo llegaría de un momento a otro. Pero por más que ellos esperaron, nunca más regresé a casa. Los ojos se me habían hinchado de tanto llorar toda la noche en casa de mi amiga. El vestido de novia lo hice pedazos, y al día siguiente con ropa prestada salí huyendo, dejando la ciudad. No sé qué me pasaba pero no quería saber nada de nada ni de nadie. Tomé el bus que más pronto encontré sin saber a dónde me iría a dejar. Mi mente estaba como ida, en blanco, en la nebulosa. Cuando lo supe, había llegado a Cariamanga, al extremo sur del país. Recordé que ahí tenía unos parientes y acudí a ellos. Me la pasaba encerrada días enteros llorando y llorando y casi sin comer nada. Esto como que no me extrañaba, porque mis padres habían hecho hábito de encerrarme a pan y agua en mi habitación, apenas sabían que yo estaba conversando a escondidas con algún hombre, porque decían: "nuestra única hija, algún día llegará a ser una santa mujer, buena, servidora y excelente esposa". Por eso, cuando llegué a la universidad, me di gusto coqueteando con mis compañeros y me las arreglaba ahí mismo en la universidad para que mis padres no supiesen nada. Y ellos, para saber si estudiaba, me exigían que les presentase los cuadernos, yo les decía que ahí los profesores ya no dictan y que hay que

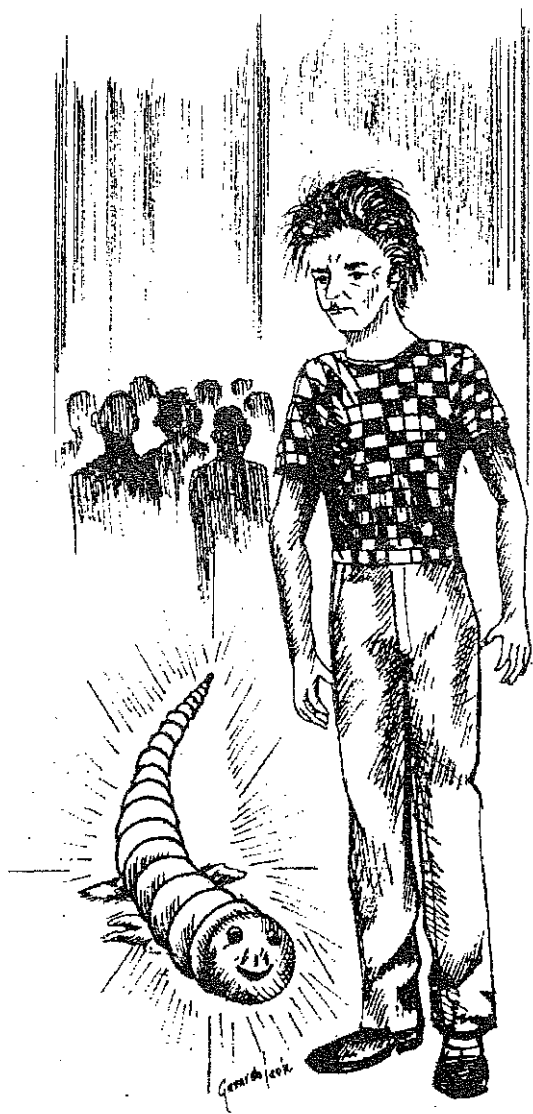
estudiar sólo en libros. Entonces los convencí para que me comprasen libros —que nunca los leí, por supuesto—, vendiendo algunas vaquitas que aún tenían. Por eso, cuando se enojaban, me sacaban en cara diciendo que se estaban quedando sin nada por darme el estudio. Y como no me dejaban sola, porque me podía volver una perdida, se vinieron a vivir conmigo para cuidarme. Y entonces fue el gran pretexto para ir a la universidad a conversar con mis amigos, puesto que en la casa no me dejaban. Yo no sé cómo Rosalino les simpatizó. Más que todo creo que fue mintiéndoles, o yo no sé si sería cierto, diciendo que aunque estaba en el ejército, tenía muchas tierras y ganado en la provincia del Chimborazo. En Cariamanga estuve algún tiempo y pensé que ahí nadie me encontraría, pero un buen día llegó Rosalino, diciendo que me había buscado por todo el Ecuador. Al verlo, nuevamente tuve temor y volví a encerrarme. Pues no quería verlo, no sé por qué, pero sólo de pensarlo me horrorizaba. El, desde el otro lado de la puerta me rogaba, me imploraba, alegando que no tenga miedo, que dormiríamos en cama aparte hasta cuando yo quiera, que me llevaría a vivir a otro lado, porque mis padres, a pesar de ser su única hija, me echaban de menos, diciendo que había profanado la casa de Dios cuando me estaba casando, y que por eso estaba condena, no tendría perdón de Dios, peor de ellos, mis padres, que apenas eran unos simples mortales, que cómo me perdonarían. Rosalino insistió algunos

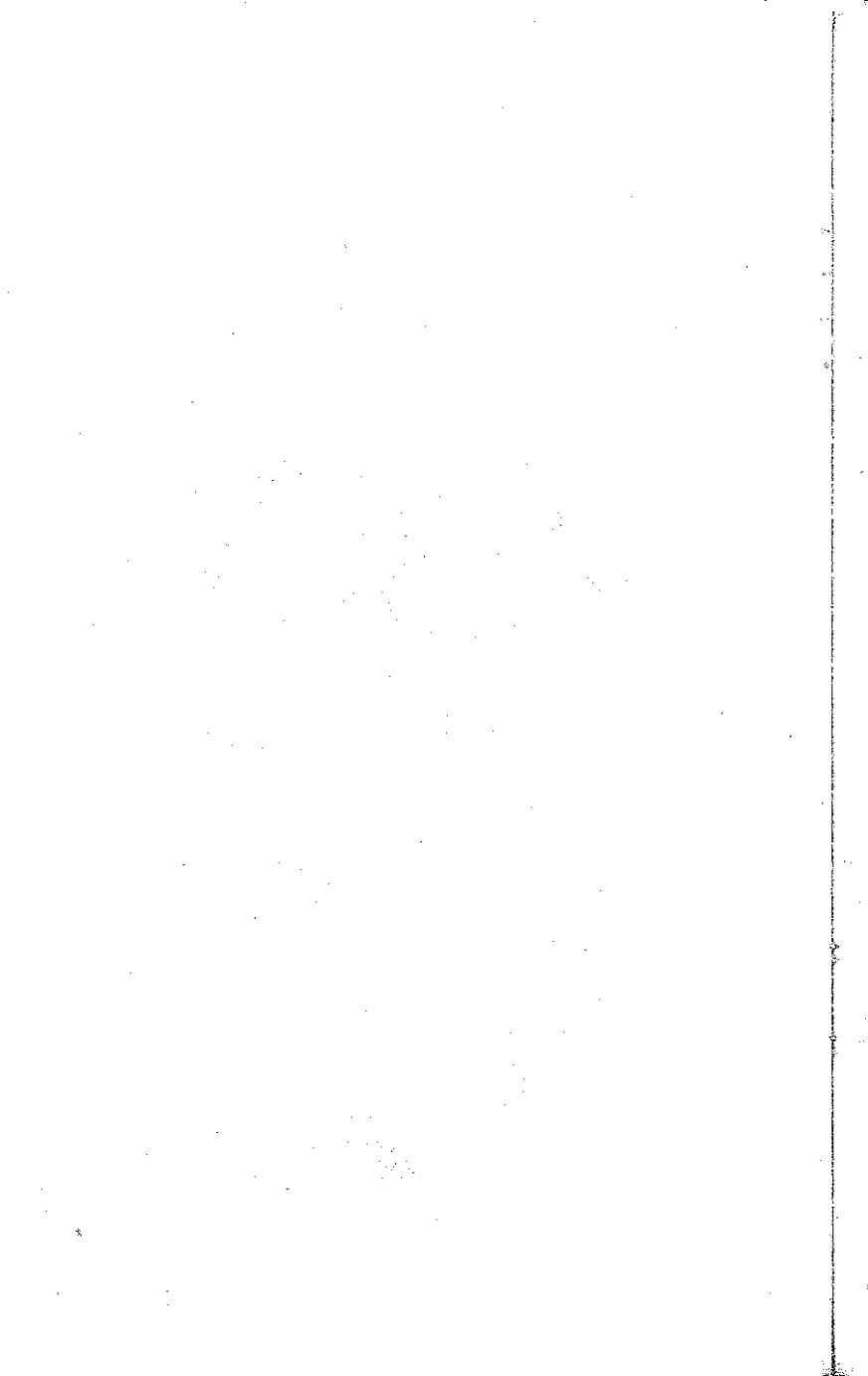
días, diciéndome que no sea malita, que lo iban a botar del ejército por tantos días de permiso que había pedido para salir a buscarme. Al fin se fue, viendo que era imposible todo ruego. Mis parientes me insistieron que vaya a conversar con un curita joven que había venido de Colombia, el cual era dinámico, muy jovial y que tenía una manera de hablar y aconsejar muy hermosa y que era un cura moderno y no chapado a la antigua como tantos otros de los nuestros, me decían mis parientes. Yo no sé cómo pero me convencieron para ir a visitarlo. En verdad, me sorprendí al ver la amabilidad de ese padrecito. Lo visité por varios días. Teníamos largas horas de pláticas que vinieron a confortar mi espíritu. Gracias a él pude comprender, cómo era la verdadera religión, cómo debe ser un auténtico cristiano y no como mis padres que querían convencerme que sólo a punta de rezos podíamos llegar a ser cristianos verdaderos. Y claro, no les echo la culpa, si desde muchacho, toda su vida, mi padre fue monaguillo y sacristán, prioste y síndico de la parroquia del pueblito donde vivíamos. Ahí mi padre aprendió muchas cosas de iglesia; en tanto que mi madre, si no estaba en la iglesia, pasaba donde el curita. Ay, pobrecito, decía, si no hay quien lo acompañe, vive solo, hay que lavarle la ropa, cocinarle. En este sentido, casi toda la vida de mis padres y la mía le había confesado al curita colombiano, y qué consejos que me daba. Con razón tanta gente acudía adonde él y decían que hasta los enfer-

mos se curaban cuando éstos iban en busca de su ayuda. Pero después de algunos días de visitarlo, no me gustó nada el cura: cada que acudía a verlo, eran besos por aquí, besos por acá, que cómo estás mi amor, que ya se te ve más linda, más recuperadita y eran abrazos y más abrazos y hasta me cogía las piernas, haciéndose el chistoso y el zalamero, cosa que me conturbó, y otra vez me vino ese temor a los hombres. Dios santo, decía yo, cómo iba a caer con un cura, y tuve miedo y partí para Guayaquil. Mis parientes me habían aconsejado que allá sí podía encontrar trabajo, y como me decían que era muy guapa, como virgencita, no sería difícil. Y claro, cómo no iba a tenerle miedo al cura, si mis padres me habían insistido tanto que los sacerdotes son lo más sagrado que puede haber; se les debe tener todo el respeto del mundo, porque son los representantes de Dios en la tierra. Por eso, de pequeña, cuando veía a un sacerdote me persignaba y mis padres me decían que tenía que arrodillarme y pedirle la bendición. Qué tonta fui, cómo pude tenerle miedo al curita colombiano, si todas estas cosas me las había explicado, diciendo que los clérigos son personas normales como cualquier otra, que no había por qué tanto misticismo, si ellos estaban para identificarse con los demás, sobre todo con los más necesitados, porque a ellos había que llegar para proclamarles el reino de los cielos aquí en la tierra. Si el mismo Cristo había dicho con tanta claridad que "En nosotros está el

reino de los cielos y fuera de nosotros el reino del Maligno". Ni hoy que vivo esta vida desordenada puedo olvidar las palabras tan sabias del colombiano, qué diferentes a las del cura de mi pueblo que sólo se la pasaba diciendo que somos unos pecadores empedernidos y que por eso estábamos destinados directamente al infierno, y claro, mis papaitos todo se lo creían. ¡Cómo hubiese querido que lo conozcan al curita colombiano! Pero ya todo es tarde, no pensé que se morirían de pena por mí al saber como vivía aquí en esta ciudad perdida en donde me he perdido yo también. Y Rosalino que aún así tiene esperanzas, dizque de formar un hogar feliz. A veces pienso que es demasiado testarudo, como lo son mismo creo en el ejército. Después de tantos años aún sigue insistiendo. Pensé que en Guayaquil no me iba a encontrar jamás, pero se ha convertido en mi propia sombra. Sé que le dicen el soldadito rezador porque parece que aprendió de mis padres a rezar para que yo regrese a casa. Como estábamos casados legítimamente, me decía que, cada que en alguna parte me encontraba, seguía esperándome para formar el hogar que nunca empezó. No importa, me insistía, cuando a veces me encontraba en alguna ciudad cumpliendo con mi compromiso de bailarina, todo quedará olvidado, si hasta te vez más linda de bailarina, utilizando buena ropa, buen perfume y buen maquillaje. ¿Por qué provocas a tantos hombres a donde vas, si no puedes superar tu complejo de

acostarte con ellos? El pobre pensaba que aún seguía con mi complejo de tenerles temor a los hombres. Seguía creyendo que me contentaba sólo con bailar. La vida que llevaba en Guayaquil y de la cual partía a cumplir con mis contratos para todas partes, me había endurecido el corazón. Cuánto no sufrí hasta encontrar trabajo en Guayaquil. La suerte me había empujado, primero a ser una simple bailarina de un club nocturno de mala muerte. Luego formamos una sociedad y organizamos, con algunos políticos muy conocidos, clubes nocturnos de categoría con una cadena de bailarinas, las más selectas en cuerpo y en belleza física en donde nuestros empresarios cobraban altísimos precios por cada espectáculo. Así, poco a poco fui codeándome con gente de prestigio y de mucho dinero, con políticos y gente de negocios. Rosalino fue pasando a un segundo plano; si antes le tenía pena, hoy no sentía nada por él, absolutamente nada, más bien le tenía rabia, al verlo tan pendejo, como si sólo una sola mujer hubiera en la tierra. Por eso, hoy me siento tan molesta al verlo aquí, y justamente porque no sé cómo entró a este lugar en donde sólo entran personas selectas. Después de la función, y porque no me queda otro remedio —pues nunca se imaginó que aprendí a bailar desnuda—, lo llamaré y le diré que no sólo hago esto, sino que le diré que soy una puta profesional que me acuesto con los ministros y altos funcionarios del Estado y que cómo me voy a ir con él, un pobre soldado del ejército.





La casa de los García

El agua golpeaba fuerte en su cuerpo. Mientras se duchaba escuchó un ruido extraño que venía del tumbado. Por un instante pensó que se trataba del agua que apretadamente salía de la ducha. Tenía prisa por bañarse para observar el eclipse. Se acercaba ya la hora en que se había pronosticado el fenómeno. El ruido en el tumbado era cada vez más perceptible, pero Pepe siguió pensando que se trataba del ruido del agua. Terminó de bañarse, se cubrió con la toalla y abrió la puerta del baño para dirigirse al dormitorio. Al cerrar la puerta, escuchó que dentro del baño algo caía. Fue un golpe duro y seco. Abrió de nuevo la puerta y un olor a mamey invadió el ambiente. Se sintió como adormecido. En el piso aún mojado yacía un tremendo y bello animal como lombriz. El inmenso parásito empezó a moverse delicadamente. En cada movimiento resplandecía, emitiendo un brillo elegante como si se tratara del brillo de la luna en noches despejadas. Pepe se sintió invadido por una extraña ternura al observar al animal: no sintió pánico, era como si desde siempre hubiera estado esperando ese momento. Sólo se alteró por un instan-

te en que no supo si salir corriendo o llamar a su mujer. Luego de la fugaz turbación, se ajustó la toalla, que se le había caído del cuerpo. El olor a mamey y el resplandor del animal eran cautivadores. Se quedó observándolo y hasta tuvo el deseo de acariciarlo. Su aspecto era agradable, no causaba repugnancia, más bien despertaba cierto enternecimiento. El animal, al recibir la leve brisa que del zaguán venía, se llenó de hermosos colores. Su brillo se acentuó de tal manera que hasta parecía volverse invisible. El olor a mamey era tan penetrante y aromático, que la casa al instante se inundó de ese agradable olor y se dispersó en segundos por el vecindario. Los perros empezaron a aullar como si presintieran un temblor. La mujer pensó que era por el eclipse de luna: parecía una manzana mordida conforme iba recibiendo la sombra de la tierra. Anita miraba a través de la ventana y en el televisor que proyectaba en directo el fenómeno de la Luna. De repente se sintió cautivada por el olor y no supo a qué atribuirlo. Abandonó el televisor y se dirigió a la cocina pensando que su esposo estaba preparando algo, pero no lo encontró y el olor tampoco venía de allí. Jamás había percibido algo tan agradable. De pronto asoció el olor con el eclipse de luna y se inquietó. Miró hacia el firmamento a través de la ventana, pero un inmenso nubarrón cubrió por completo la luna. Al dirigirse al dormitorio, vio la puerta del baño entreabierta, a su esposo de pie y a una cosa que brillaba en el suelo. Se acercó más y

pudo ver de cerca la magnificencia del animal que se movía a los pies de Pepe. Ella se abalanzó a su esposo, y abrazada a él, preguntó:

—¿Oye, pero de dónde salió este animal? ¿cómo vino hasta aquí? ¡mira cómo brilla! ¡oh dios, pero qué olor tan agradable!

No bien hubo terminado de hablar se soltó de Pepe y brincó hacia el zaguán.

—Tranquila, mujer, tranquila —le dijo, y le mostró el tumbado.

—¿Dios santísimo, no puede ser posible —exclamó la mujer al observar el orificio, debido al desprendimiento de un trozo de tabla que aún pendía del techo. Anita emitió un largo suspiro y luego clavó la mirada en la ingente lombriz. Poco a poco fue sintiéndose arrobada por el efecto misterioso que el enorme anélido despertaba, debido a su incógnita belleza y al entresijo de su penetrante olor a mamey.

El olor se dispersó hasta unas veinte manzanas a la redonda de la ciudadela "Los Almendros". Algunos vecinos miraban el eclipse en sus televisores, en tanto que otros habían salido a las calles o desde las terrazas y ventanas observaban el avance del eclipse. De improviso fueron sorprendidos por el olor a mamey que no sabían de dónde venía.

—Como que alguien anda vendiendo mameyes —dijo uno.

—No conozco el mamey, pero este olor es demasiado agradable —dijo otro.

—Miren, miren —observó alguien—, la luna está poniéndose medio rojiza. ¡Qué pena! Ese nubarrón no dejará verla por algún rato.

—¡Pero hombre, de dónde viene ese olor? —se decían algunos ya bastante inquietos y otros hasta temerosos porque el aullido de los perros iba en aumento.

En la plazoleta, frente a la casa de los García, empezó a formarse un corro considerable, no tanto para hablar del eclipse sino del exótico olor que embriagaba a la ciudadela. Miraban hacia la luna, pensando que el olor venía de arriba. Las mujeres se retiraron a sus casas, temiendo que a lo mejor ocurra alguna desgracia.

La noche se oscureció por completo. Dijeron que sería difícil volver a contemplar el eclipse. Algunos curiosos comentaban que la fragancia pasaría en cuanto terminase el eclipse.

En casa de los García las cosas eran distintas.

—¿Y ahora, qué hacemos? —insinuó Anita a su esposo—. Es tan bello, tan tierno... —insistió.

—Pues dejémoslo aquí y vamos a dormir, mañana veremos qué se hace.

Se dirigieron al dormitorio. Pero el animal, como si se tratara de un fiel perrito y con suma agilidad a pesar de su enormidad, se desplazó detrás de Pepe, arrastrando su cuerpo compuesto por un sinnúmero de anillos y por varios pelos cortos, rígidos y algo encorvados que llevaba en su parte inferior y que le

servían para desplazarse con una agilidad increíble. Pepe corrió más de prisa y de un salto estuvo en la cama, y el macanudo gusano ya estaba a sus pies.

Se enroscó con humildad junto a la cama y al momento perdió toda su majestuosidad.

No brillaba ya, su color era más bien un tanto blanco-rojizo y su cuerpo parecía el de un vil gusano que no admitía maltrato alguno. Anita, temerosa, corrió también a la cama.

—Hay que sacarlo de aquí —dijo ella.

—Me temo que va a ser difícil —respondió Pepe—. Me seguirá a donde vaya.

Armándose de valor, y por esa extraña ternura que sentía por el animal, se bajó de la cama y se acercó para observarlo nuevamente. Lo miraba como una madre observa a su hijo recién nacido, cuando duerme. Súbitamente el animal recuperó su esplendor y su cuerpo cilíndrico se impregnó de cierta magnificencia que infundía respeto y que, imponente, se dejaba observar para que se lo reverenciare.

—Voy a recorrer la casa para ver cómo se comporta —dijo Pepe a su esposa.

Recorrió todos los aposentos y la lombriz sumisamente lo seguía a donde él iba. Regresó otra vez a la alcoba y tuvieron que abrir la ventana para que la fragancia a mamey no se encerrase en la pieza. Pepe y Anita, en el transcurso de la noche, discutieron mucho sobre la presencia del enigmático y enorme gusano, hasta que se durmieron. Se despertaron ya

bien entrada la mañana por la bulla que los muchachos y demás gentes hacían en la calle. Ratas, cucarachas y toda clase de bichos se encontraban muertos por donde quiera. Los perros aún seguían ladrando y habían tomado una actitud extraña. Algunos en montón, ladraban junto a la casa de los García. En la ciudadela, hasta donde el olor a mamey llegaba, jamás habían visto tantas ratas, moscas y cucarachas muertas. Por todo lado se tropezaban con animales muertos.

El alboroto aumentó en la calle y los comentarios no se hicieron esperar: decían que había que llamar a las autoridades para que observase la mortandad, que podía ser posible una epidemia. Que el eclipse había modificado el comportamiento de los bichos para que se hayan muerto. Unos daban gracias al cielo por la muerte de estas alimañas. Otros que era castigo de Dios, que el mundo estaba por acabarse, que había que volver los ojos al todopoderoso.... Muchas viejecitas y personas piadosas se metieron a rezar en la iglesia que estaba frente a la plazoleta.

De las casas seguían sacando animales muertos y tuvo que conformarse un comité para que organizase la emergencia. Se acordó amontonar todas las inmundicias en la plazoleta y llamar al Departamento de Aseo de Calles, a la Cruz Roja, al Cuerpo de Bomberos y a la Defensa Civil para que colaboren.

Antes del medio día se había terminado con la limpieza. Se necesitaron algunos camiones para que

retiren de la plazoleta tanta basura e inmundicias. La novedad de la muerte de los bichos, y, como contraste el sabroso olor a mamey, se regó por toda la ciudad. Periodistas, reporteros, fotógrafos y enviados especiales de la televisión acudieron a la plazoleta. Se necesitó la presencia de la policía para despejar a los curiosos y poder botar las camionadas de desechos y excrementos de toda clase.

Anita había aseado también la casa; los animales que encontró muertos estaban como achicharrados. Pepe no pudo juntarse al bullicio de esa mañana y una corazonada le dijo que todo se debía a la presencia de la lombriz. En la mañana habían pasado muy inquietos, temerosos de que algún momento descubrirían al animal y no sabrían qué explicación dar. Hubo un instante en que se iluminaron los ojos de Pepe al pensar que de ello podría sacar mucha ventaja, pero al mismo tiempo se sentía temeroso, no sabía en que mismo pararía todo este asunto. Su mente maquinaba ya perversos planes que luego se los detallaría a su esposa. Mientras tanto había que esperar a ver que pasaba con la fragancia que no cesaba y en qué terminaba el asunto de los animales muertos, pensaba.

El animal que amaneció en el dormitorio, aún mostraba su irisación arcana y como que era atento a lo que sucedía porque si Pepe lo miraba con beneplácito, más se irisaba y su esplendor manifestábase infinitamente conmovedor. Anita expuso a su esposo

que había que hacer algo porque esta situación no podía seguir así. Pronto descubrirían de donde salía la emanación, que como suponían, estaba marando a los bichos hasta donde el tufillo a mamey de lombriz llegaba. Pepe convenció a su esposa indicándole de que la suerte había llegado a su casa a través de tan enigmático gusano. Le insinuó que tenía planificado ya como explicar su procedencia, porque si contaba la verdad, jamás le creerían.

Pasado el medio día, la gente del vecindario y de otros sectores de la ciudad preocupados porque aún el olor no pasaba y no sabían de dónde venía, se aglutinaron en la plazoleta para comentar lo que realmente estaba sucediendo.. Se habían presentado extrañas coincidencias, comentaban; primero el eclipse, que decían era normal; luego el penetrante aroma a mamey que no los dejó dormir en toda la noche, puesto que tuvieron que dejar las ventanas abiertas; se reportaron algunos casos de partos prematuros por el deseo de adquirir y no encontrar las frutas de mamey. Algunos contaban que a esas horas de la noche salieron a buscar la codiciada gutífera porque sus esposas, que recién empezaban el embarazo, estaban a punto de abortar por el deseo de ingerir dicha fruta. Y lo que más sorprendía al gentío que, poco a poco, iba llenando la plazoleta, era que varios habían amanecido con disentería, expulsando lombrices de todo color y tamaño; luego lo de los animales muertos y aún el penetrante olor que no

dejaba de percibirselo un solo instante.

El presidente del comité preguntó si no existía alguna otra novedad en sus casas, que aunque el olor era agradable, era necesario averiguar de donde procedía.

Algunos perros callejeros continuaban ladrando frente a la casa de los García. Pepe y Ana, temiendo lo peor, y atentos a lo que afuera se decía, observaban desde la ventana de su casa. Pepe creyó que había llegado el momento y asomándose al balcón gritó hacia la plazoleta que el olor a mamey procedía de su casa. Quiso continuar hablando pero la gente al momento se precipitó hacia la verja de la casa, cubriéndose por completo la calle.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Anita—. Tengo miedo.

—Tenemos que bajar con el animal —insinuó Pepe.

—¿Y si lo matan?

—No lo harán, vamos —dijo, y tomaron las escaleras hacia el primer piso.

Abrieron la puerta que daba acceso a la amplia sala y se quedaron parados bajo el dintel, arrimados a cada lado de las jambas, con la lombriz en medio de ellos.

El corazón les latía tan fuerte que creyeron que se les salía. La multitud lanzó un grito de estupor y atónitos se quedaron contemplando al tremendo animal que había tomado, aún más, una majestuosidad difícil de escribir, por la irisación de sus

colores tan cautivadores. Después de la exclamación, reinó un leve silencio en el gentío, observando a tan extraño anélido. No podían dar crédito a lo que sus ojos veían. Nunca se imaginaron algo semejante, tan extraño y tan conmovedor y de una belleza descomunal que anonadó casi a toda la multitud. Pasado el estupor, algunos comenzaron a abrirse campo para verlo más de cerca.

La algarabía aumentó, puesto que todos querían llegar al lado de la verja. Algunos hasta hicieron el intento de meterse, pero el temor que sentían por la enormidad de la lombriz, los inhibió. Anita, temerosa, regresó a la sala. Pepe, con un leve temblor en las piernas y con las manos que le sudaban, dijo, dirigiéndose a los curiosos:

—Como posiblemente no entenderán cuál es la historia de este animal, sólo les pido que le hagan silencio, que lo respeten, porque se trata de un animal muy especial, único en su especie, cuyo mayor don es el de irradiar, a través de sus colores, un aroma singular y exquisito, que si bien es cierto, agrada a las personas, es mortal para toda clase de bichos. No bien hubo dicho esto, la muchedumbre lanzó otro gemido de sorpresa y al instante cundieron toda clase de comentarios, convirtiéndose el recinto en un verdadero mercado. Pepe no pudo seguir hablando y cuando menos lo esperó, él y el animal, que majestuosamente había levantado su cabeza y parte del cuerpo, fueron impactados por algunos objetos que

venían de la multitud, en medio de una confusión de gritos. Pepe tuvo que cerrar la puerta rápidamente y conmocionado se tumbó en un sillón. El animal había perdido toda su majestuosidad, acomodándose a los pies de su dueño.

Afuera el caos fue en aumento. Algunos se regresaban furiosos contra aquellos que se habían atrevido a lanzar objetos. Los curiosos seguían llegando hasta reventar la plazoleta y calles adyacentes. Fue necesario conseguir altos parlantes porque ninguno se entendía así como se encontraban. Adentro, Anita se exasperó hasta el paroxismo, reclamando a Pepe que cómo pudo haber dicho eso: que si nada creían, podían hasta lincharlos. Pepe le explicó que una fuerza misteriosa le empujó a decir eso y que la intuición le decía que de esta situación se podía sacar mucho provecho. Se hizo presente de nuevo la policía, pero no pudo hacer frente a tanta gente. La Defensa Civil y la Cruz Roja tuvieron mucho trabajo socorriendo a cientos de personas desmayadas y golpeadas. Tuvo que improvisarse un hospital en una de las calles que aún estaban desocupadas de gente que poco a poco iba cubriéndolas. La policía cerró varias calles a unas quince cuadras de distancia desde la plazoleta, para evitar alguna desgracia mayor. En los noticieros y a nivel nacional se comentaba "el caso misterioso de los Almendros", como después públicamente se denominó al suceso. La multitud pedía a gritos que se exhibiera a la lombriz. Pepe apareció esta vez solo

en el balcón y solicitó, entre otras cosas, que se le mande a construir una urna especial para la lombriz, pues exigía garantías. En un momento se hizo una colecta para que al menor tiempo posible se confeccionase la urna. Muchos habían llegado desde otras partes para sumarse a los curiosos, y se quedaron porque la fragancia a mamey era misteriosamente agradable. Al anochecer la urna estuvo lista. La colocaron en la verja de la casa; luego hubo la necesidad de construir un pedestal para colocar la urna sobre él y la muchedumbre pudiese observar la majestuosa presencia de la lombriz. Todo estuvo listo hasta la medianoche. Por la TV, la radio y la prensa, "el caso misterioso de los Almendros", tomaba visos de sensacionalismo. Pedían la colaboración de las fuerzas armadas ya que la policía era impotente para estos casos. Se llamaba a la cordura para que la gente se tranquilizase. Que el gobierno nacional estaba tomando ya las precauciones del caso y que el propio presidente en persona vendría a ver tan apreciado animal. En otros noticieros se decía que el dueño de la lombriz era un loco fanático que quería que todo el mundo lo admirara. En alguna emisora se insinuaba que estaba próximo el fin del mundo, por el amontonamiento de coincidencias como el eclipse, el inmenso animal que no sabían cómo la familia García lo había adquirido, la fragancia de ese olor misterioso y los bichos muertos que eran el presagio de una catástrofe mayor. Al día siguiente llegaron corresponsales y

reporteros de casi todo el mundo para dar cuenta del "caso misterioso de los Almendros". Desde algunos sectores del país comenzaron a desplazarse un sinnúmero de caravanas, por lo que la municipalidad creyó conveniente cobrar un impuesto a la entrada de la ciudad. Hasta donde el olor a mamey llegaba no volvió a aparecer un solo bicho. Algunos comentaban que era una bendición de Dios, y que había que buscar la manera para que el olor a mamey se repartiera por la ciudad. No faltaron fanáticos que reverentes se arrodillaron al ver la cautivadora presencia del animal. Encendieron velas y rezaron con mucha devoción hasta que con su actitud convencieron a mucha gente para que después, casi media plaza rezara.

Frente a la urna tuvo que instalarse un micrófono para que los García pudieran dirigirse al público. Fue la prensa, en especial, la que quería escuchar las declaraciones del señor García acerca de la misteriosa lombriz. Desde que construyeron la urna, Pepe pensó que el animal no se quedaría solo en ella. Pero no fue así, el regresó al interior de la casa, y el animal, que como comprendía que estaba a gusto frente a la muchedumbre, se quedó muy tranquilo en su caja de cristal. De entre el gentío algunos tomaron la iniciativa para pedir colectas a la gente que llegaba y así terminar la construcción del mercado y el coliseo del barrio. Pepe volvió a aparecer públicamente y, en sus declaraciones, dijo que mientras observaba el eclipse

de luna con su esposa, súbitamente fueron sorprendidos por el olor a mamey. Recorrieron la casa para ver de dónde venía y que al revisar el baño encontraron a la misteriosa lombriz. Declaró que la intención de él y la de su esposa era matarlo, pero que les fue imposible porque se dejaron subyugar por su presencia. Ahí comprendió que la lombriz no se separaría de él, porque a donde se movía, el animal ahí estaba. Dijo que en la misma noche de la aparición de la lombriz, entre sueños recibió algunas revelaciones. Su esposa aún no se sobreponía ni entendía lo que pasaba, por eso rogaba que a ella no se le preguntare absolutamente nada. Dijo que las revelaciones eran muchas y que aquella voz misteriosa le había dicho que tenía que acogerse al voto del silencio y que serían las manifestaciones del animal las que vayan revelando los secretos que él sabía, sucederían en lo posterior.

Anunció que eran ya dos las revelaciones que a través del animal se habían manifestado: su olor y la muerte de los bichos. Pedía que no se tomase ninguna actitud en contra de él ni de su esposa. Las impresiones eran tantas, declaraba Pepe, que su esposa había caído en un continuo sopor del que aún no se sobreponía. Las declaraciones de Pepe se pasaban en directo a través de la televisión nacional y de una cadena de emisoras que habían tenido que suspender la transmisión del partido de fútbol que se jugaba para las finales del mundial 90. La multitud, arrobada

escuchaba lo que Pepe decía. Con lágrimas en los ojos terminó solicitando que necesitaba confirmar legalmente su voto de silencio ante un juez de lo civil, para que su conciencia quedase tranquila y que para que quienes lo escuchasen comprendieran que no estaba loco ni cosas por el estilo, como se ha insinuado, terminó diciendo. Las opiniones se dividieron en la multitud. Muchos llegaron a considerar la posibilidad de adorar al animal y declarar santo al señor García. Se consiguió mesas especiales que se las colocó frente a la verja para encender las velas y se mandó a construir alcancías especiales para depositar la limosna de los "fieles". Otros pensaron que todo era una artimaña de los García, pagada por el gobierno para distraer la atención del pueblo ecuatoriano frente a tanta inmoralidad que se daba en la administración pública y nada mejor que él, como uno de los mejores químicos de la república para que haya creado ese espantoso animal. Otra fuerte corriente gritaba que había que sacar en procesión al animal por las calles de la ciudad para que al paso de su olor las cosas quedasen limpias de tantas ratas, moscas y de toda clase de bichos.

Pepe seguía maquinando sus planes y satisfecho pensaba que todo le saldría bien. En lo posterior tomó por sí solo las decisiones, debido a que su esposa no salía de su anonadamiento. Medio se recuperaba, de nuevo se hundía en un pesado sopor. En su próxima intervención Pepe dijo que la lombriz no podía estar

expuesta por más tiempo a la luz del día y que sólo sería exhibida por las noches. Por lo pronto había ideado un plan: dijo que los que buenamente desearan, tenían que conseguir una cajita herméticamente cerrada, bien aseada y lo más diminuta posible para que se hiciesen acreedores a una mínima porción de una sustancia gelatinoso-terrosa que la lombriz expulsaba de su cuerpo. Aseguró que la sustancia era la esencia más concentrada a mamey y que con ella podrían matar toda clase de bichos, sólo a cambio que se dejara una limosna voluntaria que dijo serviría para dar de comer durante el día, una comida muy especial a la lombriz. No faltó quien en una de las calles adyacentes pusiera una pequeña fábrica para elaborar y vender las diminutas cajitas que la multitud, para comprarlas, tuvo que hacer cola y esperar muchas horas para adquirirlas a altísimos precios. Se pensó hacer bendecir las cajitas pero la cúpula de la iglesia estaba furibunda con lo que ahí acontecía y prohibió enérgicamente a sus miembros a que tomasen partido alguno por el "caso lombriz", como también se empezó a denominar a este acontecimiento, e increpó al gobierno para que se hiciera cargo de la situación y en lo posterior no se lamentase, sabrá Dios qué desgracias, terminó diciendo en su comunicado. Conforme transcurría el tiempo "el caso misterioso de los Almendros" tomaba efectos verdaderamente dramáticos: las mujeres embarazadas que llegaban a la plazoleta o bien daban a luz o terminaban abor-

tando debido a la cautivante fragancia que el animal despedía. Los niños terminaron desmayándose y muchas personas que se quedaban por más de un día comenzaron a sufrir estragos en su salud debido a la contaminación del ambiente; pues se mezclaba el olor a mamey, el humo de las velas, el olor a comidas que mucha gente preparaba en cientos de chinganas que alrededor de la plazuela y en algunas calles adyacentes se había instalado. Se establecieron bandos en torno a una u otra opinión, luego se enfrentaban entre ellos, defendiendo sus respectivos planteamientos. El gobierno y las autoridades de la ciudad empezaron verdaderamente a preocuparse por lo que sucedía en los Almendros. Se había llamado a la cordura, para evitar desgracias que lamentar, pero todo era en vano. La gente se amanecía formando inmensas colas para adquirir el preciado bálsamo a mamey de la lombriz, que aunque por grande que era, lo que expelía no alcanzaba para repartir a lo sumo a unas 500 personas con medio untar la cajita. La misma policía y los militares que tenían que ayudar a controlar los desmanes, hacían cola también para adquirir el ansiado ungüento. Pepe había tenido que buscar ayudantes y alterar por completo el orden de la casa, pues tenía ya dos piezas llenas de billetes de toda clase, de las limosnas que la multitud dejaba en las enormes alcancías que se había mandado a construir, y que ya repletas, tenían que vaciarlas en el interior de la casa. Pepe tuvo que camufladamente sacar a su esposa, que

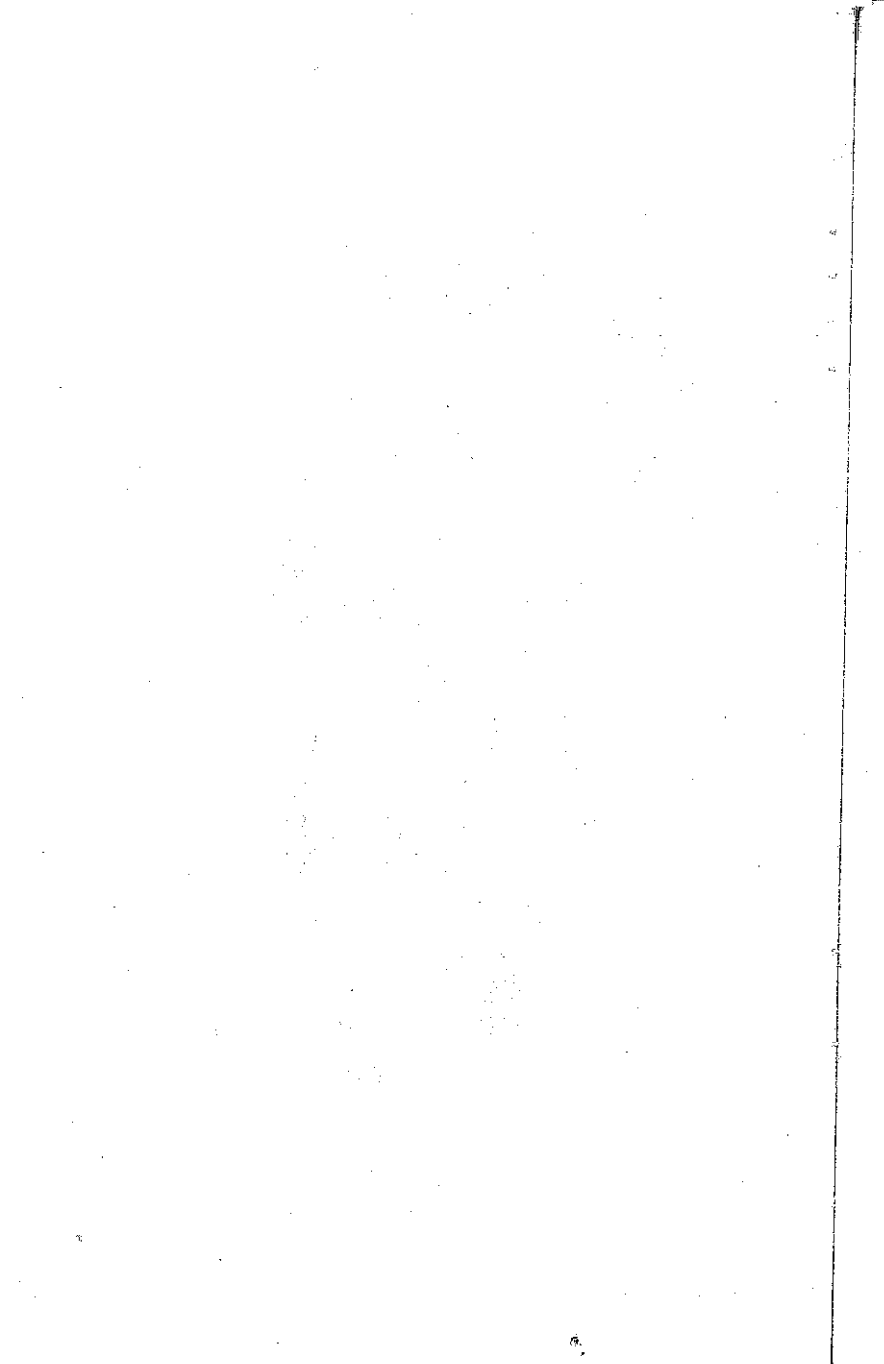
no se recuperaba, e internarla en una clínica. En otra de sus intervenciones solicitó que no se encendiera luz alguna durante la noche, para que vieran el resplandor que la lombriz desde su recinto emitía. El fervor aumentó cuando la multitud contempló a la lombriz en una completa oscuridad. Era impresionante observar la majestuosidad del gusano que ansioso se movía en su caja de cristal. El gobierno había anunciado como ultimátum que si la gente no se retiraba, confiscaría al animal y a la casa de los García para someter al enorme gusano a un examen prolijo y determinar las causas de su existencia y el origen de su extraño olor. A través de la prensa se pedía que no se hicieran especulaciones antojadizas ni tuvieran superstición alguna, que todo se solucionaría si la gente optaba por retirarse pacíficamente. Las costumbres del barrio fueron totalmente modificadas. Tenían que dormir con las ventanas abiertas y hubo que evacuar a los perros porque los ladridos y aullidos no cejaban un momento. La multitud tomó precauciones para que nadie entrara ni saliera de la casa de los García, temiendo que algún momento pudieran llevarse a la lombriz o le llegara a suceder algo. El gobierno solicitó la colaboración de los mejores especialistas para que examinaran al animal. Se llegó a la conclusión de que el más autorizado para estos casos era un científico chino llamado Mao-Kai-Chu, que se encontraba en Vilcabamba. Con la ayuda de varios espejuelos ultramodernos y otros instrumentos,

Mao-Kai-Chu tuvo que descender a la casa de los García en helicóptero. Cuando examinó al animal se quedó desconcertado. Dijo que había que sacarlo a un gran laboratorio en el extranjero, para examinarlo cuidadosamente. Comentó que tenía toda la estructura y el organismo de una lombriz normal y que el misterio estaba en no saber determinar su desarrollo y ese penetrante olor que bien podía servir para elaborar uno de los más refinados y exquisitos perfumes. Delegados especiales del gobierno dialogaron con el científico y formularon algunos acuerdos con el señor García para determinar el destino del animal y la suerte de la muchedumbre. En opinión general, la multitud llegó a convencerse de que se trataba de un fenómeno sobrenatural y que había que por todos los medios cuidarlo para que no le sucediera nada al "raitico", como mucha gente comenzó a llamar a la lombriz. El gobierno y el científico cometieron la imprudencia de dar declaraciones a través de la prensa, en donde se vertían comentarios confusos que crearon incertidumbre en la ciudadanía. Hubo rumores en los que se aseguraba que se había tomado preso al señor García y a su esposa. Se dijo también que la lombriz ya había sido sacada. Otros decían que la lombriz aún estaba en la casa porque todavía olía a mamey. Ese día el nerviosismo cundió más, no hubo quien repartiera el ungüento. Ansiosos esperaron para que el animal apareciera en la noche, pero transcurrieron las horas y ni al animal ni Pepe asomaron

por ningún lado. La multitud se exasperó de tal forma que por encima del control policial y militar quisieron penetrar en la casa. Se armó la gran confusión. Se escucharon detonaciones de bala y mucha gente, en estampida, abandonó el lugar en todas las direcciones posibles, pisoteándose y maltratándose unos a otros con tal de abrirse paso en medio de la muchedumbre. En contados minutos la plazolera se convirtió en un holocausto.

Al día siguiente, los diferentes medios de comunicación daban cuenta del trágico fin del "caso misterioso de los Almendros" y del montón de cenizas y escombros en que había quedado convertida la casa de los García.





Martes o Viernes

—Martes o viernes —dijo tajantemente.

—Pero mi buena señora, ¿no se da cuenta las condiciones en que se encuentra la criatura?

—Tonces llévelo donde el médico.

—Pero si él me manda donde usted. Dice que ellos no pueden curar el ojo ni el espanto.

—Tiene que ser martes o viernes —insistió doña Hipólita—. El remedio no sirve en otros días; además, qué no ven que hace mucho frío, el día está oscuro y es aún más peligroso que el guagua se quede tieso. Hágame caso, manténgalo con agüita de arroz, flótenle timolina y arrópenlo bien y me lo traen mañana.

—Si es que vive —dijo indignado el padre del niño, con un nudo de angustia en la garganta.

—Vamos —le dijo a su mujer, y empezaron a descender por el camino estrecho.

Desde la casa de doña Hipólita se oteaba ampliamente las viviendas desiguales y vetustas del pueblo. Sobresalía la iglesia y la escuela con su amplio patio.

El profesor y su esposa bajaban pensativos. El no quería visitar a la curandera. Siempre le decía a su

esposa que por nada del mundo iría a ocupar sus servicios: "que ojos ni que vainas. Yo no creo en eso para ello está la ciencia, la medicina".

—Que desgracia de pueblo —le dijo a Rosa—. Mandan a médicos principiantes, no saben ni en donde están parados. Lo que sirven es para venir a empiparse de aguardiente, trabajar de martes a jueves, dejar preñada a alguna muchacha y, concluido su año rural, largarse a la ciudad.

—Calla, hombre —respondió ella, en el momento en que recibía al niño de brazos de su esposo, después de caer a la estrecha carretera y caminar el tramo más feo desde la casa de la curandera. Vos también no hallas el día de largarte de aquí.

—Mi caso es distinto, mujer, yo trabajo ya diez años en este lugar, tengo derecho a salir. Y ante todo porque aquí uno puede morir de necesidad: ya ves, no hay quien cure al niño. Y ni cómo salir a la ciudad, si no tenemos dinero.

—Confíemos en Dios, ya se curará. Te acuerdas de Andresito; cómo sufríamos con él, y ya ves, no se ha muerto.

Llegaron a la casa, y al abrir la puerta, ella dio un tremendo grito, que casi suelta al niño.

—¡Qué pasa por dios! —atinó a decir el profesor, también asustado por el grito.

—Una rata, una rata —dijo Rosa con voz entrecortada.

—Animales del diablo, hasta cuándo tendremos

que soportarlos. Se pasean de día y de noche por la casa.

Se tumbaron en un sillón vetusto. La criatura empezó a vomitar otra vez, Rosa la puso bocabajo, mientras Rogelio le sostenía la frente. La criatura estaba pálida, los ojos hundidos. La nausea y la diarrea cedieron un poco en el transcurso de la noche, gracias al suero oral y de otras "agüitas" que los vecinos y la curandera les habían recomendado darle.

En la quietud de la noche, se oía el rumor de los grillos y el ruido insistente de los intestinos de la criatura.

—¿Se morirá, papito? —dijo Andrés.

No hijo, anda, acuéstate.

—Me da miedo.

—Ven acá, acuéstate a los pies de la cama.

—¿Entonces por qué llora mi mamá?

—Es que le da pena, ya verás que mañana amanece bueno. Mira, acércate, está dormidito, parece un ángel.

Andrés miró a su hermano, suspiró y regresó a los pies de la cama. Se arropó y, volviéndose hacia la pared, se durmió.

—Cállate, mujer, ya no chilles, me voy a la cama de Andrés —dijo el profesor.

—Pásame el agüita, por si acaso vomita más de noche —dijo entre sollozos ella.

Rogelio se encaminó a donde su mujer lo mandaba.

—Le ha caído una cucaracha —gritó desde la cocina.

—Pues bóotala entonces y prepara otra de nuevo, y cuídate de taparla —dijo Rosa.

De vez en cuando, aparte de los grillos, escuchaban el cantar de algún gallo y perros que ladraban a lo lejos.

—¿Oyes? —dijo la mujer a su esposo que había regresado a la cama de Andrés

Parece que los perros están.....

—Ya, ya, ya vas a empezar con tus idioteces. Sólo a un zoquete se le ocurre decir que cuando los perros aúllan, alguien tiene que morir.

—Es que...

—Nada mujer....No te atormentes, esas son puras coincidencias.

—¿Si oyes? Los aullidos son más claros ahora. Tengo miedo, Rogelio. Por si acaso, voy a dar la vuelta a un zapato —dijo aún más tranquila Rosa.

Rogelio se levantó, fue a su lado y la abrazó cariñosamente.

El viento empezó a soplar: por las hendidias de la puerta penetraba helado, cortante. Comenzó a lloviznar, se escuchaba el ruido en el tejado.

—Parece que el invierno se va a adelantar este año —dijo Rogelio.

Ella no contestó. El profesor se incorporó y topó la frente del niño enfermo.

La fiebre había cedido un poco. Volvió a acomodo-

darse al lado de su mujer y trató de dormirse, en tanto que la llovizna era más persistente.

El profesor no podía dormir. Recordó la imagen del sapo abierto. Se trataba, asimismo, de niños con "mal de ojo", que para curarlos, el yerbatero pedía que le llevaran una rana. Con el animal en la mano, el curandero procedía a pasarla por el cuerpo desnudo del niño enfermo. Con el vientre de la rana iba sobando su cuerpo una y otra vez. Luego, con un cuchillo, abría las vísceras del anfibio, y según la enfermedad que encontraba en su vientre, el yerbatero recetaba la medicina para el "ojeado".

—Una gotera —gritó de pronto Rogelio, tan abstraído en sus pensamientos.

—Levántate mujer, hay que correr la cama.

Ella, torpemente, se levantó. La movieron y se acomodaron de nuevo en el lecho hasta quedarse dormidos. Afuera seguía lloviendo.

Un llanto seco, ahogado, despertó primero a Rosa. Tomó al niño y por encima del cuerpo de su esposo se sentó en el filo de la cama. La criatura con la cara hacia abajo y sostenida la frente por una de las manos de su madre, vomitaba. Por sus tiernas mejillas chorreaban espesas lágrimas. Por largo rato se quedó como atorada, como si su pequeño vientre quisiera salirse por la boca. Sus ojos estaban idos, su llanto ya no era casi perceptible, sino fuertes soplidos, como de animal cansado. Lo acomodaron en la cama y abriéndole la boca, el profesor le daba pequeñas dosis

del suero casero. Pero enseguida lo botaba por la nariz y la boca. Poco a poco fue calmándose, sólo que sus ojos semiabiertos miraban en dirección al techo.

Ardía de nuevo en fiebre. Rosa buscó el frasco de Tempra y colocó en su boca algunas gotas del líquido. Los gallos empezaron a cantar más seguido. Afuera ya no llovía.

—¿Qué hacemos? —dijo Rosa.

Esperemos que amanezca para llevarlo de nuevo donde la curandera —insistió Rogelio.

—Hay que conseguir un huevo del día —agregó ella.

—Pediremos a cualquiera de los vecinos, a diario ponen sus gallinas —musitó Rogelio.

—¿Pero quién pudo ojear a la criatura, si casi nunca la saco a la calle? —reiteró la mujer.

—Tú me dijiste que en un descuido tuyo, Andrés había sacado al niño a recorrer las casas de los vecinos. Y no sólo que ahí lo ojearon, sino que lo asustaron. Además, lo del ojo —si es que es cierto— dicen que no depende de las personas, que es una fuerza o energía que el individuo tiene en sus ojos.

—Dicen que la Chubica ojea a los niños —dijo Rosa. La semana pasada me trajo unas frutas y con ese pretexto se apoderó del niño, ni cómo negarme a que lo marque.

—Ya vas a empezar otra vez —dijo Rogelio. Qué sacas buscando culpables en este momento. En cuento amanezca hay que llevarlo. Ojalá la vieja no

diga ahora que el viernes no se cura, y que lo lleve mañana.

—No seas pesimista —exclamó Rosa.

Se quedaron callados, al sentir otra vez, con más insistencia, el ruido de los intestinos del niño. Ya no lloraba, sólo emitía leves quejidos acompañados de continuas diarreas, que en la madrugada se prolongaron con mayor frecuencia.

—Parece que no tiene fiebre ya —dijo Rosa, toándole la frente— porque sino doña Hipólita no les pone un dedo, mientras la fiebre no ceda.

—Cámbialo, ya está sucio vuelta —dijo él.

—Ya no hay ropa limpia.

—Entonces déjalo así hasta que amanezca y a ver si dormimos algo mismo.

—¿Quién es ?

—Nosotros señora, ya estamos aquí con el guagua.

—Pero es muy demañana.

—No importa, ahorita no tiene mucha fiebre.

—¿Trajeron el huevo?

—Sí, sí.

—Tonces ya voy.

—Bueno.

Aún no amanecía bien y la neblina no se alzaba. Doña Hipólita, después de abrir la puerta de adelante desapareció, bostezando, por la puerta de atrás.

—Me falta un monte —dijo la vieja, luego que regresó del huerto.

Dio un grito y llamó a una de sus hijas.

—Fidenciaaaa, levántate y a ver si consigues, acasito a la vuelta, un poco de ruda. Y vos, para una olla con agua —insinuó a otra de sus hijas.

—No hay agua —dijo la muchacha.

—Sólo necesito un jarro para preparar el brebaje —dijo doña Hipólita.

—Ah güeno —respondió la muchacha.

Doña Hipólita tocó la frente del niño y ordenó que lo desvistieran. La pareja aún permanecía de pie dentro de la pequeña pieza que hacía de sala. Olía a tierra mojada. En el suelo desnudo de la habitación sólo habían dos bancas largas y al fondo un montón de mazorcas de maíz seco.

—Pero si está haciendo frío —insistió Rosa cuando escuchó la orden de la vieja.

—Tonces paqué lo traen tan demañana; además, todavía tiene un poco de fiebre.

La pareja no protestó. Doña Hipólita se dirigió a la cocina. Después de un momento regresó con un jarro viejo, que humeaba: lo depositó en el suelo. Luego pidió que le pasaran el huevo, tomó la criatura e insinuó que ayudaran a sostenerla. El niño parecía muñeco de trapo. Doña Hipólita tomó el huevo y comenzó a pasarlo por el cuerpo desnudo de la criatura, haciendo la señal de la cruz en su cabeza, en la cara, en el abdomen y en la espalda. La criatura

empezó a chillar con una voz hueca y ronca.

—Muévase señora —dijo el profesor.

—Espérese, hombre, aún me falta soplarlo —insistió la vieja. A ver muchachas pásenme un vaso con un poco de agua.

Cuando tuvo el vaso en sus manos, lo levantó cerca a sus ojos, miró el agua y rompió el huevo en el filo del vaso y depositó el contenido en su interior. Lo dejó a un lado, tomó el jarro y sorbió un buen trago. Lo detuvo en la boca: los carrillos se le inflaron. Hizo señas con la cabeza para que coloquen en buena posición al niño, luego lo tomó por debajo de las axilas y escupió en su rostro el brebaje del jarro. Repitió varias veces la misma operación hasta que el niño quedó cubierto de pedacitos de montes y bañado en un líquido verdoso y de mal olor.

—Ya está, vístanlo y arrópenlo bien —dijo la curandera, limpiándose la boca con la manga del vestido y escupiendo al suelo los residuos de hierbas que aún le quedaban. Tomó el vaso, lo levantó, lo miró detenidamente, le dio la vuelta algunas veces, lo meneó. Del vaso se levantaban pequeñas burbujas. La yema del huevo, amarilla y redonda, en el fondo, tenía una especie de ojuelos: unos borrosos, otros más claros. De entre ellos sobresalía uno por su tamaño que, como cíclope, parecía que inquieto miraba a doña Hipólita.

—Aquí está. Miren, acérquense; es un tremendo ojo y parece que está pasado.

¡Pobre criatura! No les digo quien es, porque no me van a creer.

Rogelio y Rosa permanecían callados, vistieron al niño, que aún no se callaba. Ella estaba a punto de vomitar por el mal olor que se respiraba en la pieza.

Él, con un gesto de asco también, observaba todos los movimientos que la curandera realizaba.

—Bueno, —dijo la yerbatera— son tres curadas. De aquí lo traen la próxima semana: martes y viernes.

—Me voy a la escuela, despierta a Andresito —dijo el profesor a su esposa, limpiándose el barro de los zapatos. Ya regreso en el recreo para ver como sigue.

—¿No vas a desayunar?

—No, no tengo apetito —dijo Rogelio—. No me pasa aún el asco. Me da la impresión de que estoy apestando a esos montes. Cuando la vieja limpiaba al cholito, se me venía a la mente la imagen del sapo de ese curandero que te contaba, cuando estaba en el oriente.

La mujer casi no prestaba atención a su esposo. Estaba vistiendo a Andrés para que fuera a la escuela.

—¿Ya se curó mi ñañito? —dijo Andrés.

Ya mijito, ven y míralo, está dormido —dijo Rosa.

Al acercarse, para que Andrés viera a su hermano, Rosa no pudo evitar un gesto de sorpresa. La criatura tenía en la piel de las manos y la cara, unos puntitos

muy pequeños, como carne de gallina. Lo observó detenidamente y vio que todo el cuerpo estaba así. El niño no respiraba como la noche anterior. Ahora el pecho sonaba y a ratos como que emitía débiles silbidos. Pero su rostro invitaba a serenarse: parecía un ángel, aunque pálido, pero con una sonrisa y una dulzura como de niño sano y robusto.

Por un momento Rosa no supo si llorar o llamar a su esposo. Él se aprestaba ya a salir.

—Apúrate Andrés —dijo desde la puerta. Regreso en el recreo, a ver si ahí ya tengo hambre. Me tienes preparada alguna cosita. Y salió.

—Chao mami —dijo el niño desde la cocina, quien salía también apurado—. Ya vengo pa'jugar con mi ñaño.

Se quedó totalmente abstraída, no reparó en la salida de ninguno. Se sentó en el filo de la cama y rompió a llorar. Luego, como sonámbula, se levantó y se puso a arreglar la casa.

—Vecinaaa, ¿se puede? —preguntaron desde la puerta.

Rosa, al identificar las voces, se restregó los ojos, trató de secarse las lágrimas y acomodándose la garganta para hablar, dijo en un tono ronco:

—Sí, sí pasen.

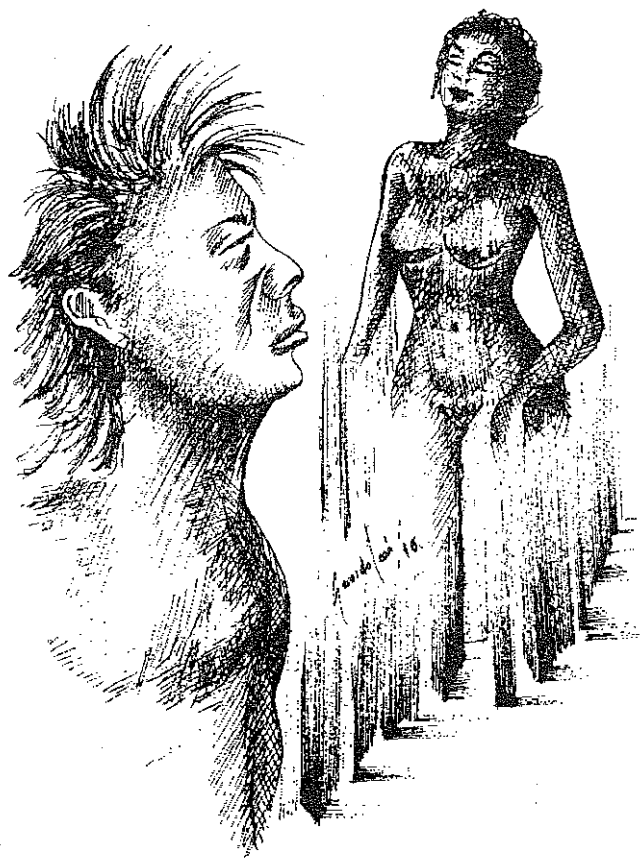
—¿Cómo está el guagua? —dijeron, al mismo tiempo que limpiaban sus zapatos del barro que el aguacero había dejado en las calles.

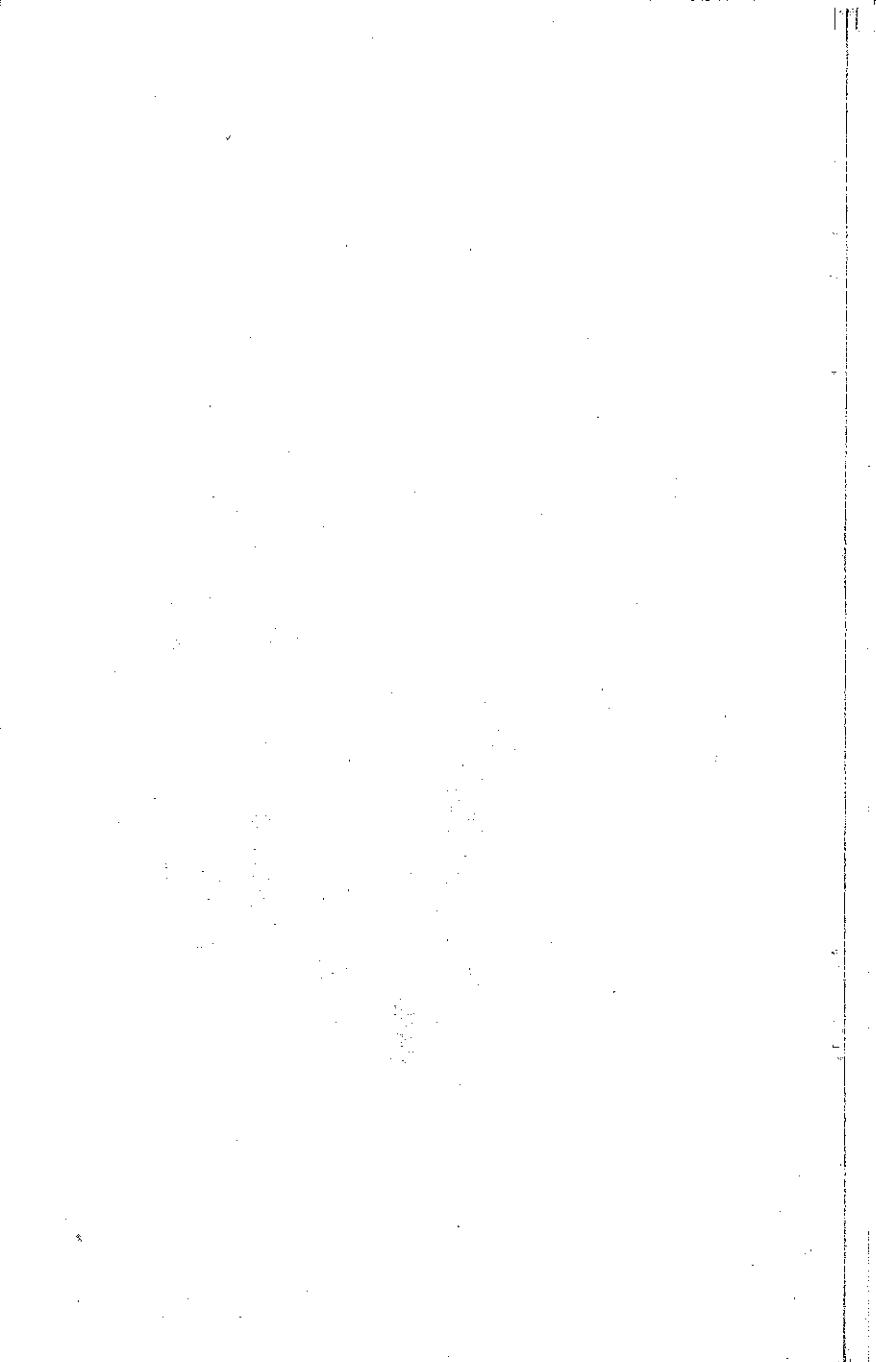
—Vengan a verlo —musitó Rosa.

—¡Dios santo! —exclamó una de ellas, al observar detenidamente a la criatura.

Rosa sintió como una puñalada al escuchar tremendo grito y corrió a la cama donde el niño descansaba. Sus ojos se desorbitaron al mirar la escena. En segundos pasaron por su mente cantidad de imágenes y recuerdos felices del niño que, el próximo mes cumplía sus dos añitos. Sintió enseguida que la casa se le venía encima, vio figuras borrosas, hasta que todo se oscureció a su alrededor. Una de las vecinas avanzó a sostenerla, en el momento en que Rosa se desplomaba pesadamente junto al lecho de Raulito.

A lo lejos un perro aullaba con insistencia.





Por nada del mundo

Joselito sintió los pasos conocidos, se puso nervioso, cerró el cuaderno y tomó el libro que estaba a su alcance para aparentar que leía. La Negra había traspasado ya el umbral de la puerta del pequeño cuarto. Esta vez, el nerviosismo del muchacho fue mayor. Sintió deseos de salir corriendo, de llorar, de golpearla, de escupirle la cara, de gritarle: indecente, puta, chantajista, mal parida; pero su timidez lo dejó clavado en el asiento. A lo sumo, crispó sus puños, y como en otras ocasiones, sentía alivio agarrando algún objeto entre sus manos y presionándolo hasta sentir que los dedos le dolían. A sus espaldas, y mientras su frente se llenaba de sudor, la muchacha comenzó a desvestirse. Joselito calculó que estaría ya en la cama, esperándolo por enésima vez, como siempre lo hacía, aprovechando que en la casa no quedaba nadie: sólo él, el muchacho estudioso y ejemplar con su agraciada doméstica, una simpática campesina de ojos claros y tez canela que su padre había conseguido en sus salidas a la provincia como supervisor de educación, y que hoy, con algunos años de servicio en la casa, la Negra cursaba el sexto año de colegio.

Desde la cama ella musicaba: "Ven papito, no seas malito, quiero estar contigo..." Pero Joselito, quieto en su asiento, nada decía, hasta que la Negra se irritaba y tomando sus ropas salía del cuarto del muchacho y se iba a encerrar en el de su padre. Ahí, desnuda, como para que Joselito se diera cuenta, lo esperaba al supervisor que, en la mayoría de los casos, desde que murió su mujer, llegaba borracho.

Esta vez, la Negra no salió del cuarto del estudiante; calata, y con su olor de hembra excitada, se levantó de la cama, se acercó al muchacho y por detrás del asiento lo rodeó con sus brazos y volvió a insistir: "Por qué eres así ñañito sé como tu padre, varonil, apuesto. Si vieras lo que hace con las profesoras del campo que vienen a pedirle que les ayude a tramitar el cambio a la ciudad; ay, si supieras lo que hace conmigo, y tú, por qué eres así, ya no estudies tanto, te vas a volver loco. La finadita tanto que me dejó encargando que te cuidase como si fuera tu propia madre, pero vos me desprecias.

Mírame por lo menos, ¿que no te gusta mi cuerpo joven, con toda la experiencia que aprendí de tu padre como para hacerte pasar bien?". Joselito sintió que un escalofrío pesado le corría por la espalda al sentir el calor del cuerpo de la muchacha que desnudo se apegaba al suyo. No soportaba verla ni siquiera de lejos, más aún tan cerca como estaba ahora. Había aprendido a odiar y a sentir una repugnancia desmesurada por las mujeres y el sexo, sobre todo a raíz de

que su madre murió.

Desde pequeño, siendo Joselito el único hijo, fue su madre la que se preocupó por darle una auténtica educación. Todo su cariño lo había volcado en el muchacho; pues su esposo casi nunca se preocupaba de ellos; sólo servía para llegar borracho a altas horas de la noche, insultando y maldiciendo a su mujer porque no le daba otro hijo. Constantemente el supervisor le decía que cómo podía ser posible que le dé sólo un varón, que lo que más anhelaba era tener una mujercita. Justificaba su actitud diciendo que nunca había tenido la dicha de contar en la casa de sus padres con una sola mujer; pues era el último de diez hermanos varones y su madre había muerto dando a luz de él.

Por eso, apenas egresado del normal, salió a trabajar de profesor en la frontera y al término del año lectivo se casó con una de sus alumnas de sexto grado, Raquel, que nunca pudo darle más que un hijo. El profesor se había metido a la política y a líder del magisterio, gracias a lo cual pronto pudo salir a la ciudad y ser nombrado luego supervisor. Fue en la ciudad en donde todo cambió: que reuniones del partido, que del magisterio, que compromisos sociales; en fin, todo era un simple pretexto para emborracharse. Se volvió indiferente con su esposa, apático, frío, en circunstancias en que Raquel comenzó a sufrir de una extraña enfermedad; siempre se quejaba de dolor en los ovarios, pero los médicos le

decían que no era nada, sino una simple sugestión que ya le pasaría.

Lo cierto es que el profesor llegaba borracho a insultarla, a pegarla y luego, sin importarle la presencia del hijo o si estaba dormido o no, la abofeteaba y a gritos le pedía que se desnudase y se tendiera en el suelo para ver si en esa posición podía darle una hija. Joselito todo lo escuchaba haciéndose el dormido y no entendía cómo realmente se hacían los hijos. Pensaba que él mismo era fruto de esa clase de relación entre su padre y su madre. Raquel pacientemente soportaba todo, diciendo que si esa era la voluntad de Dios, entonces que así sea, porque para rezadora mi pobre madrecita, decía el muchacho. Rezos que se acentuaron desde que comprendió que la relación con su esposo era ya un caso perdido. A pesar de ello, rezaba fervientemente, esperando la conversión de su esposo, cosa que nunca llegó. Cuando Raquel murió, ahora sí, sin que nadie lo molestara, prefirió emborracharse con sus amigos en su propia casa, despreocupándose de su hijo, que decía estaba bien cuidado por la Negra.

El muchacho jamás había tenido confianza con su padre, siempre pasaba ocupado o borracho. Todo lo consultaba con su madre. Hoy que estaba muerta, recordaba las explicaciones que de pequeño le pedía sobre si a él lo habían hecho así, que si así nacían todos los niños: primero pegándoles a las mujeres y luego subiéndoseles como animales y hablando toda clase

de palabrotas mientras resoplaban encima de ellas, babeando de borrachos. Pero Raquel terminaba ruborizándose y toda llena de vergüenza le decía: "No sigas más Joselito, por Dios, todas estas son puras porquerías que tú no debes aprenderlas jamás. Tú tienes que ser buenito, cariñoso y amable con las mujeres". Y ahí era cuando Joselito se confundía. Como iba a llegar ante una mujer de manera educada, si su padre, con ser profesor hacía todo lo contrario. Desde pequeño siempre pensó que hablar de sexo era lo más sucio que podía haber. En estos términos se referían sus compañeros en la escuela y luego en el colegio, y cuando al respecto pedía explicaciones a sus maestros o a su madre, nunca le daban una respuesta satisfactoria y más bien lo mandaban a callarse. "Han de imaginarse —le decían—, que este muchacho mocoso, venga a preguntar estas cosas, en vez de preocuparse por estudiar". Entonces mejor optaba por callarse, empezando así su repugnancia y miedo por las mujeres y él mismo a sentir desprecio por su cuerpo, por lo que como hombre andaba a traer. Su repugnancia aumentó más cuando, muerta su madre, sorprendió a la empleada que, ya de plena confianza en la casa, se metía en el cuarto de su padre aprovechando que éste estaba chuchaque y después la Negra sin pudor alguno, le contaba las cosas que habían hecho. Qué negra para desgraciada y cínica, decía Joselito, si a veces hasta se acostaba con los amigos de su papá cuando venían a emborracharse en la casa. O

a veces, de noche, cuando regresaba del colegio se metería con alguien en su cuarto, engañando en un principio a Joselito diciendo que eran compañeros de estudio y que iban a hacer los deberes, y que cuidado con que le cuente a su papá, que después ya le daría su cualquier cosita y columpiándose le movía provocativamente las nalgas. La Negra intuía que Joselito se las sabía todas, por eso, ella, muy astuta, para que su padre no supiera lo de sus amoríos con otros hombres, prefirió complacer a Joselito, visitándolo en su cuarto y prometiéndole que nunca más se iría a meter en la cama con otro hombre si él accedía a dormir con ella. La Negra ardía en deseos, porque sabía que a Joselito, a más de tímido, nunca lo había visto andar con mujer alguna, a pesar de sus diecisiete años que estaba por cumplir.

Todos estos recuerdos se le venían a Joselito como un flash, cuando la Negra venía en cueros a visitarlo. La odiaba por todo: por acostarse en la cama de su madre y con su padre, por ser cómplice de lo que su padre hacía con sus amigos y mujeres que siempre llevaba a la casa, por quererlo seducir, a veces hasta con amenazas, diciéndole que si no lo hacía, le iría a contar a su padre que era un pobre maricón y que dicho esto se largaría de la casa de una vez para siempre y contaría a todo el mundo quien era él y su padre. Y esto sí que le preocupaba a Joselito, porque, sea lo que fuere, de alguna manera, la Negra se había vuelto protectora de su padre. A veces, los estados de

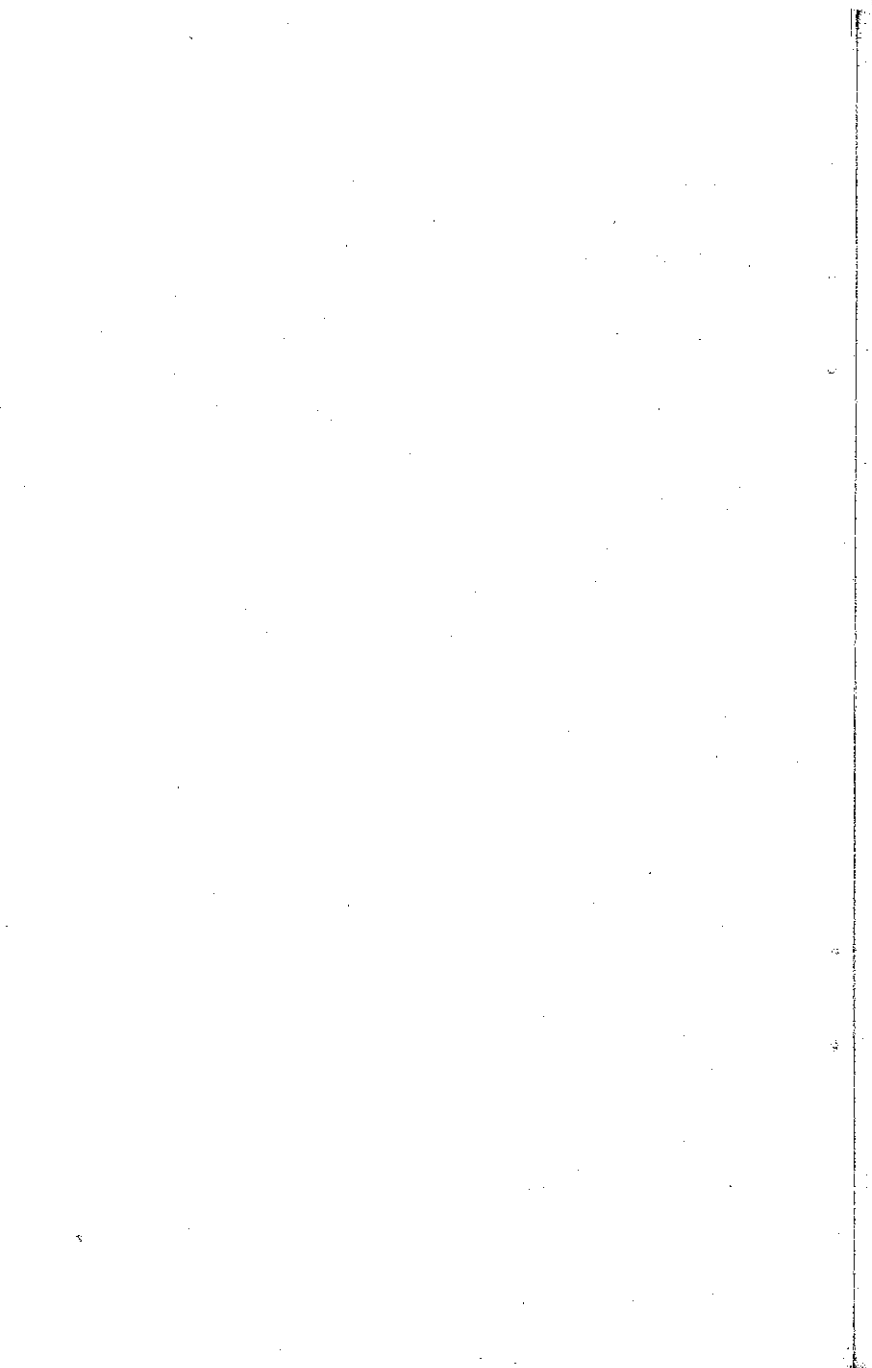
depresión, al no saber qué hacer, eran terribles para Joselito. Sentía deseos de revelarse, de gritarle a todo el mundo que no quería que se preocupasen de él diciéndole que era un muchacho tranquilo, que sólo se dedicaba al estudio que jamás se lo veía con malas amistades, etc. Para qué esto, se preguntaba, para ser un amargado, un pobre pendejo, que no podía ni sentía nada por las mujeres ni por nadie, mientras sus compañeros en cambio se la pasaban comentando sus conquistas amorosas. Cada día estudiaba por obligación y no por gusto. Cuántas veces no sintió deseos de enfrentar a su padre por ser tan indiferente con él y hasta de matar a la Negra, sí matarla, romperle el cuello y si pudiera, pisotear como un alacrán a las gentes, acabar con todo. A veces concluía sus pensamientos dándose fuertes golpes contra la pared, mascándose las uñas, los dedos, los esferos o estrujando algo entre sus manos, hasta que se calmaba con grandes sollozos que terminaba ahogándolos bocabajo sobre las cobijas de su cama. Sólo a veces sentía momentos de alegría leyendo pasajes del Evangelio, que su madre, desde niño, le había inculcado a leer. Pero de nuevo le venían otros conflictos. Pensaba que la gente era mil veces hipócrita, porque, ¡cuántos no se tomaban el nombre de Jesús para en su honor y en su nombre hacer mil porquerías! A veces se la pasaba divagando cómo sería de hermoso si, de alguna manera, imitáramos al Cristo de los Evangelios. Pero luego, con amarga ironía, pensaba que él era uno de

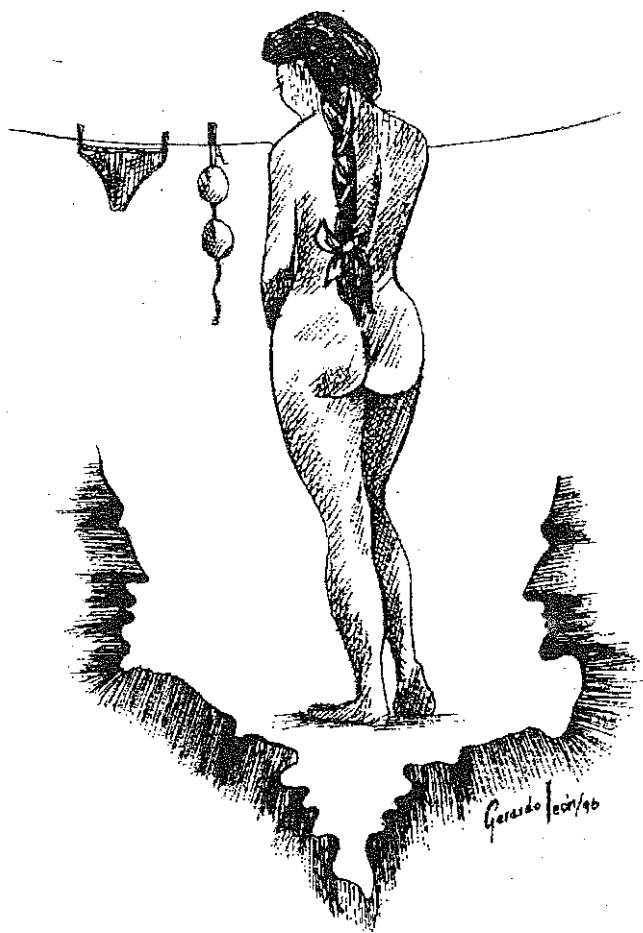
los primeros en vivir de espaldas a Cristo, por no tener la hombría de volcarse al mundo a.... ¿A qué, decía, si aquí estoy como un bicho, temblándome de rabia y de impotencia frente a esta negra de un cuerno y a la de mi padre que como sombras obscurecen esta vida de a perro que llevo.

Volvió en sí con el grito que la Negra le pegó, quien furiosa se apartó de él que tan delicadamente intentaba acariciarlo, mientras Joselito, lleno de sudor y nervioso, pensaba. Desde el centro de la pieza, con las manos en los senos y un tanto entreabierto de piernas como si estuviera posando para un fotógrafo, le dijo "Mírame bien, miope, pedazo de inútil, marica y ratón de biblioteca. ¿Acaso no soy lo suficientemente mujer o no tienes sesos, que eres tan insensible, igual que las gafas que llevas puestas que no sientes nada? ¿Acaso no eres bastante hombrecito como para que me hagas sentir mujer, o eres un pobre castrado que ni siquiera eres capaz de levantarte de esa silla y mostrar lo que Dios te ha dado como hombre?" A Joselito no le dolieron tanto las palabras, sino el desplante y la forma con que ella le gritó. Y sin que él mismo sea consciente de lo que en ese momento hacía, se levantó de la silla, se dio la vuelta y se quedó observándola un largo rato. Avanzó unos pasos más, con pie firme, con gruesas gotas de sudor y de lágrimas que por las mejillas le corrían. Cerca de ella se paró en seco. La Negra adoptó una posición como de perra en celo, mientras él, con extrema brus-

quedad, se bajó los pantalones y los calzoncillos y levantándose un poco la camisa, le gritó:

“Mírame, Negra hija de la gran puta, por tu culpa y la de mis padres, no siento nada ni contigo ni con nadie; pero ahora vas a ver de lo que soy capaz”; y, como si se tratase de un condenado que acaba de ver al diablo, se le abalanzó con ímpetu, en el mismo instante en que, por primera vez, su padre se asomaba en la puerta del dormitorio.





Angelino tiene un nombre

Se levantó desgreñada y aún con sueño. Fue al baño y se duchó apresuradamente. Regresó al dormitorio y lo primero que hizo fue buscar su ropa interior en los cajones del armario. Removió todos los trapos y no encontró una sola de las prendas que necesitaba. Corrió al pequeño vestíbulo, buscó, en los alambres: nada, Angelino no se movía de la cama; empezaba sus clases a la tercera hora. Rosario prefirió no despertarlo. Eran las 7h15, se atrasaba a clases y no podía perder más tiempo. Se vistió como pudo, se colocó sus gafas oscuras y salió. Cuando los muchachos la veían así, enseguida comentaban: "Véanla a la culitos, otra vez ha estado de seguro en la pachanga; hoy van a ser de gozadera sus clases, ¡qué chévere!"

Mientras caminaba al colegio, Rosario pudo ver al loquito del pueblo que había madrugado a recoger papeles. Papel que encontraba en la calle, lo tomaba entre la punta de los dedos y lo depositaba más adelante, y regresaba por otro. En este trajinar se pasaba según la cantidad de trozos de papel que encontraba. Cuando el loquito vio a Rosario que pasaba junto a él

como que se inquietó al verla y lo que hizo fue continuar con mayor diligencia en su tarea.

Al término de la jornada, Rosario y su esposo regresaron a la casa juntos.

Ella se vio en la necesidad de contarle de la desaparición de su ropa íntima.

Enseguida hicieron mil conjeturas. Angelino, un tanto nervioso, comentó que cómo podía ser posible que la ropa desapareciera justo anoche, mientras bailaban festejando a uno de sus compañeros. Al pasar por el parque encontraron al loquito frente a la puerta de la iglesia, subido en un burro. Los muchachos que salían de la escuela y del colegio festejaban a voz en cuello el acontecimiento, gritando en coro varios insultos. Angelino tuvo que intervenir para que lo bajaran del animal y, amenazándolos con la correa, dispersó a los muchachos.

Llegaron a la casa y juntos se pusieron a remover cosa por cosa y no encontraron señal alguna de las prendas. Pensaron que podía tratarse de los vecinos o de algún estudiante e incluso de algún profesor. "Pues con tu manerita de andar, provocas a todo el mundo" —le dijo su esposo—. "Ya todos saben, no sólo en el colegio, sino en el pueblo, el apodo que los muchachos te han puesto. Hasta en el modo de vestir provocas a esos muérganos. Bien sabes que en este pueblo la gente se admira de todo. ¡Ya ves, esto nomás faltaba!, y ni cómo preguntar a los vecinos ni a nadie, porque esto es una vergüenza: idecir que a mi mujer

se le han perdido los sostenes y las calzonarias! ¡Hasta cuándo entenderás, de una vez por todas, mujer de un cuerno!", le dijo el iracundo profesor, mientras ella seguía removiéndole las cosas. "Hasta el cura sé que en algunos sermones ha dicho que ciertos maestros, en especial algunas 'maestritas', dados a que son de la ciudad, vienen alterando la paz franciscana de este pueblo, con sus costumbres insanas y nada morales. ¡Cuándo nos largaremos de aquí, para no estar en boca de estos mugrosos que sólo se la pasan en chismes! Ahora sólo falta que se enteren de lo tuyo, ¡maldita sea!", siguió mascullando el profesor. A Rosario le pareció un poco extraña la manera cómo su esposo le hablaba: casi nunca se alteraba por nada. "Y vos, loco infeliz cállate. Ya me tienes harto con tus tontas canciones", le dijo —alzando el tono de voz— al loquito que vivía en el primer piso de la casa y que apenas estaba dividido por unas débiles tablas. Y él dale a la música: "Ángel de luz, ensueño de mi vida, nos armaremos, aunque nos condenemos...". Siempre era así. Angelino y Rosario ya se habían acostumbrado a sus remedos de canciones. Pero esta vez, Angelino se incomodó tremendamente con la bulla que el loquito hacía en su cuarto.

"Te aseguro, Angelino —dijo Rosario casi llorando—, que no se me va que es el inspector. Tiene una manera tan extraña de mirarme que parece que me va a comer cada vez que me observa. Cuando nos saludamos, me estrecha la mano tan fuerte, que

enseguida leo en la mirada su pensamiento lascivo. Tú te habrás dado cuenta que no hay tarde que, por cualquier pretexto, no venga a visitarnos.

Y, como es uno de tus mejores amigos, yo lo he dejado que a confianza entre nomás a la casa, como si fuera de él. Y tú tienes la culpa por emborracharte tanto. Cómo va a ser posible que, mientras estemos en una fiesta, tú te la pases sólo tomando. Te aseguro que ni siquiera te acuerdas que anoche te quedaste hasta el último con el inspector y hasta dejaste que entraran el loquito y algunos estudiantes que no sé de dónde salieron ese rato, y pueda que hasta ellos sean los ladrones. Yo me fui a dormir, cómo creías que iba a estar hasta el último, si ya mismo amanecía”.

Rosario fue afirmando su voz conforme encaraba a su esposo. Él se había recostado en la cama y de pronto como que sintió un impulso extraño de levantarse y agredirla, mientras ella continuaba hablando. Pero se detuvo justo en el momento en que Rosario empezó a desvestirse para ponerse ropa más cómoda. Angelino, al mirar el cuerpo desnudo de su esposa pensó, por un instante, que la gente tenía razón al hablar así de ella. Se incorporó, en el preciso instante en que llamaban a la puerta; era el inspector.

Rosario, que ya se había alterado lo suficiente, ni siquiera se dio cuenta que se había puesto una bata transparente, y sin reparar en ella, increpó en forma directa al inspector que apenas acababa de entrar y

estaba dirigiéndose a tomar asiento por invitación del profesor Angelino:

"Sinvergüenza, atrevido, abusas de la confianza que mi esposo y yo te hemos dado". El inspector, que en un inicio se sintió turbado al observar, a través del vestido, las formas deslumbrantes de Rosario, se puso como tomate, pensando que lo estaba hablando por atreverse a mirarla de la manera cómo estaba vestida. "Morboso, desadaptado. Por qué no eres lo suficientemente franco y me molestas de frente, como hombre. Seguramente te has creído que soy una más de tus alumnas, a las que estás acostumbrado a molestar cuando te apetece. Pero conmigo te equivocas, infeliz. Ya que mi marido no es lo suficientemente hombre como para atreverse a ti, yo sí te encaro; degenerado, enfermo". Rosario ni siquiera era consciente ya de lo que decía, en vez de hablar, gritaba. Su esposo, que ya conocía su manera de reaccionar no se atrevió a interrumpirla.

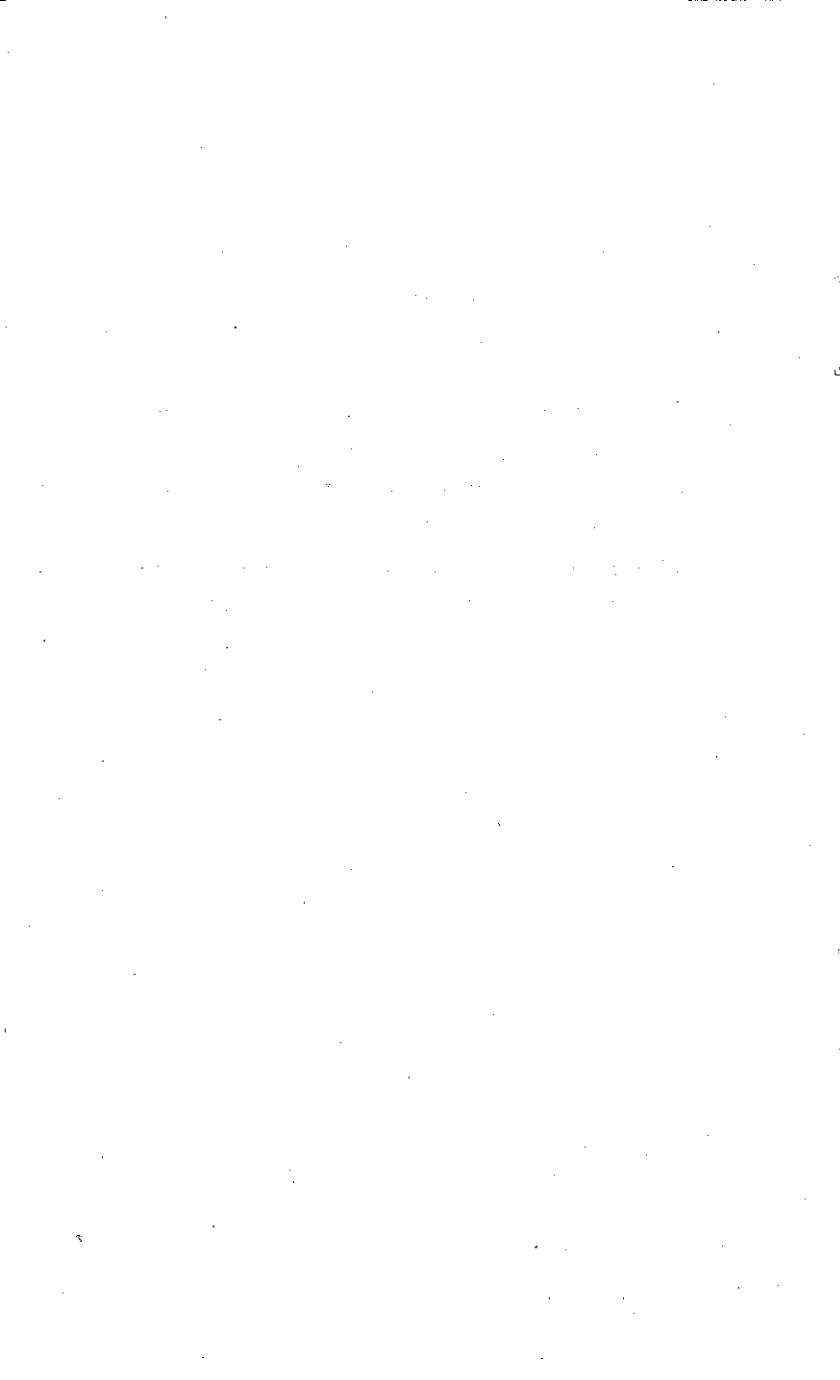
"Dime, ah, por qué tienes que a mí mismo hacerme eso; acaso, ¿porque eres íntimo amigo de Angelino? Te damos cabida en nuestra casa para que llegues cuando quieras, y hasta para festejarte, y tú en vez de agradecer, te atreves a robarme la ropa interior". Rosario no pudo más, de la histeria con que había hablado, pasó a llorar desesperadamente. Inclinando la cabeza y con los brazos cruzados, hundió el rostro en sus blancos muslos.

El inspector, comprendiendo de lo que se trataba,

no supo cómo reaccionar, y justamente porque venía a tratar algo parecido que ya se rumoraba en el colegio y empezaba a regarse como una gran noticia por todo el pueblo.

“Lo siento por ti, Angelino —dijo—, pero no me queda más que hablar, en virtud de los insultos que tu mujer ha proferido en mí contra. Y quiero que me escuches, de una vez por todas, tú también Rosario, para que sepas qué es lo que sucedió anoche. Yo ya había escuchado rumores de la conducta de tu esposo, pero no daba crédito a ellos, hasta que anoche supe cómo son las cosas, y conste que, según sé, no es la primera vez. He querido permanecer callado, para que tú no sufras, Rosario, pero en virtud de que tú misma me obligas a ello, y ante todo porque, creo, tengo el derecho a defender mi honor”. Rosario, poco a poco fue calmando sus sollozos, aunque aún continuaba sentada con la cara entre las piernas. El inspector, en tanto que continuó hablando, tuvo que disimular la forma cómo a ratos se quedaba prendado, viendo al disimulo la esbeltez de Rosario, a pesar de la posición en que ésta se encontraba. “Pues —continuó el inspector—, cuando se fueron los profesores, nos quedamos Angelino y yo, luego de que tú te fuiste a dormir, que no sé si te diste cuenta que llegaron unos tres muchachos con el loquito. Como estábamos borrachos, ni Angelino ni yo hicimos nada por sacarlos, más bien nos alegramos de que haya con quien seguir tomando. Estábamos bien, de repente

nos entró el deseo de continuar bailando al son de la música. Recuerdo que la música nos enardeció tanto, que bailamos como unos locos. De pronto, no sé cómo, Angelino apareció con tus ropas íntimas y, al son de la música, comenzó a desvestirse y a colocarse una a una, tu ropa interior." Rosario dejó de llorar y, atónita, levantó el rostro para escuchar atentamente lo que el inspector acababa de decir. Angelino en cambio, que con los ojos desorbitados contemplaba al inspector, y al sentirse escrutado por la mirada fulminante de su esposa, comenzó a cambiar de expresión: su rostro se puso lívido y angustiado pensó que ya era demasiado tarde para hacerlo callar.







Don Quijote en casa

Entré de sopetón al cuarto. Como no hubo en donde sentarme me quedé parado al pie de la cama. La casa no era la misma que en ocasiones anteriores visitaba con motivo de mis cortas vacaciones escolares. Esta era más vieja. El cuarto donde yacía el abuelo olía a muerte: así lo percibí, mientras recorría con la vista los objetos y las personas que sentadas permanecían en el interior del cuarto: una estampa vetusta de la imagen de la Virgen del Cisne, un Cristo con la mirada perdida y dos velas encendidas junto al cuadro, un armario viejo en una esquina, cuatro sillas de madera en las que estaban sentados mis padres y dos personas ya de edad que nunca había visto, y una jarrón de flores depositadas en una mesa pequeña junto a la cama del bisabuelo constituían todo lo que en el cuarto había. Claro que ahí estaba el perro viejo que parecía que no se había separado de la cama del enfermo.

Yo no entendía por qué todos estaban tan callados. Mi papá puso una carita, que hoy a más de setenta años, todavía recuerdo su tristeza reflejada en dos gruesas lágrimas que por los pómulos le bajaban

mientras mi madre cariñosamente le apretaba las manos entre las suyas. ¿Por qué pela los ojos el viejo, papi?, le inquirí, pero ni él ni nadie me respondió. sólo el perro pareció decirme: "está muriéndose, pues zoquete". En su mirada estaban las palabras que hubiese podido decir, si hablara. Y como para que comprendiera lo que quería expresar, se levantó del pie de la cama y se sentó en el umbral de la puerta y no sé por qué se me sobrecogió la espalda de espanto, cuando con aullidos largos y un tanto quedo se puso a aullar como si algo le doliese. En el otro cuarto escuché a uno de mis primos: "ahora si parece que tuerce la pata". No sé, pero estaba aturdido, yo que pensé que me la pasaría jugando, no tuve deseos para hacerlo. Corrí a los brazos de mi padre, cuando vi que como un temblor la cama se movía y el enfermo comenzó a eructar; parecía que como a ratos le faltaba el aire. Pude divisar sus huesudas manos que se salían de la cama y sentí más miedo: lo que hice fue esconder la cara en el pecho de mi padre. No me importó el jalón de orejas que mi madre me dio diciéndome que era un malcriado, que ya va a ver lo que me va a pasar en la casa, cuando estemos de regreso. Asocié los dedos fríos de mi madre con los del enfermo y quise salir corriendo, pero una de las que decían que era mi tía abuela se había subido en la cama; sentada hacía de almohada para que el enfermo se recostase sobre sus pechos; ella le había puesto las manos debajo de los brazos de él, tomándolo por sobre las axilas. Entre

el susto que tenía quise reírme por el cuadro dantesco que acababa de ver.

Pensé preguntarle a mi papá si el viejo era el Quijote de la Mancha que en la portada de los libros de la biblioteca de mi casa había visto tantas veces, y que cada que me obligaban a leerlo me daba la impresión de que su figura iba a cobrar vida, y por tanto, el rato menos pensado se saldría del libro a caminar por la casa. Así estaba el enfermo de parecido. Parecía el mismo Quijote que en verdad había cobrado vida y que ahora estaba postrado en la cama. Y creía que esa era la oportunidad para verlo justo así: su delgada figura y su cara escurrida no daban para verlo caminando, sino tal como hoy lo veía al pobre de mi bisabuelo. ¡Que figura para grotesca!, más parecía una radiografía que un ser humano con vida: tenía una quijada más larga y barbuda que las que había visto sobre el Quijote. Sus ojos eran dos potos con infinitud de arrugas en su contorno; los pómulos, dos huesos puntiagudos cubiertos apenas por el pellejo, en que se apreciaban varias fisuras longitudinales a lo largo de la piel; su frente arrugada tenía unas pintitas blancas como pesetas y era un mar de sudores; sus labios resecos y morados eran de vez en cuando humedecidos con gotas de algodón que mi tía abuela cogía de un jarro despostillado que tenía en la cabecera de la cama. Por un momento me quedé prendado al ver cómo sus fosas nasales resoplaban como bestia cansada, y de vez en cuando, los eructos

que emitía daban la impresión de que por la boca se le iba a salir la manzana de Adán; la piel de la garganta se le estiraba como si la manzana propugnara por salirse atropelladamente; pues como que le subía y le bajaba. Tuve una ansiedad tal al ver como resoplaba y como se le templaba la garganta, que sentí deseos de meterle los dedos en la nariz, y así se lo comuniqué a mi papá al oído, pero me dijo que no, que hay que dejarlo que muera en paz, entonces le dije que por qué lo tenían cogido de los brazos, a lo que mi madre de un pellizco me dijo que no joda, que a los moribundos no hay que hacerles bulla porque si no de noche asustan, entonces le dije que vamos a la casa, que me daba miedo de estar aquí, que el viejito desde ahorita ya me está asustando, que no ves como pela los ojos, le dije. Eso te pasa por malcriado, me contestó mi madre... Iba a seguir regañándome, pero escuchamos a mi tía abuela: "Soo perro cojudo!" El condenado perro se había, en un descuido, subido a la cama y como que quería también tomarlo en brazos al bisabuelo, y como que quiso lamerle la cara pero de una manaza la tía abuela lo mandó al suelo. Yo quise aprovechar para darle su patada en el trasero, pero el perro maricón me mostró los dientes que me dejó con la pata suspendida en el aire. De pronto irrumpieron en el cuarto unos parientes que llegaban a visitar al enfermo. Se precipitaron sobre él y todos a una lloraban a moco tendido; sólo mi padre y mi madre seguían firmes en su asiento. Yo les pregunté

que por qué no lloraban también; claro que a mi padre se le chorreaban las lágrimas pero no chillaba como los otros. Mi madre, como siempre, ni se mosqueaba, más bien tenía una jeta, de la que, cuando la veía así, de segurito que me arreaba su buena paliza, llegando llegando a la casa. Pero prefería aguantarme la paliza a quedarme para que, como me dijo ella, me asuste de noche el viejo de mierda. El perro, al ver tanta gente, o por qué también sería, salió a ladrar con unos aullidos que, si hubiese estado solo, me pichía ahí mismo de susto.

En el alboroto, aproveché para escaparme y meterme en el otro cuarto, pero la misma vaina: unos lloraban y otros discutían. Eran tantos los parientes del viejo, que a muchos hoy los veía por primera vez.

Unos pedían que vayan a ver al cura, otros que vayan en busca de la negra Eulalia para que cocine. A los muchachos nos mandaron al patio trasero para que nos subiéramos en el algarrobo en donde dormían las gallinas para que bajásemos las únicas tres que habían. En el árbol nos dimos de trompadas con un primo porque nos disputábamos la misma gallina. Tanto forcejear y de llenarnos de plumas el animal se nos escapó de las manos y tuvimos que corretearlo por la casa. Al fin lo alcancé, pero como mi primo me seguía, corrí a meterme en el cuarto del moribundo en busca de mi padre para decirle que querían quitarme la gallina que yo había tomado primero. Mi madre se llevó los dedos a la boca en señal de que no

haga bulla, que en ese rato me causó repugnancia: se trataba de un gallo coloradísimo, guarico y culo pelado. Le latía el trasero al animal, hasta que tuvo la audacia de cagarse allí mismo, con tanta mala suerte que los residuos fueron a parar en las piernas de mi madre, la cual ni cuenta se dio porque seguía jetona. Oye papi, le dije a mi padre, ¿por qué los gallos no pichen? pero no tuve respuesta porque en el mismo instante entró otra tía abuela y furibunda me quitó el gallo de las manos diciendo que era la adoración de su abuelo, que por lo menos eso quede de recuerdo. "Sinvergüenzas —nos gritó, no sé por quién—, no se contentan con haber vendido la casa y venirlo a botar a mi abuelo en esta pocilga, sino que ahora quieren acabar hasta con lo último que tiene..." No continuó hablando porque mi otra tía abuela comenzó a chillar más duro y a gritar histéricamente: Papito, papito, abuelito lindo no te vayas por Dios, no nos dejes solas... Todo mundo se arremolinó en la cama del viejo: había templado la pata. Cuando todos se hubieron tranquilizado, mi bisabuelo yació en la cama cual si estuviera profundamente dormido y con una carita que parecía estar tranquilo y alegre. Sus ojos ya no le blanqueaban y su cara de quijote parecía la de un angelito con alas. El perro de un cuerno jorobaba la vida con sus aullidos; de vez en cuando miraba largamente a los presentes y luego daba las vueltas sobre sí mismo y se ovillaba con la trompa sobre sus patas, las orejas gachas, y con la mirada en la cama

del bisabuelo, se quedaba quieto, como queriendo preguntarle que qué le pasaba.

II

Hoy en que estoy muriéndome con la misma enfermedad de mi bisabuelo, observo con qué curiosidad mi único bisnieto me queda viendo, tal como yo lo hacía de niño.

Cómo quisiera que la vida no se me escape, para abrazarlo, tomarlo entre mi pecho e irme a la eternidad con esa viva imagen de dulzura e inocencia con que se acercaba a meterme los dedos en la nariz o a hacerme cosquillas en los pies. Sin embargo, no sé si mi abuelo le pasó lo mismo: hoy los miro a todos desde el tumbado: a mi bisnieto, a mí mismo postrado en el lecho y a los demás que con su cara compungida y en silencio me observan. No siento ya ningún dolor, por lo que pienso moverme del lecho, pero me doy cuenta que, desde el tumbado, más bien he traspasado la pared y veo en el otro cuarto al resto de mi familia y a varios amigos que están hablando sobre mí. Alguien pregunta que a qué horas me he muerto, y una de mis hijas responde que no hace ni diez minutos de mi deceso. Desde acá arriba todo lo veo diferente. Me invade una paz infinita que en toda mi larga vida nunca la había sentido. No me apena que digan que ya me he muerto, más bien siento complacencia al ver a otros amigos que por largo tiempo vivían resentidos conmigo y que hoy visitan mi casa.

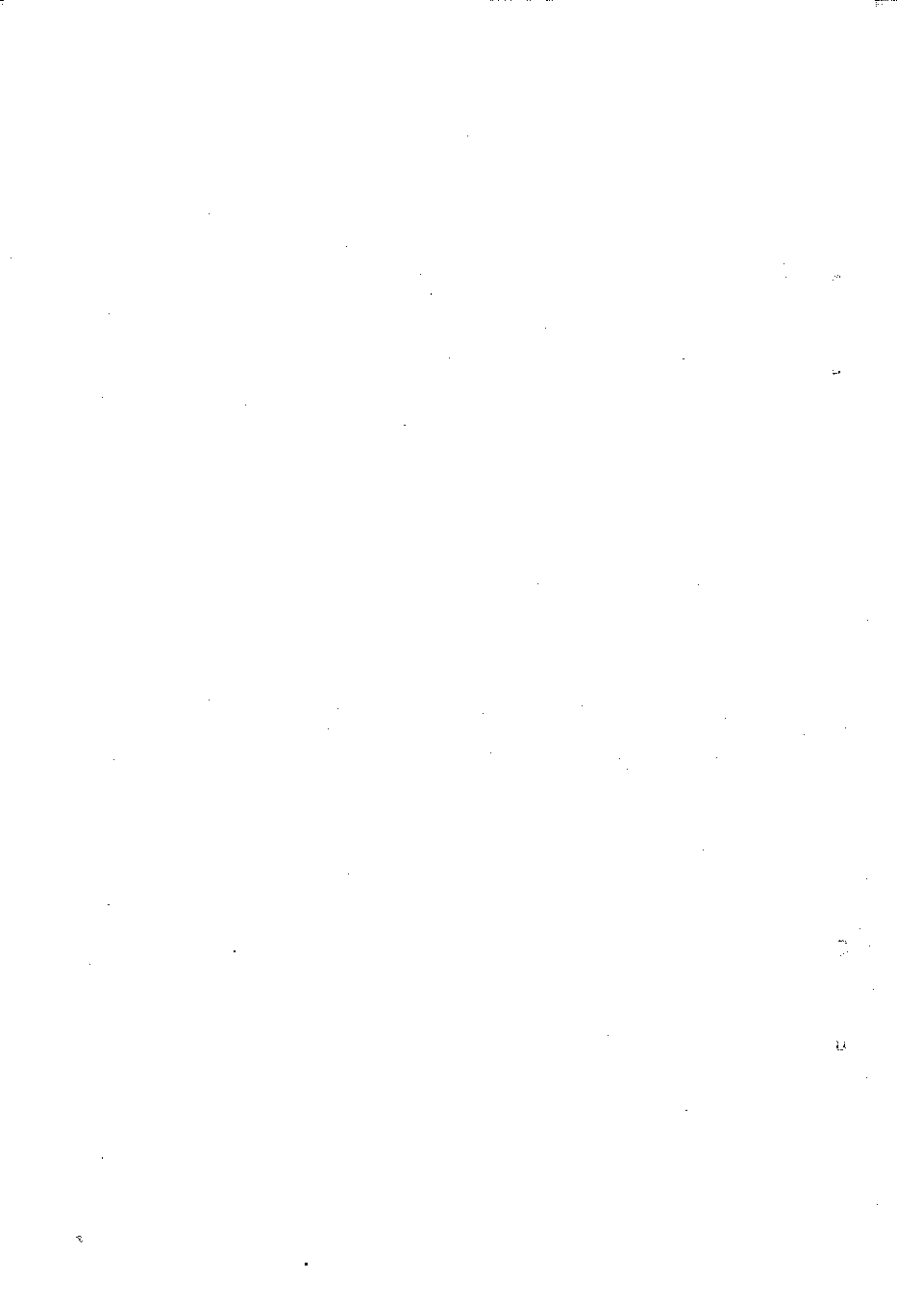
para darle el sentido pésame a mi familia. Regreso al cuarto donde está mi cuerpo, vestido ya de mortaja, el cura Bermejo, gran amigo desde la infancia, al pie de la cama junto a mi bisnieto y a mis dos hijos que se disponen, junto con otros familiares y amigos que acaban de entrar a la pequeña pieza, a orar por la salvación de mi alma. Y cosa rara, no escucho la voz del cura, sólo veo como mueve sus labios, a la par que, ayudado por mi bisnieto, esparce agua bendita en mi cuerpo. En el momento en que me cae la primera gota de agua, se me obnubila la mente y siento qué, arrastrado por no sé qué, me pierdo en un largo laberinto, negro y silencioso, que me impulsa a recorrerlo a una velocidad increíble. Al fondo alcanzo a divisar una diminuta luz, que como una aureola va apareciendo, conforme me acerco, con un esplendor majestuoso, como si se tratase de una estrella perdida en la inmensidad de la noche.

III

De pronto, de un grito mi madre me despierta y me dice que si me atraso a la escuela no me mandará de vacaciones donde el bisabuelo. Y que me apure, porque el pobre está enfermo, que mi padre anoche viajó a verlo a instancias de uno de mis tíos que de urgencia vino a llevárselo, mientras yo dormía.

ÍNDICE

Palabras para otras palabras	
<i>Carlos Carrión</i>	5
Sísifo	9
Al filo de la noche	17
Temblor	23
Cirulí Coshón	29
El botellón	39
El bronco de la nariz larga	47
La otra cara del sol	53
El habitante de la ventana	65
San Viernes	75
Campo de Marte	83
Mujer de soldado	105
La casa de los García	119
Martes o Viernes	141
Por nada del mundo	155
Angelino tiene un nombre	167
Don Quijote en casa	177





LEAL CHARRERO JIMÉNEZ / EL HABITANTE DE LA NOCHE